

LUTERO

HANNS LILJE



BIBLIOTECA/SALVAT DE
GRANDES BIOGRAFIAS

LUTERO

HANNS LILJE

Prólogo

JOSE LUIS L. ARANGUREN

SALVAT



Versión española de la obra original alemana: *Luther*, publicada por Rowohlt Taschenbuch Verlag GmbH, Hamburgo.

Traducción del alemán a cargo de Rosa Pilar Blanco.

Las ilustraciones cuya fuente no se indica proceden del Archivo Salvat o de Rowohlt Taschenbuch Verlag GmbH, Hamburgo.

© Salvat Editores, S.A., Barcelona, 1989

© Rowohlt Taschenbuch Verlag GmbH, Hamburgo, 1983

ISBN: 84-345-8145-0 (obra completa)

ISBN: 84-345-8224-4

Depósito legal: NA-228-1989

Publicado por Salvat Editores, S.A., Mallorca, 45-49 - 08029 Barcelona

Impreso por Gráficas Estella, S.A. Estella (Navarra) - 1989

Printed in Spain

Martín Lutero (1483-1546)

Martín Lutero nació en Eisleben, Turingia, en 1483. Estudió el bachillerato en artes, y tras obtener el grado de maestro en filosofía (1505) ingresó en la orden de los eremitas de San Agustín, ordenándose sacerdote en 1507. Pocos años después se doctoró en teología en la Universidad de Wittenberg, pasando a ocupar allí la cátedra de Sagradas Escrituras entre los años 1513 y 1518. Obsesionado por la salvación del alma y exasperado por los abusos de la curia romana, la predicación de indulgencias de Tetzel le movió a escribir las noventa y cinco célebres tesis que, expuestas en las puertas de la iglesia del castillo de Wittenberg, marcaron el principio de la Reforma (31 de octubre de 1517). En 1520 fue excomulgado, pero el fervor popular en favor de sus tesis y el apoyo de los príncipes alemanes protegieron a Lutero, quien, de inmediato, escribió y publicó una serie de obras en las que se delineaba la Reforma. Una de ellas, *La libertad del cristiano*, fue acogida por los campesinos como estandarte de la reforma social; pero la rebelión de estos últimos fue desautorizada por Lutero, que defendía sin paliativos la sumisión a los príncipes. En 1524 colgó los hábitos y un año después contrajo matrimonio con Katharina von Bora, una antigua monja cisterciense. De 1531 a 1545 desempeñó su cátedra universitaria de Wittenberg, y su labor de investigación lingüística ha merecido que se le considere como el creador del alemán literario moderno. Lutero acercó el artificioso lenguaje oficial al habla popular, y este nuevo lenguaje se divulgó rápidamente a través de sus sermones, polémicas y escritos, entre los que cabe destacar su traducción de la Biblia. En 1545 se retiró a su pueblo natal de Eisleben, donde murió el 18 de febrero de 1546.

◀ *Martín Lutero en 1529. Obra de Lucas Cranach el Viejo. Melanchthon-Museum, Bretten.*



Portada de la primera edición de la Biblia traducida por Lutero y publicada por Hans Lufft en Wittenberg, 1534.

Prólogo

Lutero: la primera noticia religiosa de la Modernidad

por **José Luis L. Aranguren**

Desde aquellos tiempos en los que yo publiqué Catolicismo y Protestantismo como formas de existencia podía comenzarse a echar en falta, en la bibliografía en lengua castellana, un libro que, como éste, prescindiendo de todo aparato teológico, e incluso del especializado histórico-cultural, presentara, a modo de breviario —volveremos sobre la connotación cuasi hagiográfica que ha de cobrar aquí esta palabra—, la situación histórica de la que surgió el luteranismo, el modo de ser del hombre Martín Lutero, y las etapas que, en su caminar de la reforma a la Reforma, fue recorriendo a lo largo de su vida, hasta la constitución de una nueva Iglesia que, siendo enteramente suya, llegó a ser, objetivamente, la Iglesia reformada, la Iglesia luterana.

Se parte de la situación histórica. Lutero vivió el final de la Edad Media y el nacimiento de la Modernidad, al cual, sin llegar él nunca a ser completamente moderno, como Ignacio de Loyola o Juan Calvino, contribuyó decisivamente. Epoca de transición, en la que terminaba la era del Imperio —lo que hizo la institución imperial desde entonces fue sobrevivir largamente a sí misma—, y empezaba la época de los Estados modernos y de lo que luego se denominaría «nacionalismos». Estados constituidos formalmente como tales, Francia, Inglaterra, hasta cierto punto España; o Estados «buscados» y, por siglos, todavía no logrados, como fue el caso de Italia y el de Alemania, que es el que nos importa aquí.

La búsqueda afanosa de una identidad alemana se percibía ya en los humanistas germánicos inmediatamente anteriores a Lutero, así como en la oscura autoafirmación del pueblo o de los pueblos alemanes; en la decisiva creación, por el propio Lutero, del lenguaje escrito alemán o, como se decía entonces, para diferenciarlo del ya existente neerlandés, del alto-alemán; y en la luterana y no menor creación de una auténtica «teología alemana», en el más radical sentido de esta expresión.

Si a este desplazamiento desde el régimen de Imperio al de Estado(s) —Estado tanto más deseado y pensado, cuanto que no conseguido intitucionalmente— se agrega el tránsito, cuya importancia subraya el autor, de un estilo de vida en el campo y una economía rústica y del suelo, al modo de vida en la ciudad y la economía del dinero, tenemos ya a la vista las condiciones objetivas para que la voz de Martín Lutero pudiera ser escuchada, y su palabra, gracias al medio de comunicación casi recién inventado de la imprenta, leída por todos. Hoy se habla —demasiado— de los «grandes comunicadores», Reagan, por ejemplo, o Juan Pablo II. Pero Reagan es el comunicador de otro, reiterado, Imperio, y Juan Pablo II el de otra, reiterada, contra-reforma, en tanto que la comunicación de Lutero fue verdaderamente nueva; fue, en el orden religioso, la primera noticia de la Modernidad.

A la crisis histórica del sistema imperial correspondió, como tenía que ser, la del sistema eclesiástico, y fueron los papas quienes se adelantaron a convertirse en príncipes renacentistas, mundanos y temporales, mecenas de las artes y las humanidades. (Y es la crítica más benévola que se puede hacer de ellos, tal como afirma Hans Lilje en esta obra.) El autor, sumamente duro con ellos, hace la excepción de Adriano VI, quien había sido preceptor de Carlos V y promovió su elección. Y es duro también, unilateralmente duro, con respecto a la acción española en las recién descubiertas Indias Occidentales, pero no es éste nuestro tema aquí.

Hemos hablado hasta ahora de la situación social y política. ¿Cuál era la situación religiosa? La del predominio, afirma el autor, de una religiosidad popular sumamente supersticiosa, favorecida por la Iglesia con su promoción de la economía de las indulgencias, adquiribles por dinero. Superstición y, con ella, miedo. Por el miedo y por la superstición fue también poseído el joven Lutero, quien tomó la resolución de hacerse fraile aterrado por el rayo de una temible tempestad, y estuvo toda su juventud lleno de supersticiosos escrúpulos. Por eso mismo la teología de Lutero es, como la de San Agustín y la de Pascal, una teología confesional, que surge de la tentación de lo que en la Edad Media se llamaba tristitia o, como yo dije, con lenguaje existencial, de la angustia y la desesperación. De ellas y del escándalo de las obras-indulgencias en compraventa, saltó a la «sola fe», entendida como fiducia, confianza y esperanza en Dios. (Uno de los rasgos, junto con aquel otro de la simultaneidad del iustus y el peccator en cada uno de los hombres, suma-

mente actualizables, es decir, recuperables, por el pensamiento teológico-religioso de hoy.)

El curso de la vida de Lutero es seguido en este libro desde los terrores del casi niño y las angustias del joven fraile, pasando por Wittenberg, el acontecimiento de la *Turmerlebnis* (cuyo marco, frente a la tradición, es estilizado por el autor), la presentación de las célebres tesis, y después Worms, Augsburgo, Esmalcalda y la constitución, en fin, de una nueva Iglesia, separada del Estado. (Otra novedad, frente al «Estado cristiano», o «Estado católico», actualizada hoy, por fin, entre nosotros.) En relación con esta concepción debe juzgarse, y en tanto que atenuante, la actitud de Lutero con respecto a la llamada «guerra de los Campesinos», aun cuando nuestras simpatías puedan inclinarse, con Ernst Bloch, más bien del lado de Thomas Münzer.

A este punto, y a otros, el acercamiento a la posición de Melanchthon, por ejemplo, a su general afirmación de la moderación, sobriedad y carencia de fanatismo de Lutero, se refería mi, al principio, juego con la palabra «breviario». Este libro es un breviario, por supuesto, en tanto que epítome o resumen, muy bien hecho, de la vida, la fe y la reforma religiosa de Lutero. Pero es «breviario» también, en tanto que brinda una lectura casi piadosa y hagiográfica del gran Reformador. Lectura que, en estos tiempos, en los que el ecumenismo no parece estar de moda en Roma, me parece, sin embargo, conveniente y aun necesaria para los católicos abiertos que todavía queden. Y muy recomendable a todo lector que se interese por la historia de la religión occidental, del tránsito del cristianismo a los cristianismos y del ingreso en la Modernidad.

1. El fenómeno histórico

Martín Lutero

La originalidad e irrepetibilidad del fenómeno histórico representado por Martín Lutero es fácilmente inteligible para cualquiera que hable, escriba o lea alemán, ya que, prescindiendo de su particular adscripción religiosa, está recogiendo, de alguna manera, su herencia espiritual. Parece una exageración considerar a Lutero el padre de la moderna lengua literaria alemana, pero no lo es tanto si tenemos en cuenta que el alemán —o, lo que es lo mismo, el alto alemán que devendrá en lengua literaria—



Primer retrato conocido de Lutero, que apareció en la portada del Sermón

predicado en el castillo de Leipzig el día de San Pedro y San Pablo, año XVIII.

es impensable al margen de Lutero. Resulta hipotético pensar que Alemania hubiera podido conseguir a comienzos del siglo XVI una lengua literaria común —el alemán luterano de la traducción de la Biblia— de no haber surgido Lutero; es decir, un lenguaje que pudiera ser comprendido en la alta, media y baja Alemania. En este acontecimiento histórico no hay que ver una suerte de conveniencia, sino una experiencia semántica y espiritual común. En efecto: mientras el bajo y el alto alemán se comprendían entre sí por medio de la palabra hablada —aunque no sin dificultades por tratarse de dialectos completamente diferentes— y los intelectuales se servían del latín en sus disertaciones y obras escritas —el mismo Lutero lo utilizó en sus tratados eruditos—, el caso concreto que nos ocupa revela una experiencia espiritual accesible e inmediata. No es un lenguaje artificial, articulado por medio de la razón. Quien siga desde la época más temprana las obras de Lutero, recorre paso a paso la evolución de este lenguaje literario, que en Lutero es vitalidad pura, dinamismo.

Esta vitalidad tiene una doble raíz. Por un lado, su inequívoco origen a partir de la palabra hablada. Cuanto más se perfila la obra histórica y vital de Lutero, tanto más evidente se hace su faceta de hombre volcado hacia la predicación, hacia el discurso directo dirigido a oyentes reales. Esta espontaneidad, reconocible incluso en sus primeras actividades, no deriva de profundos estudios ni es fruto de una erudición trabajosamente adquirida, sino que es un fiel trasunto del habla del pueblo llano. La insuperable y clara plasticidad del lenguaje de Lutero recrea la atmósfera de los mercados, de las ciudades de la montaña, del labrador preocupado por el crecimiento de su ganado, por la incertidumbre de las cosechas, las estaciones del año o las plagas del campo.

En segundo lugar, su dinamismo expresivo emana y trasluce sus propias creencias: Lutero no escribió ni una sola línea que no estuviera motivada por su concepción de la fe. En su polémica tormentosa, agria a veces, no resulta fácil reconocer esos básicos y ardientes deseos de fe, pero no se puede negar que la capacidad expresiva de su lenguaje deriva no tanto de su calidad de instrumento para hablar de las cosas de la vida cotidiana como de su carácter de medio para llegar a esclarecer al hombre del pueblo los más íntimos procesos espirituales: la unión indisoluble del hombre de Dios, el significado de la misericordia y del perdón divinos para el hombre, las enseñanzas de la Biblia y, sobre todo, del Nuevo Testamento, y la relación íntima que guarda todo ello con la existencia humana.

A estas dos fuentes de la expresividad de Lutero hay que añadir aún otro rasgo esencial: su fuerza pedagógica. A Martín Lutero, en el fondo, no le interesaba la erudición por la erudición, ni le complacían los juegos filológicos porque comprendía que otros hubieran dicho lo mismo que él en latín con mayor belleza y elegancia; tampoco las sutilezas teológicas le causaban placer. Su discurso posee toda la fuerza del discurso directo y humano. Lutero roza casi la genialidad cuando desvela el fondo de su pensamiento y lo hace accesible a sus oyentes.

Su lenguaje no se convierte nunca en una mera fórmula vacía de contenido porque el poderoso flujo de su pensamiento no se detiene jamás. Su prolífica actividad intelectual aumenta hasta extremos inconcebibles precisamente en las épocas más conflictivas. Hay documentos que prueban que Lutero llegó a mandar a la imprenta de su amigo Hanslufft las hojas manuscritas de alguna obra, según las iba terminando, con la tinta aún a medio secar. El incesante «derroche de nuevas ideas» se traducía en imágenes también nuevas, llenas de fuerza expresiva y fáciles de retener en la memoria, lo que convertía al instrumento del lenguaje en el mejor y más valioso aliado espiritual de la fe.

El siglo XVI, línea divisoria de la Historia Moderna, no se reduce únicamente a la Reforma, ni ésta se circunscribe sólo a Lutero. ¿A qué se debe, entonces, que este hombre ocupe un lugar tan preeminente entre los de su siglo?

Para responder a esta pregunta basta con aducir una razón extrínseca e inmediata: Lutero es el principio, el iniciador de la gran obra. Este simple hecho lo eleva por encima de la serie de figuras prestigiosas y señeras que colman su siglo: Zuinglio concibió su opción reformista al margen de Lutero, pero pronto se abrió a sus influencias, aun cuando nunca las adoptó en su totalidad; los demás (Bucer, Blaurer, Bugenhagen) son satélites de Lutero, incluso el mismo Melanchthon, la mente más sutil de la Reforma, partidario y amigo íntimo de Lutero, y Calvino, hombre de gran talento sistematizador y organizativo que impulsó el movimiento en territorios vedados a Lutero. Todos ellos se consideraron sus discípulos.

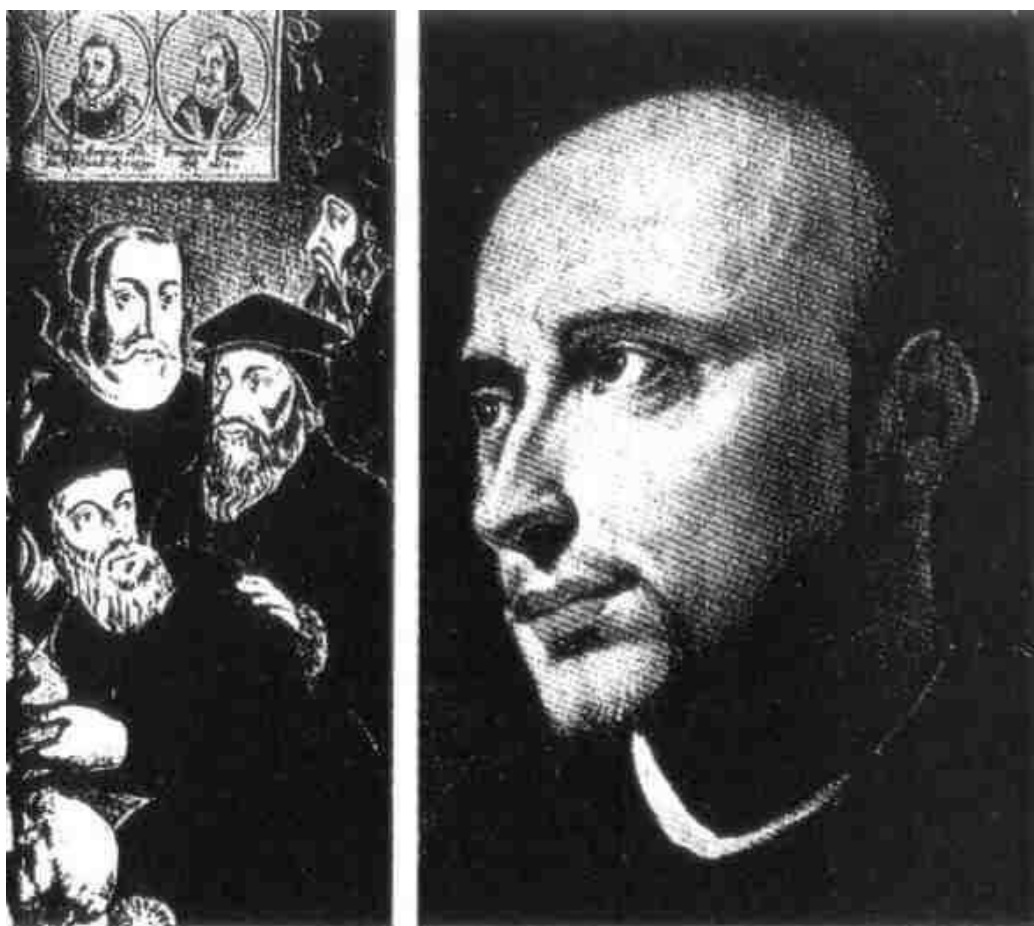
Mas no todo se reduce a esta superioridad de tipo histórico. Hay una razón objetiva y mucho más profunda que sitúa a Lutero a la cabeza de todos ellos, y se manifiesta al compararle con los protagonistas de otro tipo de reforma. Los más grandes y fríos pensadores del Humanismo, por ejemplo Erasmo o Tomás Moro, son precedentes históricos suyos, pero pese al rigor de su pensamiento y a sus propios deseos, no pasan de ser unos



Grabado alemán del siglo XVI en el que aparecen reunidos los artífices de la Reforma en Europa: Martín Lutero (E); Jean Calvino (H); Zuinglio (D); Melanchthon (I); John Knox (L) y algunos más. La única luz que ilumina la escena simboliza la de la fe, sobre la que soplan inútilmente personajes representativos de la Iglesia Católica. Biblioteca Nacional, París.

aristócratas del intelecto. A continuación de Lutero llegan hombres de acción como Calvino e Ignacio de Loyola. Todas estas grandes figuras han impreso en su obra vital el sello de la eficacia histórica.

Lutero no fue ni un mero pensador ni un simple organizador, y sin embargo sobre él se asentó el edificio de la Reforma. Tras el telón de fondo constituido por las penalidades, rezos, defensas y conquistas religiosas de Lutero estaba germinando la obra de los humanistas, que alcanzaría su culminación gracias al gran organizador Calvino. Dicho de otra manera: la lucha religiosa de Lutero tenía una importancia secundaria. Lutero no pretendió nunca revolucionar la historia de las ideas ni delinear pro-



Ignacio de Loyola, fundador de la Compañía de Jesús, cuyo rostro, un tanto idealizado, aparece en el cuadro de Jerónimo Rodríguez de Espinosa conservado en el Museo de Bellas Artes de Valencia. Ignacio de Loyola fue una de las figuras más representativas del espíritu de la Contrarreforma emanado del Concilio de Trento.

yectos para transformar el mundo. Fue simplemente una persona fiel a sí misma que defendió la opción de fe que le fue impuesta. Es la suya una obra tan personal que no puede ser valorada desligándola de su propio devenir histórico; de ahí que Lutero sea mucho más expresivo y directo que los sistematizadores y organizadores. Dentro de este contexto, hablar de debilidad o grandeza, de limitación o de trascendencia, carece de sentido, puesto que es en ese camino puramente personal donde reside su aportación a la Reforma. Visto bajo este prisma, Lutero fue un instrumento de Dios en la Historia.

Es, pues, absolutamente imprescindible examinar su evolución, no para descubrir en ella secretos psicológicos sino para

comprender su propia vida, factor determinante de decisiones históricas que desembocarán en la Reforma y que irán mucho más allá, influyendo en todo un periodo de la historia de Occidente.

No debemos asombrarnos de que su persona resalte con gran claridad frente a las numerosas celebridades políticas de su época. Media un abismo entre el mundo de Lutero y el de un Francisco de Francia o el de un Enrique de Inglaterra. Estos, al igual que otros muchos, no buscaron el perfeccionamiento que les permitía su posición ni se preocuparon de la prosperidad de sus súbditos, sino que persiguieron una suerte de egoísmo personal mal disimulado. Otros muchos, dentro del ámbito de la Iglesia y de las Universidades, se dejaron arrastrar por el torrente que les condujo a las atractivas orillas de la ambición y del afán de notoriedad. Lutero se diferencia de todos ellos porque padeció muchas penalidades. La imagen de un Lutero heroico es completamente falsa si investimos al término «heroísmo» del sentido que tenía en las postrimerías del siglo XIX; Lutero no fue un «héroe» al estilo de este pensamiento burgués. Su importancia, básica y secundaria al mismo tiempo, se deriva de su calidad de soldado divino, es decir, combatiente contra la muerte y el demonio. En el transcurso de su vida, ese combate englobó fuerzas históricas y acabó por remover los cimientos de Europa, cobrando importancia decisiva en la historia mundial; pero Lutero no buscó de manera programática esa consecuencia, sino que le vino impuesto en cuanto que él se consideraba un instrumento histórico de Dios.

El mismo Lutero formuló este misterio de la intervención de Dios en la Historia con una imagen muy expresiva cuando afirma que Dios le había llevado de la brida como si fuera «un rocín ciego». Subyace en este giro una sumisa aceptación del misterio de la divina Providencia. En incontables páginas llenas de fuerza expresiva Lutero demostró que conocía muy bien la diferencia entre lo que el Renacimiento entendía por un gran hombre y su propio cometido vital, que le convirtió a él mismo en un instrumento al servicio de la voluntad divina. Lutero escribió al respecto: «En primer lugar ruego que se prescinda de mi nombre, que no se nos llame luteranos, sino cristianos. Si San Pablo, en Cor. 3, 4, 5, no toleraba que los cristianos se denominasen paulinos o petrinus, ¿cómo podría yo, pobre y apestoso saco de gusanos,

Lutero, por Lucas Cranach. Germanisches National Museum, Nuremberg. ►



dar a los hijos de Cristo mi impío nombre? En consecuencia, queridos amigos, borremos todos los apelativos particulares y llámemonos simplemente cristianos, ya que es la doctrina de Cristo la que seguimos.» Así pues, el tema de fondo no es Lutero, sino el Evangelio; no es la conmemoración histórica de una persona, sino la actualidad de Cristo.

Una de las tareas más difíciles y también más sugestivas en una biografía de Lutero es intentar desentrañar la aparente paradoja de que Lutero, por un lado, sea un representante ejemplar de su tiempo —«él experimenta la línea de ruptura entre dos épocas»—, mientras que por otro se manifiesta extraordinariamente personal y único. No existen demasiados paralelismos en este fenómeno con Martín Lutero, cuya experiencia personalísima y única ha ejercido durante siglos un influjo más vasto y duradero que la obra de muchos reyes, estrategas, hombres de Estado, intelectuales, inventores o magnates de la economía. Si queremos hacer justicia a Lutero, debemos examinar atentamente los dos polos que enmarcan el fenómeno: la fascinante época histórica de comienzos del siglo XVI, y la figura de Lutero, hombre de una energía y actividad casi explosivas.

Primera parte

**COORDENADAS
HISTORICAS DE LA EPOCA**

2. Concepciones políticas

Delimitaremos ahora las coordenadas de la época en la que surgió el mensaje de Lutero.

La institución más importante de la Alta Edad Media, el emperador y el Imperio, había perdido su brillo, su vigencia, al finalizar la dinastía imperial de los Hohenstaufen, y había sido sustituida por el derecho natural ontológico de la alta escolástica. Se van consolidando los incipientes Estados europeos, primero con el fortalecimiento de Francia e Inglaterra, y más tarde con las reivindicaciones de soberanía de numerosas formaciones nacionales, ciudades-estado y repúblicas.

La otra gran institución de Occidente, el Pontificado, se había vaciado de contenido. El exilio forzoso del vicario de Cristo a Avignon provocó profundos y graves trastornos ideológicos en el prestigio de los papas. Al trasladarse la sede geográfica del sucesor de Pedro, se puso en peligro su hegemonía espiritual. El cisma, además, sacó a la luz conflictos intereclesiales: los estados europeos habían comenzado a defender su soberanía nacional frente al universalismo papal.

En el marco de esta evolución colectiva, Alemania constituía un fenómeno marginal, pero al mismo tiempo un claro paradigma de ese proceso de emancipación, cuyo desarrollo pasaba por la descomposición del centralismo de la monarquía alemana y, en consecuencia, por la abolición del prestigio universal del Imperio alemán.

No es un azar histórico que tres grandes soberanos, que simbolizan este pujante dinamismo histórico, penetren de forma simultánea y estrechamente unidos en el escenario europeo: Carlos V de Habsburgo, el solemne emperador, siempre dueño de sí mismo; Francisco I, brillante rey de Francia, pero carente de autodomínio, defecto este que le impidió convertirse en el gran soberano que hubiera podido ser; y finalmente, Enrique VIII de Inglaterra, el más vital de los tres, hombre de ideas muy particu-



Retrato ecuestre de Francisco I, por Jean Clouet. Museo del Louvre, París.

lares sobre la monarquía y la política, sobre la Iglesia y el santo matrimonio.

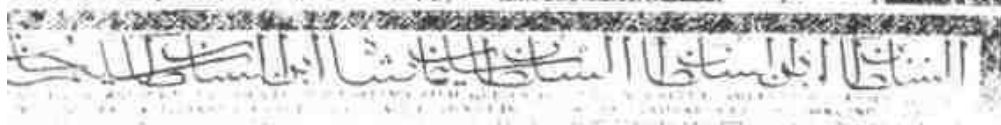
El fondo del cuadro lo constituye la amenaza, siempre latente, del sultán turco Solimán I, cuyo dilatado periodo de gobierno (1520-1566) ensambla a la perfección con los demás ele-



Enrique VIII, por Hans Holbein. Galería Nacional, Roma.

mentos que configuran la política europea de estas décadas, al margen de los diferentes papas.

El Renacimiento italiano, preocupado por la formación integral de la personalidad, había despertado, entre otros, el interés por el retrato humano, de modo que en casi todos los países eu-



Sig. Romling

El sultán turco Solimán I el magnífico. Grabado en cobre de Melchior Lorch.

ropeos, en el tránsito del siglo XV al XVI, la pintura alcanzó cimas no conseguidas anteriormente en el terreno artístico. Esta y no otra es la razón de que nos hayan legado tantas obras de los citados monarcas procedentes de los más destacados pintores de la época, que recogen, con insuperable maestría y exactitud, la singularidad de sus diferentes personalidades, capacidades y debilidades, y que trataremos de bosquejar a continuación.

Estos soberanos tienen un rasgo de carácter asombrosamente común: su inseguridad personal cuando toman las riendas del gobierno. No olvidemos que a estos tres reyes, cuando apenas habían salido de la adolescencia, les esperaban tareas que habían de conducir a sus respectivos países a modificaciones tanto internas como externas decisivas para su propia historia.

Francisco I fue el guerrero y estratega temerario por antonomasia; algunas de sus primeras y sorprendentes victorias le granjearon el respeto de Europa y le supusieron un gran éxito inicial en sus interminables luchas contra Carlos V. Pero en los asuntos de gobierno era tan inseguro que aceptó agradecido la sutil y férrea dirección de Diana de Poitiers. Esta mujer, de aspecto delicado a juzgar por el lienzo pintado por Clouet, le ofreció comprensión y consejo e influyó en gran medida en sus decisiones, al mismo tiempo que, con una actitud muy propia de la época, prestaba grandes servicios a sus parientes y a sus múltiples amigos.

Enrique de Inglaterra fue todavía más inseguro. A decir verdad, a lo largo de su reinado, mientras él llenaba ruidosamente la escena histórica con un absolutismo en apariencia tiránico, otros personajes encumbrados por él desde la nada movían los resortes del poder entre bastidores, manejándolo a su antojo siempre que supieran atenerse con acierto a las reglas psicológicas del juego, porque a la primera falta caían sin piedad, corriendo la misma suerte que habían hecho correr a otros. Durante toda su vida, Enrique VIII estuvo dominado por terceras personas y fue, al fin y al cabo, una figura decorativa.

Carlos V también adolecía de inseguridad. Esta peculiaridad caracteriológica de la dinastía habría de potenciarse hasta devenir en anormalidad en los últimos Habsburgo, sobre todo en los de la rama española. Carlos V supo corregir con mejor acierto que Felipe II, su hijo y sucesor en el trono hispano, esta debilidad psíquica, rodeándola con la coraza protectora de la dignidad imperial. Su actitud elegante y solemne, rasgo básico de la organización cortesana de Borgoña que habría de perfeccionarse hasta convertirse en esa refinada obra de arte que es el ceremonial

cortesano español, suponía en el fondo el estilo de vida más adecuado para él. Su ceremoniosa dignidad le permitió soslayar decisiones rápidas; además, la atmósfera de entonces no toleraba las prisas. El emperador, tras palpables inhibiciones y larga reflexión, adoptaba al fin decisiones que mantenía con notable tenacidad, ofreciendo la viva imagen de un soberano revestido de la más pura dignidad imperial.

Pero hay un hecho más relevante, que atañe no a su esfera privada sino a su actitud personal, muy a tono con su rango: la conciencia del valor de su palabra de príncipe. Media un abismo entre el despótico rey inglés, que mantiene o rompe sus promesas según su humor, y el joven Carlos, que rechaza en Worms los requerimientos —razonables y prácticos, por lo demás— para que hiciera caso omiso del salvoconducto imperial y eliminara a Lutero. Hay que aducir además en su favor que por orden expresa del propio Carlos V —y en contra del parecer del duque Alberto— la tumba de Lutero quedó incólume.

Carlos V aventajaba a los dos soberanos anteriores en talento político. Francisco I fue siempre un militar al que su audacia le deparó acontecimientos favorables y desfavorables; Enrique VIII, uno de los hombres más ricos de su tiempo, gobernó su reino como si fuera una finca de su exclusiva propiedad, y muy lucrativa por cierto, a poco escrupuloso que se fuera en la elección de los medios. Carlos, sin embargo, revela la firme convicción de que el Imperio es una tarea de la que hay que responder ante Dios y ante la Historia.

Su misión concreta tenía horizontes muy amplios. Henchido de orgullo, Carlos solía decir que en sus dominios jamás se ponía el sol, y era cierto. Portugal y España eran las dos únicas potencias europeas para las que la ampliación geográfica del mundo, como consecuencia del descubrimiento de América, suponía una realidad política. Volveremos más adelante sobre este particular. Pero aun limitándonos al escenario europeo, resulta evidente que a Carlos le aguardaba un cometido histórico de mayor envergadura que a los otros dos monarcas. Enrique VIII reinaba sobre una sociedad de cuatro millones de habitantes basada en la agricultura, satisfecha consigo misma y de horizontes bastante limitados, ya que en casi todas sus manifestaciones vitales no había abandonado aún la Edad Media; exceptuando a una pequeña minoría de humanistas con conciencia europea,

El joven emperador Carlos V, retratado por Christoph Amberger. Staatliche Museen, Berlín. ►



vinculados en su mayor parte a Oxford y a Cambridge, el resto era simplemente un territorio situado en el borde noroccidental de Europa, envuelto en una niebla climática y espiritual.

El caso de Francia, una nación con catorce millones de habitantes inmersa de lleno en la historia espiritual, política y cultural de Europa, era diferente. Francisco I intervenía de forma activa y continua en la historia de Europa a lo largo de sus tres fronteras (la del norte con los Países Bajos, la del este con Borgoña, y, sobre todo, la del sudeste con Italia), pero sus tareas de gobierno no pueden compararse en absoluto con las de Carlos V. La pugna de décadas con Francia por la hegemonía europea obligó al emperador a buscar campos de batalla situados al norte de su país, bien en Flandes, Brabante o Borgoña, o principalmente en Italia. Pero esto no era todo, porque al emperador le esperaban aún decisivas luchas internas por la unidad del ámbito panhispánico, amén de las guerras con los vastos estados berberiscos musulmanes del Norte de Africa (escenario en el que Carlos V lograría algunas de sus más renombradas victorias); a todo ello hay que añadir los permanentes conflictos bélicos en la fron-

Escena rural según un grabado de Gérard de Jode. Biblioteca del Monasterio de San Lorenzo de El Escorial.



tera este del Imperio a causa del creciente peligro turco: ¿cabe pensar acaso que un monarca inglés hubiera podido frenar la oscura amenaza de estos enemigos orientales situados en el siglo XVI a las puertas del Imperio? Y sin embargo, era ésta una de las actuaciones políticas y militares más serias e incuestionablemente de mucha mayor envergadura que las guerras de sucesión y las campañas de los adocenados monarcas europeos.

Por si todo esto fuera poco, aún quedaba el conflicto con la Reforma, que Carlos V asumió como la misión más inmediata de su elevado cargo. Se sintió obligado a ello por un doble motivo: porque tenía que defender, por un lado, la autoridad de su poder político y, por otro, la amenazada unión de la Cristiandad, cuyo supremo cargo terreno desempeñaba.

Este hecho exige a los observadores actuales un mayor esfuerzo de comprensión, por lo cual debemos recalcarlo: en la mente de Carlos renacía de nuevo la idea de que el emperador ocupaba la cima del poder político en la Cristiandad; con otras palabras: tenía una misión encomendada por la Cristiandad, cuyo cumplimiento debía redundar en beneficio de ésta.

La tragedia que se cierne sobre la vida y la obra de este soberano consiste en que, en su fuero interno, renacía otra vez la unidad europea, la del orbe cristiano, y pese a tener un carácter poco proclive a tomar decisiones rápidas, se propuso ser fiel a esta misión histórica, sacrificando por ella incluso la sangre de su pueblo, a pesar de que tal idea comenzaba a caer en desuso.

En 1556 Carlos V compareció en Bruselas ante los príncipes para comunicarles su decisión de abdicar. Su entrada al lugar donde se hallaban reunidos fue todo un símbolo, porque el emperador se apoyaba en los hombros del joven príncipe de Orange-Nassau, que pocos años después proclamaría la independencia política y religiosa de los Países Bajos, arrancándolos del dominio de los Habsburgo. Estas dos figuras, la del anciano emperador y la del joven príncipe, simbolizan el declive del pasado y la ascensión irrefrenable de los nuevos tiempos.

El proceso de descomposición de la Edad Media se inició con el resquebrajamiento de sus pilares políticos. El Imperio alemán, motor y garante del orden europeo, comenzó a declinar lentamente. A este sistema político, de acusada concepción espiritualista, habían pertenecido alemanes, bohemios, italianos, neerlandeses y daneses. Al fallar sus cimientos surgió un nuevo equilibrio de fuerzas entre los incipientes Estados nacionales, los incontables principados renacentistas, de dimensiones más reducidas, las ciudades-república italianas y los Estados Pontificios,

que también aspiraban a un poder político autónomo. Este dinámico juego histórico se traducía en una espiral de guerras, alianzas, tratados de paz, ruptura de pactos y nuevas guerras.

Simultáneamente se estaban gestando transformaciones radicales en la estructura socioeconómica en la que se basaba la sociedad medieval. El feudalismo pierde su significado y su capacidad creadora, y serán los burgueses libres de las ciudades, los afiliados a los gremios, los funcionarios de los cada vez más poderosos Estados nacionales, quienes configuren las bases de la nueva sociedad, y con claras aspiraciones, además, a dirigir su política. Aparece una nueva concepción del hombre que ya no deriva de la construcción jerárquica de la sociedad del medievo. A la cabeza de todo el proceso se sitúa Italia. Sobre el mosaico italiano se conciben y formulan los nuevos postulados políticos, cuyo más genuino representante es *El Príncipe* de Maquiavelo. Es sorprendente la rapidez, claridad y desapasionamiento con que este autor formula las leyes del Estado moderno. Hay que alabar su exposición fría y serena, pura y diáfana como el agua,

Embarco del Dux, por Bassano. El cuadro ilustra una escena de la vida cotidiana de la ciudad de Venecia en el siglo XVI.



y su completa independencia respecto al pensamiento cristiano tradicional.

Es inútil intentar buscar en los príncipes —que serán en el futuro el sostén de la evolución política europea— la clarividencia y cultura política de las primitivas repúblicas italianas, pero aun cuando su actuación parece tosca, poco premeditada, a principios del siglo XVI el avance es considerable. Se están alumbrando los Estados nacionales, y su lento desarrollo, producto de siglos, es analizado por todos cuantos participan en él de muy diferentes maneras.

Italia, un mosaico de ciudades-república, no podía ser el sustrato de esta evolución porque carecía del elemento fundamental: la unidad política. Algunas mentes preclaras así lo entendieron, por ejemplo el papa Julio II, que abogó por la unificación de Italia más que ningún otro personaje de su tiempo.

Pero lo que en Italia era imposible, germinaba con fuerza en Francia e Inglaterra. Sus respectivos reyes, ya citados antes, colocaron —sin ser conscientes de ello— la primera piedra del futuro desarrollo hacia un Estado nacional moderno. Sus sucesores recogieron su herencia: Enrique IV continuó la obra iniciada por Francisco I, que sería culminada por Richelieu y Luis XIV.



Isabel y Cromwell trabajaron en la misma dirección que Enrique VIII, y de ellos arrancan las raíces de la futura hegemonía mundial de Inglaterra. Comienzos tímidos, como se ve, pero de importancia trascendental. -

Los príncipes alemanes no podían permanecer impassibles ante semejantes transformaciones, pero, por mucho que se diga en su contra, guardaron una pasmosa fidelidad a la institución imperial. Para apreciar en su justo término esta afirmación tendríamos que enfocar desde otra óptica un hecho histórico de sobra conocido: la muerte por decrepitud del Sacro Imperio Romano Germánico; sorprende que la autoridad ideal del Imperio, pese a su larga agonía, durase hasta el momento mismo en que murió por consunción interna.

A la vista de las circunstancias históricas en que surgen los Estados nacionales, se comprende que la grave crisis política del Imperio, la decadencia de la unidad política europea y la subsiguiente formación de un nuevo sistema político, fueran fenómenos independientes de la Reforma. Responsabilizar a ésta de la ruina de la unidad europea sería una simpleza.

La precisión tiene su importancia, porque semejante evolución no fue únicamente «política», en el sentido exterior y técnico de la palabra, sino que tuvo también una faceta espiritual muy importante.

En la Edad Media la idea del Imperio implicaba un rígido paralelismo entre poder espiritual y poder político. El emperador y el pontífice mantenían entre sí una relación tan estrecha e inevitable como el sol y la luna, y el único litigio entre ambos consistía en el reparto de los papeles, en la preeminencia de uno sobre otro, pero la mutua relación no fue cuestionada jamás. La teoría —nacida al calor del pensamiento histórico de finales del XIX— de que el emperador se había despreocupado del papa, de que había marginado a la Iglesia, es una tosca extrapolación derivada de una consideración errónea como es la de juzgar con criterios históricos modernos una época histórica radicalmente diferente. Prescindiendo de la correlación efectiva de fuerzas en cada momento, la coexistencia del emperador y del papa simbolizaba de manera perfecta la monolítica unidad de Occidente, y confería al Imperio, en cuanto sede suprema del poder político, una fundamentación metafísica. El cargo de emperador tenía así un origen divino, del que emanaba su dignidad y autoridad.

Es lógico, pues, que el resquebrajamiento de esta coexistencia natural en las postrimerías de la Edad Media tuviera consecuencias muy graves, ya que semejante desmoronamiento ataca-

*Ulrich von Hutten.
Grabado en madera
perteneciente a los
Diálogos, 1521.*



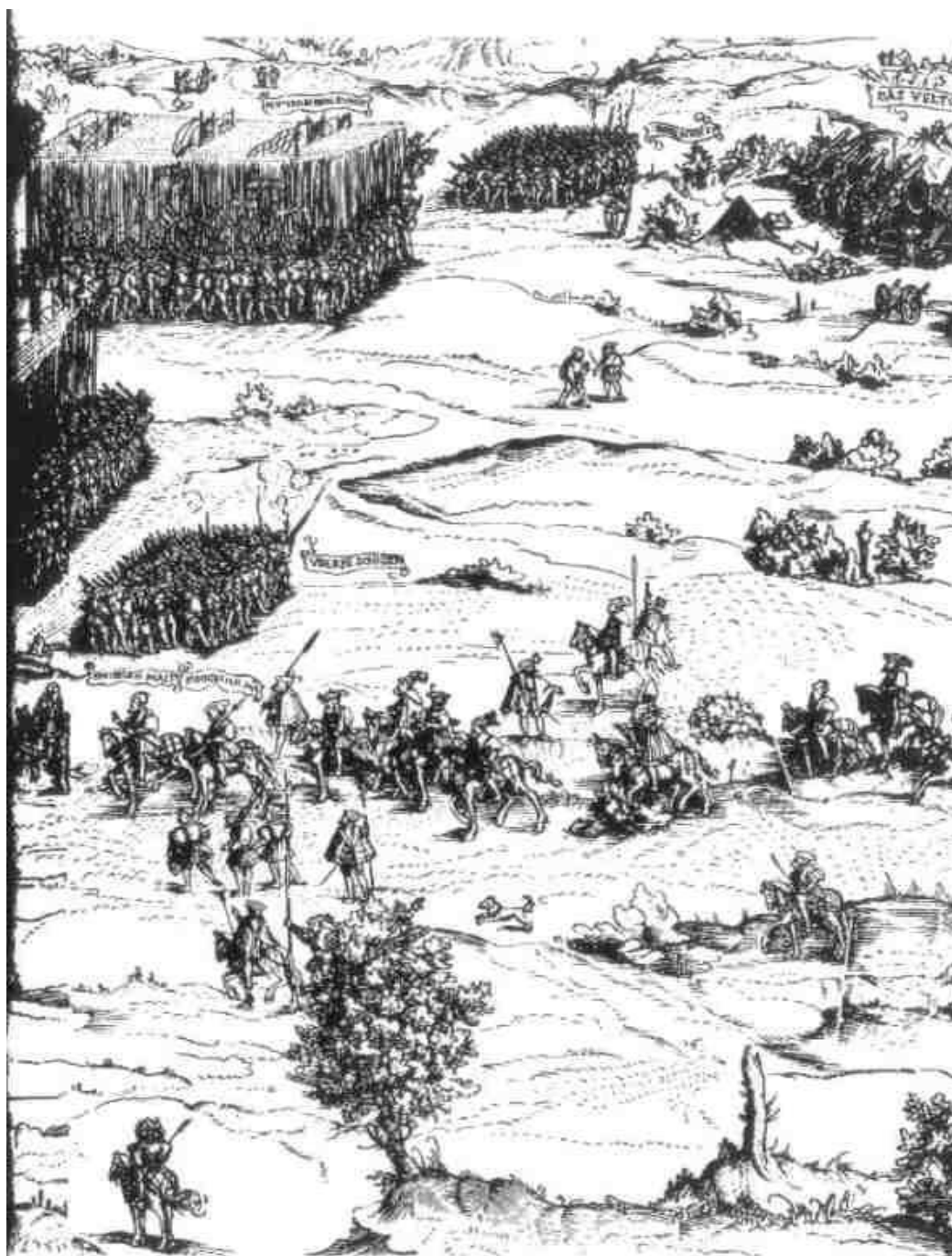
ba las raíces metafísicas de la institución imperial. La disolución de la entente origina un problema nuevo que dominará las siguientes décadas y siglos: la cuestión del origen divino de la monarquía. Esta problemática merece una atención especial. El tema, apuntado ya por Maquiavelo, fue examinado con atención e interés creciente desde todos los puntos de vista, especialmente desde el teológico. De algún modo se empieza ya a pensar que la autoridad de la monarquía no se fundamenta en un orden teológico-metafísico, y comienza a ser cuestionada. Dos siglos después, el absolutismo, despojado de toda raigambre religiosa, recogerá esta herencia.

El grupo social, otrora muy poderoso, refleja con especial nitidez las convulsiones sociales y la pujanza del nuevo orden político: el de los caballeros. Su destino roza la tragedia porque este estamento social, tan influyente en el pasado, muere sin pena ni gloria: no hay sitio para él en la nueva reestructuración social.



*Tropas mercenarias
alemanas, brazo
armado de los
príncipes
nacionalistas.
Grabado en madera
de Michael
Ostendorfer
hacia 1530.*

Personajes como el capitán de lansquenets Georg von Frudenberg constituyen un fin digno en su vertiente de caudillo militar, ya que no en su calidad de caballero con un *ethos* definido que superaba los límites de lo puramente defensivo. Otros, como Franz von Sickingen y Ulrich von Hutten, son verdaderos ana-



cronismos vivientes; las enardecidas proclamas de Sickingen evidencian ante los ojos de todo el mundo que su reivindicación de la fama carece de sentido; Hutten confiere al final de la caballería —y a su pertenencia a ella— una especial fuerza simbólica, eligiendo una profesión mucho más moderna, el periodismo, con

todas las ventajas e inconvenientes que comporta. Del ideal caballeresco sólo quedaron unos ciertos privilegios de clase, desapareciendo todo lo demás. No fue, pues, la mutación de la ideología política lo que enterró la figura del caballero, sino las transformaciones socioeconómicas.

Uno de los factores esenciales de este proceso fue el cambio cualitativo que se produjo en el orden económico al cobrar impulso el dinero y la economía financiera. Los señores de la tierra se encontraron, de pronto, a partir del siglo XV, con que el suelo ya no constituía la forma decisiva de propiedad, al sufrir la competencia creciente del dinero. Esta economía basada en el dinero acabará por provocar una crisis económica que sólo se hará visible en la segunda mitad del siglo XVI, cuando el oro y los metales preciosos procedentes de América afluyan en grandes cantidades a España. En esta nueva y radical orientación de la economía europea, que se desarrolló no sin graves crisis y trastornos, los caballeros perdieron su importancia y cedieron su puesto en la escala social a sus competidores, los habitantes de las ciudades.

En este marco político, caracterizado por su dinamismo —mueren unas fuerzas y nacen otras—, emerge un factor esencial, al principio con lentitud y con una fisonomía aún no muy definida, pero su vigor ya no dejará de crecer: el pueblo.

Cierto es que su configuración externa, política, se mantuvo informe durante largo tiempo: hay momentos en los que brota de él un nacionalismo de raíces modernas; pero, una vez pasado éste, se sumerge otra vez en un larvado medievalismo. Aunque ya en el Concilio de Constanza (1415) se produce una división en *nationes* para contrarrestar la supremacía italiana, el concepto de nacionalidad tal como habrá de plantearse en el siglo XIX está todavía muy lejano. Cuando en Praga estallaron las guerras husitas, los alemanes establecidos en la ciudad se pusieron del lado de los checos, mientras sus rivales, los bohemios, se aliaban con los alemanes del Imperio que estaban de parte de los husitas. Los solicitados ejércitos de mercenarios alemanes, basados sobre todo en la caballería y en los lansquenets, se enfrentaron escindidos en dos facciones antagónicas, según la causa que defendían, fenómeno corriente, por otra parte, en aquella época; y el hecho de que Francisco I y Enrique VIII aspirasen a la corona imperial alemana podría parecer a lo sumo una arrogancia, pero en absoluto serían vetados por su condición de extranjeros. Sin embargo, frente a estos hábitos tradicionales, no tarda en irrumpir en oleadas y con fuerza creciente la conciencia

del carácter nacional. Baste un ejemplo: los italianos llegaron a considerar al piadoso pontífice Adriano VI un provocador, tanto por su rectitud religiosa, que en un pontífice constituía una provocación, como por su condición de extranjero, y le hicieron la vida imposible por no ser italiano.

En Alemania, el sentimiento nacionalista se originó de un modo mucho más espontáneo con motivo del viaje de Erasmo. El gran humanista, que atravesó el país camino de Basilea, se mostró gratamente sorprendido por el recibimiento más cordial que jamás le fuera tributado, máxime teniendo en cuenta que por su formación humanística sentía más simpatía por París y sobre todo por Oxford; los entusiastas y sinceros alemanes quizá sintieron vagamente en aquellos momentos que Erasmo era tan sólo el catalizador que iniciaba la reacción y que encendía su conciencia nacional; pero faltaba aún un elemento fundamental: Lutero. Los alemanes se remontaron entonces hasta las fuentes de su propia historia, es decir, hasta la *Germania* de Tácito, y de la pluma del humanista alsaciano Wimpfeling surgió una obra que destila patriotismo por los cuatro costados: su nueva *Germania*.

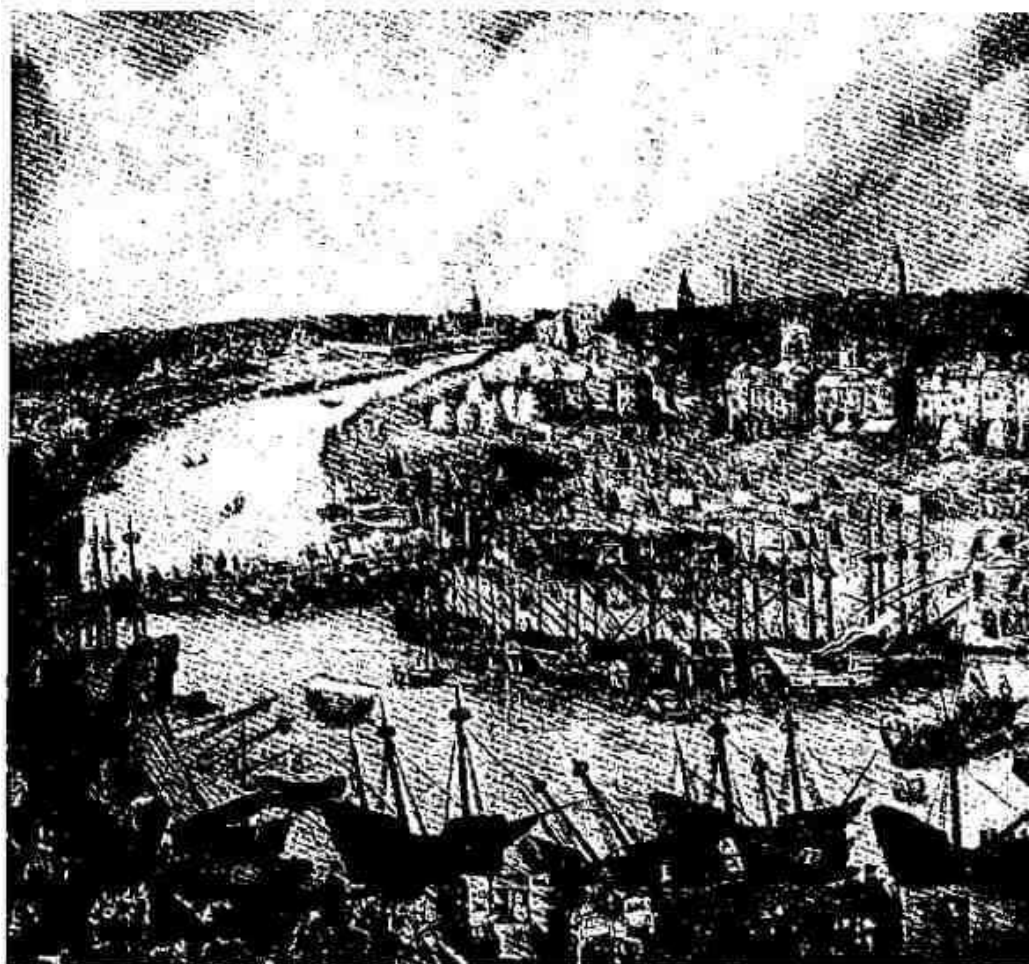
Tales fueron los comienzos.

En otros ámbitos, sin embargo —por ejemplo, en el religioso—, se trataba más que de un simple comienzo. Pero antes de examinar este importante aspecto de la vida de la época, hagamos un análisis sucinto de la situación espiritual.

3. Coordenadas espirituales del mundo

En esta época la visión espiritual del mundo experimentó transformaciones sin precedentes en la historia anterior de Europa, motivadas sobre todo por la aparición del Nuevo Mundo —en su sentido más literal— descubierto por Colón.

Este personaje —un genovés lleno de fantasía, por más señas—, al no hallar eco en su patria para llevar a cabo sus pro-



yectos, acudió a la Corona española, la cual pertrechó la *Santa María*, una carabela que comparada con los actuales transatlánticos parecería una cáscara de nuez. En Colón se hermanaban el moderno concepto de la «nostalgia», germinado al calor de una impresión fáustica, y un profundo misticismo medieval. Es el símbolo del choque entre dos épocas. El estímulo para sus viajes se lo proporcionó el manual geográfico de uno de los teólogos más relevantes del siglo XV: el escolástico parisiense Pierre d'Ailly, con quien hasta Lutero contrajo una deuda intelectual. Colón partió rumbo a las Indias orientales y acabó arribando a las occidentales. En su viaje llevó consigo como libro de meditación una obra de ese mismo erudito, hombre que había tenido una participación decisiva en la condena de Hus. Con otras palabras: la figura

Vista de la ciudad de Sevilla en el siglo XVI, según una pintura atribuida a Alonso Sánchez Coello (Museo de América, Madrid). A través de este gran puerto comercial fluía el oro de América a España y a Europa.



de Colón refleja la multipolaridad característica del paso de la Edad Media a la Edad Moderna. El fenómeno repentino y nuevo de los descubrimientos origina una amplificación de la visión del mundo. Colón —como miembro convencido que era de una Iglesia todavía medieval— cristianizó los parajes descubiertos, y sus sucesores continuaron esa piadosa costumbre; así encontramos en el Nuevo Continente nombres como bahía del Corpus Christi, San Salvador, Santa María de la Concepción, etc. Pero esta manifestación de cristianismo era pura apariencia, porque la política colonial apareció muy pronto en su forma más burda y espantosa. Los pobladores españoles y portugueses, los llamados conquistadores, acudieron en tropel, pero a diferencia del fenómeno histórico europeo de las Cruzadas, ya no iluminan con la luz de la trascendencia su empresa, sino que dejan traslucir un desnudo afán de conquista con todos sus atroces fenómenos concomitantes, de modo que las primeras colonias son testigos mudos de los primeros crímenes coloniales.

Comienza a manar el dinero. La afluencia de metales nobles alcanza en el curso del siglo XVI un ritmo vertiginoso, fortalece la hacienda nacional española y convierte a la nación en la potencia económica más poderosa. Pero también acarrea como efecto colateral la antigua maldición del oro: España, incapaz de soportar este aluvión de riqueza durante más de un siglo, terminará por arrastrar a toda Europa a una crisis económica muy grave desde mediados del siglo XVI.

La visión del mundo, en cambio, se ensancha y se hace mucho más patente. Los horizontes se dilatan casi hasta el infinito; ya no asustan al hombre ni le infunden un respeto ilimitado. Todas las miradas serenas y decididas se dirigen hacia poniente, aunque sin menospreciar las márgenes del Este: la costa norte de África y luego el Mediterráneo oriental se convierten en los escenarios de la lucha contra el creciente poderío turco. Algunas de las grandes victorias del siglo en este terreno abonan la sensación de que el hombre es dueño y señor de su propio mundo.

Estos acontecimientos se desarrollan en el seno de una sociedad con formas de vida netamente medievales: todavía imperan en ella supersticiones de todo tipo e incluso Colón sucumbirá a ellas.

Así pues, la visión del mundo —por decirlo de alguna manera— volvía a ser centrífuga; por primera vez desde la época

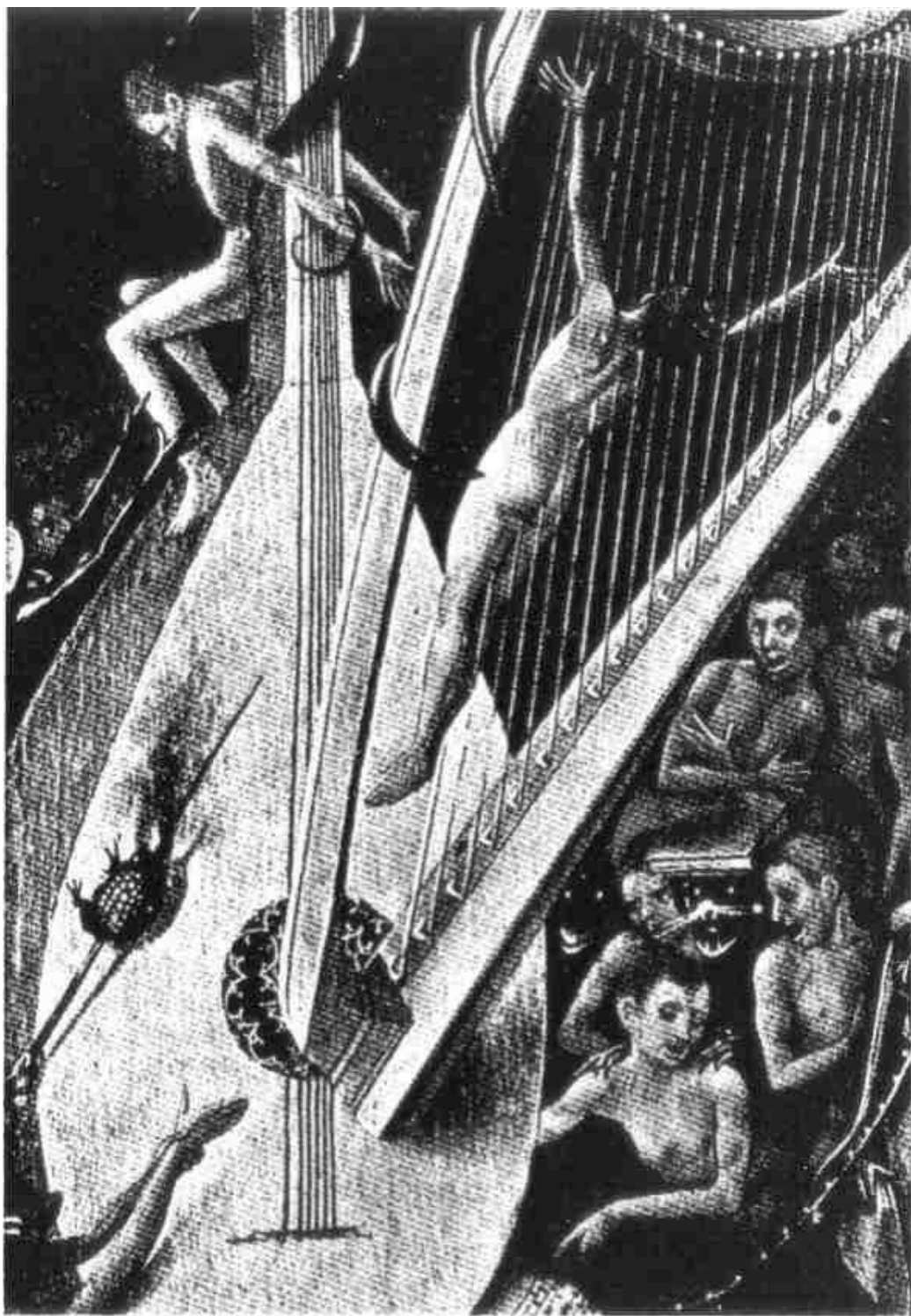
Erasmus de Rotterdam, por Alberto Dürero (1520). Museo del Louvre, París. ►



de las Cruzadas se manifestaban unas ansias expansionistas desconocidas para el hombre del medievo. Comienza la época fáustica; la inquietud fáustica se adueña de las gentes. Los astrónomos descubren nuevos derroteros, surgen inventores... Hay, en definitiva, algo nuevo que se está alumbrando y que va a transformar sustancialmente la visión del mundo.

El cambio es mucho más evidente en el terreno espiritual que en el político y geográfico.

Pensemos, por ejemplo, en el príncipe de los humanistas, en Erasmo. Este holandés, de estatura superior a la media, rubio, de tez blanquecina y con el rostro afilado del pensador, fue en muchos aspectos el punto culminante, el fruto en sazón del humanismo. Trascendiendo la mera imitación de los clásicos, Erasmo consiguió revitalizar la lengua latina. Su colección de proverbios titulada *Adagia* constituyó un éxito editorial de primer orden; con esta obra proporcionaba a las capas medianamente cultas de su época un manual muy útil para abrirse camino hacia el mundo clásico. Su *Colloquia* fue una obra maestra de un periodismo cuidado y muy sobresaliente en el campo intelectual; debió de suponer para su tiempo lo que para el nuestro el editorial de un gran periódico, aunque su influencia —claro está— debió de ser mayor porque lo que hoy se llama opinión pública aún estaba entonces en sus comienzos, y también porque rayaba a gran altura intelectual. La libertad de espíritu con la que en esta obra su autor —que por lo demás se preciaba de pertenecer a la Iglesia de Cristo— atacaba cualquier asomo de medievalismo, incluido el religioso, es muy sintomática. Erasmo trató la temática de las reliquias y las peregrinaciones con una ironía deliberada y tan mordaz que ni el mismo Lutero —superficialmente considerado— pudo decir nada tan corrosivo. En pleno cristianismo tradicional, Erasmo se convierte en el abanderado de la nueva cultura para defender la doctrina cristiana ante el mundo de su tiempo, y en más de una ocasión hace volar en mil pedazos la visión medieval del mundo. En uno de sus coloquios de Oxford, cuando en aquella tertulia de humanistas le llega el turno, uno de sus personajes, a propósito de la historia del ángel del Paraíso que blande la espada con aire amenazador, grita: «Pero ¿aún sigue ahí vigilando el jardín con ese objeto cómico en sus manos? Nosotros hace ya mucho tiempo que empleamos a los perros para semejantes menesteres.» Y continúa uniendo el mito de Prometeo —la rebelión del hombre contra los dioses— con la historia del pecado original de una forma tan ingeniosa que al final ambos se confunden. Este claroscuro deslumbrante resulta muy sin-



Detalle de El jardín de las delicias, de Hieronymus Bosch, El Bosco, Museo del Prado, Madrid.

tomático y es una de las características de la mentalidad de la época: «Todo el cielo espiritual se desquició y fue orientado de nuevo.» (Burckhardt, *Humanitas Christiana*.)

El arte, uno de los barómetros más sutiles de la vida espiritual, nos ofrece una demostración palpable: la aureola dorada con la que la escuela de Siena adornaba a sus figuras de santos como símbolo de trascendencia desaparece y es sustituida por paisajes vaporosos y azules, que ofrecen panorámicas de ríos y valles; las figuras se desembarazan de ese hieratismo típico de los cuadros litúrgicos; el trazado de los pliegues se dinamiza, los gestos cobran vida; en resumen, aparece el hombre real. El fenómeno es mucho más evidente en la escultura: del bosque de pilares y arcos de las catedrales góticas emergen las figuras libres de auténticos hombres de carne y hueso. El alargamiento de las figuras góticas de santos, que con su delicadeza sobrenatural y sus fisonomías extáticas y devotas se adaptaban a la perfección al laberinto de columnas y arbotantes tendido hacia el cielo de las catedrales, es sustituido por figuras dotadas de una gran plasticidad que despiertan a la vida para respirar el aire de realismo renacentista, renovado en la contemplación de la Antigüedad clásica.

Todos estos acontecimientos no se desarrollaron de una manera natural, sino que fueron «el campo de batalla entre dos épocas». El viejo mundo resiste con uñas y dientes el empuje del nuevo, y ambos se enfrentan y se confunden como los caudales de un río y su afluente. Citemos tan sólo un ejemplo: Hieronymus Bosch, El Bosco, pintor de finales de siglo, refleja en su famosa obra *El jardín de las delicias* una nube de demonios que acosan los sentidos del hombre. Figuras inquietantes pueblan el lienzo; por él deambulan con entera libertad todos los malos espíritus: el oído que cedió a los sonos de la música, atravesado por los alfilerazos de una melodía interminable; el hombrécillo prendido en un arpa de la que no logra desprenderse; los juegos de dados, la caza y los más toscos de todos los apetitos: la lujuria y la gula. Pero en el centro del cuadro, bajo estas encarnaciones de los placeres plasmadas con una técnica aún medieval, aparece un pálido semblante humano que mira con atención —y con la mirada aparentemente típica del medieval— el horror de este mundo desatado de demonios; y sin embargo, este rostro es mucho más «moderno» y está muy próximo, por su vertiente humana, a la intuición profunda del mundo que se avecina: es el hombre de carne y hueso, el hombre que vive y sufre esta noche de Walpurgis de excesos medievales.



El impresor, grabado en madera de Jost Ammann. La imprenta contribuyó decisivamente a difundir los escritos de Lutero.

¡Qué coexistencia tan sugestiva y asombrosa! Grünewald tiende la mano a Durero, Brueghel reemplaza a El Bosco. Esta transición ininterrumpida es patente en la música: algunas de las grandes melodías del ocaso de la Edad Media pasan a la nueva época con el sonido fragoroso del órgano; y una vez en ella, como lógica herencia espiritual y religiosa, son investidas de nuevos contenidos y cantadas con renovado fervor; por ejemplo, en la

canción de Lutero «En medio de nuestra vida estamos rodeados de muerte» subyace la medieval *Media vita in morte sumus*, que traspasa una de las más arraigadas nociones del cristianismo medieval a la naciente Edad Moderna, prolongando así su vigencia.

Un motivo extrínseco explica la tremenda eficacia del cambio que se operó en la concepción del mundo: la imprenta. Nunca se ponderará demasiado su importancia. Ciertamente es que la futura industria editorial y las actuales técnicas de difusión literaria estaban aún en pañales. Además los impresores simultaneaban su oficio con el de editor e imprimían cuanto caía en sus manos. Ni que decir tiene que los derechos de autor eran inexistentes: nadie podía estar seguro de que sus obras no se imprimían de forma clandestina, y desde luego muy pocos consideraban este salvaje negocio como un oprobio o como una tarea improductiva. Lutero no percibió ni un céntimo por la difusión de sus escritos —los más editados, con mucho, de su tiempo—, en tanto que su impresor de Wittenberg se construyó una lujosa mansión con los rendimientos de tales obras. Pese a todo, la influencia sobre los lectores debió de ser muy considerable. Los folletos, opúsculos y libros de este periodo provocaron por primera vez el fenómeno social que hoy denominamos «opinión pública». Algunos de los mayores logros de Erasmo consistieron en la popularización —en el mejor de los sentidos— de los clásicos y en el acercamiento de su opción reformadora a todos los estamentos sociales, posibilitados ambos por la imprenta. Erasmo debió de sentirse como las gentes que al oír la radio por primera vez reconocieron sus enormes posibilidades de propaganda y su poderoso influjo social.

El ideal de Erasmo exigía como requisito imprescindible la imprenta. Erasmo pretendía hacer llegar el Nuevo Testamento a las personas corrientes —así lo confesó en uno de sus proverbios más conocidos y citados—, y semejante objetivo sólo podía ser factible en unas circunstancias en las que la posesión de una Biblia no implicara una inversión muy costosa, sino que estuviera al alcance de todos los bolsillos. Este fenómeno no se restringía exclusivamente al ámbito religioso, porque en las demás ramificaciones de la vida social, de la política y de la economía, tenía un peso extraordinario la existencia de una opinión pública que, a pesar de su influencia política casi nula, ejercía una cierta función de control. La participación plena de los países en su propio destino político sólo se conseguiría trescientos años después, como consecuencia de la revolución de 1848; pero en el terreno de la cultura —siempre básico por su calidad de fuerza motriz—

ya desempeñaba en el siglo XVI su papel, y así lo entendieron con una clarividencia notable los príncipes y los papas. Resumiendo: la Reforma no hubiera sido en absoluto posible sin esta nueva forma de difusión de los conocimientos. Las ciudades, densamente pobladas, eran el caldo de cultivo idóneo para incubar semejante opinión pública. El axioma de que el aire de la ciudad libera era válido tanto en sentido cultural como social, así que no es de extrañar que las ciudades del Imperio, libres e independientes, jugaran un papel fundamental en el movimiento reformador, porque cumplían todos los requisitos para crear una opinión independiente, y además la defendieron.

Fue Lutero quien supo sacar los mayores frutos a la imprenta, porque a través de este invento influyó en sus contemporáneos de una forma desconocida hasta entonces.

4. La Iglesia

Vista desde una óptica superficial, la Iglesia ofrece una imagen de lo más sorprendente porque nunca el papa, su representante visible, gozó de mayor notoriedad que en esta época. Durante este periodo desfilan ante nuestros ojos una serie de pontífices muy distintos entre sí. Pero antes de examinarlos uno a uno, debemos hacer un análisis previo de la situación del pontificado, si queremos hacerles justicia.

En este sentido la crítica más benévola que se podría hacer es que desde mediados del siglo XV los papas no se diferenciaban gran cosa de los príncipes laicos. Roma padecía la embriaguez del Renacimiento, y la terrenalidad sin ataduras del arte antiguo conquistaba los palacios vaticanos, las cortes de los príncipes y la vida pública en general. Por desgracia, al auge cobrado por la poesía, la escultura, la pintura y la arquitectura correspondía otro, paralelo y no menos relevante: el del crimen, el veneno, la envidia, la codicia, el libertinaje desenfrenado y el ansia de poder. Lo más llamativo de los papas renacentistas es la naturalidad con que asumen estos fenómenos. Debemos la Capilla Sixtina a uno de los papas que han inmortalizado su nombre bajo el paradójico doble aspecto de mecenas y de avaro. Esta absoluta despreocupación puede tener incluso un punto de grandiosidad, como cuando un español de la rama de los Borgia, Alejandro VI —que cierra la serie de los deplorables papas renacentistas, sobrino de Calixto III, tristemente célebre por su nepotismo—, sale al balcón de su palacio abrazando a su hija —una criatura sana y hermosa, adornada con las cualidades de temple y sagacidad propias de su estirpe— para admirar los sementales de su yeguada. Las investigaciones más recientes prueban que este papa, tan amante del veneno, murió a su vez envenenado. Incluso la venganza fue connatural a este vicario de Cristo.

Un pontífice muy similar, Julio II, inaugura el siglo. Lutero —probablemente influido por Erasmo— lo califica de «ávido de sangre» o «león envejecido de blanca melena». Escandalizó a sus



Foto Klüntempel, Kunsthalle, Hamburg

El papa Julio II, gran mecenas de las artes, intentó la unificación de la debilitada Italia con tal empeño que no dudó en ponerse él mismo a la cabeza de sus ejércitos. Obra de Hans Burckmair.

contemporáneos con el espectáculo de sus cruentas guerras, que solía dirigir en persona. *Julius exclusus* (*Julio excluido del Cielo*), una de las diatribas más polémicas y mordaces de su tiempo, así lo confirma. En este diálogo de humanistas, el papa, revestido con los ornamentos papales sobre la armadura manchada de sangre, llama reiteradamente a la puerta del Cielo, pero Pedro le niega la entrada aduciendo que no puede tolerar en él su figura ensangrentada. Cabría intentar hacerle justicia argumentando que este pontífice —al igual que Maquiavelo— intuyó la extrema debilidad política de Italia, originada por el desmembramiento territorial, e hizo cuanto pudo para lograr su unificación, incluso

con «sangre y fuego», método que no tardaría en demostrar su eficacia, lo que honra su perspicacia histórica y política. Pero no hay que olvidar que todos estos proyectos trascendían con mucho las obligaciones inherentes a su estatus religioso. De todos modos, sus contemporáneos, por muy acostumbrados que los tuvieran sus señores a guerras cruentas, nunca le perdonaron que no supiera distinguir la armadura de la tiara. Aquí radica una de las capitales transformaciones de esta época: a decir verdad únicamente los espiritualistas —es decir, los austeros y valientes seguidores de Francisco de Asís y otros representantes de la «intimidad»— habían considerado monstruoso el aquelarre papal del siglo anterior con su séquito de envenenamientos, impudicia y pura frivolidad, mientras que la mayoría de los cristianos aceptaban con una indulgencia notable semejante depravación. Y de pronto cambia todo.

Se inicia el siglo XVI y a los Borgia les suceden los Médicis, una estirpe de florecientes banqueros, cuya riqueza crece a pasos agigantados hasta convertirlos en una de las casas más opulentas de Europa. Dos mujeres de la familia acceden en los siglos XVI y XVII al trono francés. Los papas de la dinastía, cultos y expertos en el sutil arte de la política, tuvieron una fortuna muy desigual: León X, contemporáneo de Lutero, pretendió solventar por medio de la diplomacia la desagradable y notoria disputa con los alemanes. A su primo Julio de Médicis, su subsecretario de Estado, cuando posteriormente fue elegido papa con el nombre de Clemente VII no le quedó otro remedio que asumir la herencia política del pasado: sus finanzas se encontraban casi en la bancarrota y él corría el peligro de ser pulverizado entre las dos piedras de molino representadas por Francia y los Habsburgo. Bajo su mandato tuvo lugar la prueba más terrible de cuantas ha tenido que sufrir la Ciudad Eterna: *el sacco di Roma* (1527), en que los lansquenets, amotinados, cayeron sobre la ciudad devastándola. Si a todo esto añadimos los pleitos matrimoniales de Enrique VIII, que hallaron su desenlace durante su pontificado, ocasionando el cisma de la Iglesia de Inglaterra, ¡qué doloroso debió de resultarle a este papa sufrir al mismo tiempo tantas pérdidas! Por lo demás, los historiadores que en este caso alaban a Clemente, aduciendo que se atuvo de manera ejemplar a la doctrina de la Iglesia, pecan de optimistas: el pontificado ya había solucionado anteriormente situaciones mucho más difíciles al margen de los dogmas, y en este caso concreto, a la vista del dinamismo político, Carlos V, sobrino de la reina de Inglaterra y esposa de Enrique, pesó más que el propio rey de Inglaterra.



El papa León X. Obra de Sebastiano del Piombo. Sus intentos para acabar con la disputa con los alemanes no tuvieron ningún éxito.

Clemente VII, por decirlo de alguna manera, es un papa de transición al que ahora se le pasa la factura por una actitud que, desde hacía largo tiempo, transcendía los límites del verdadero cometido del pontificado. Ranke y Pastor lo calificaron como «el más funesto» de todos los papas. Su infidelidad e inseguridad frente a Carlos contribuyeron poderosamente a que los príncipes reformistas tuvieran rienda suelta, pero probablemente cau-

só mayores estragos su obstinada y sorda oposición a un concilio. Un mal papa, en definitiva. Lo que en Julio II aún parecía fortaleza, en él se transforma en debilidad. El papado se había convertido en una potencia puramente terrena. Pero Italia, cuyo desmembramiento territorial no había podido frenar Julio II, no era suelo abonado para semejantes demostraciones de fuerza; y, además, como los pontífices carecían del elemento decisivo —el territorio—, este camino conducía necesariamente a una situación modesta: la de una potencia territorial de tercer orden, juguete de las naciones que luchaban por la hegemonía italiana. La curia movió todos los resortes diplomáticos a su alcance, e incluso intrigó —si Ranke tiene razón—; el papa sopesó seriamente la conveniencia de establecer una alianza con Francisco I y los turcos contra el emperador; pero a pesar de todo ello, el problema era insoluble, y su destino inexorable.

Les sucedió igual que a Julio II: la tarea política del pontificado por él mismo elegida no tenía solución. El papa podía llevar fiara o armadura, pero no una sobre otra. Si el papado quería entrar en el juego de la política internacional —y evidentemente quería— tenía que suplir su escaso poder territorial con la estrategia diplomática. En el futuro, los pontífices aprenderían esta lección: Consalvi, secretario de Estado de un papa humillado por Napoleón, desempeñaría en el Congreso de Viena un papel comparable al de Talleyrand o Metternich.

Como un presagio de la futura renovación de la institución papal, entre los Médicis y otros pontífices italianos, sobresale la figura única e interesante del holandés Adriano VI. Fue preceptor de Carlos V, luego la confianza del emperador le encomendó grandes tareas políticas en España, y posteriormente fue elegido papa. Fue un pontífice muy singular, el polo opuesto a un capitán italiano o a un príncipe renacentista entregado a los refinados placeres de la vida. Un papa que ante la Dieta de Nuremberg, en 1522-1523, reconoce las culpas de la Iglesia; es decir, un papa peligroso porque se toma en serio su cometido. Surge ahora la pregunta de si la Reforma hubiera conducido a la ruptura en el supuesto de que este hombre, de fe firme y adornado con la decisión de los santos, se hubiera sentado en la silla de Pedro en los años decisivos de los comienzos de la Reforma. Pese a todo, en esta época es una utopía pedir a un pontífice coherencia con su cargo cristiano. Su temprana muerte le libró de una situación amarga y sin salida. La tumba que se le erigió en la iglesia de Santa María dell'Anima, de Roma, sintetiza toda su frustrada obra en un gesto simbólico: la mano izquierda sostiene su

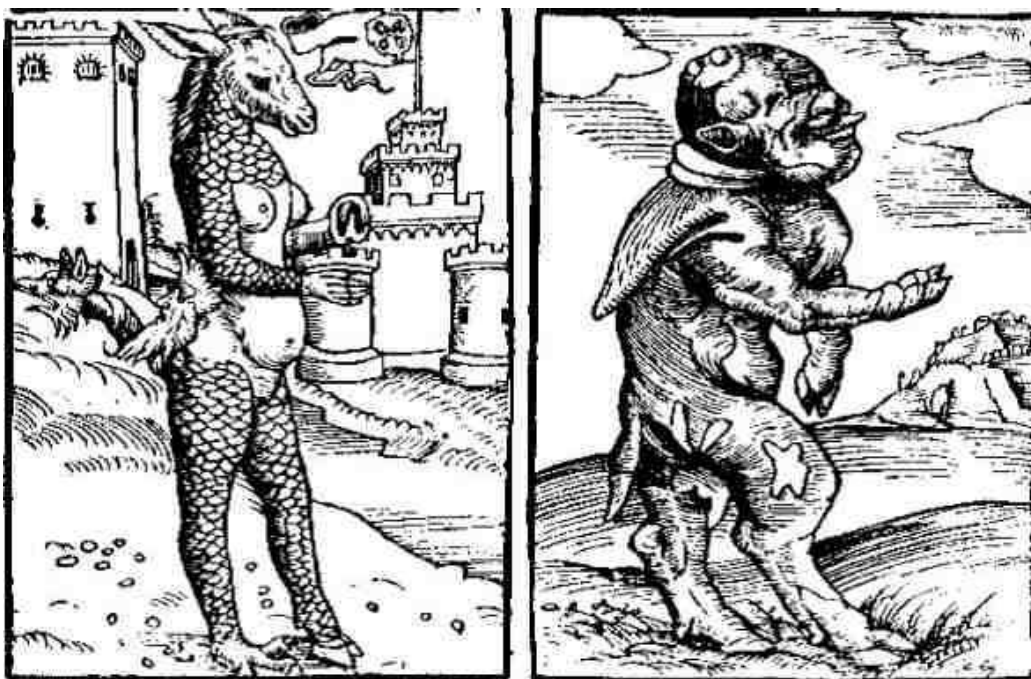
*El papa Adriano VI,
antiguo preceptor del
emperador Carlos V.
Retrato de Jan van
Scorel, Collège du
Pape, Lovaina.*



Jan van Scorel

noble cabeza, vencida por el sueño eterno y a la que la tiara parece pesarle demasiado. La política papal de los Médicis llama de nuevo a la puerta.

Adriano VI fue sólo un episodio demostrativo de que la renovación de la Iglesia no podía provenir del papado. Por las razones descritas, la figura de Adriano VI no influyó en la concepción que la época tenía del pontificado. Es más, fue conceptuado un papa menor; y en efecto, su rigor ascético no tenía cabida en una Roma caracterizada básicamente, según expresión de Burckhardt, por un «afán de placeres». Es asombroso que este mundo festivo y majestuoso — que, pese a todas sus delicias, orgullo, armonía y grandeza, no pasaba de ser «mundo» — se sostuviera en pie y se desarrollara sometido a las convulsiones bélicas de su tiempo. No, la renovación de la Iglesia tenía que provenir de otras personas. Ignacio de Loyola, un vasco severo y ascético, oficial y místico, habría de ser su principal estratega, consiguiendo lo



El «papa-asno» y el «monje-becerro», caricaturas realizadas en el taller de Cranach en los momentos más virulentos de la lucha entre el papado y los reformadores.

que los papas nunca hubieran logrado: la reconquista de Europa para la Iglesia.

Todos estos pontífices y cardenales eran, a su modo, personas refinadas y prestigiosas. Cuando Julio II muere al filo de los setenta años en plenitud de casi todas sus fuerzas físicas, se cierra una vida de ambiciosos planes militares y políticos. Con él muere un político realista de considerable envergadura, caracterizado por una casi moderna carencia de escrúpulos en la elección de los medios; es decir, todo menos un papa. Un siglo atrás los príncipes de la Iglesia que habían condenado en Constanza a Jan Hus de Bohemia se habían dedicado en los días libres de sesiones conciliares a recorrer los alrededores en busca de manuscritos valiosos; de los monasterios de St. Gall, Reichenau y Ufenau sacaron importantes tesoros que llevaron consigo a Roma. Es sabido el gran florecimiento del arte por entonces, y curiosamente son los papas de menor talla los que, con su mecenazgo sobre Miguel Angel, Rafael y otros muchos artistas, posibilitaron que la vida de los papas actuales se desenvuelva en un marco de fasto y esplendor, en palacios e iglesias impresionantes.

A quienes no se dejaron cegar por el brillo externo de la política pontificia y tuvieron algún atisbo de los negocios financie-

ros de la curia, por fuerza debía de resultarles cuando menos paradójica esta desenfrenada actividad temporal de los sucesores de aquel que en la tierra «no tenía ni siquiera un lugar donde reclinarse su cabeza».

La escasa autoridad espiritual que aún le quedaba al pontificado la habían consumido los mismos papas. Occidente había presenciado en más de una ocasión las luchas intestinas entre dos e incluso tres pontífices, conflictos que constituyeron un duro golpe para la unidad cristiana de Occidente. A medida que los papas se despreocupaban de su vertiente espiritual, sus anatemas e interdictos perdían validez. Hasta el cristiano más ingenuo y con más ganas de creer debió de quedar perplejo cuando Pío II consideró como un pecado mortal sin posible indulgencia la defraudación de las tasas aduaneras por aquellos que venían cargados de las minas de alumbre de Tota — pertenecientes a los Estados Pontificios — y daban un rodeo para evitar los impuestos. En un principio, la excomunión y prohibición de asistencia a cualquier ceremonia religiosa habían sido medidas de tipo es-

Una ácida caricatura de la institución monacal. Grabado en madera de Hans Sebald Beham.



piritual, de modo que no debe extrañarnos que cuando el propio papado contribuyó a que perdieran ese sentido originario, su influjo se disolviera en la nada.

Fue inevitable que cobrara pujanza el extremo contrario. Alarma y entristece ver con qué naturalidad florecen entonces las críticas religiosas a los papas. Era tan perentoria la necesidad de una «reforma de cabo a rabo» que nadie abogaba o defendía la institución papal de la época.

El monacato, una de las instituciones que en otros tiempos había sido la vanguardia más desinteresada, valerosa y eficaz de la Iglesia, había sufrido también graves daños. Las órdenes mendicantes, a las que la Iglesia debía el renacimiento del siglo XIII y la prestación de servicios de incalculable valor en los incipientes burgos y en los movimientos de masas de la Alta Edad Media, habían caído en declive. La pobreza ensalzada por San Francisco había devenido en mendicidad, y ésta en pereza. El relajamiento de la moral de los franciscanos era, a todas luces, evidente. Erasmo fustigó con su ironía brillante y mordaz la falta de decoro y la torpeza obtusa de los canónigos. La misión que el monacato había desarrollado en Occidente desde los días de Benito de Nursia había caído en el olvido: las personas piadosas y coherentes que vivían tras las tapias de los monasterios permanecían ocultas y desconocidas a los ojos de un mundo que celebraba la notoriedad de los indignos.

Hubo también otro tipo de personajes influyentes y el pueblo supo encontrarlos. Es casi patético ver cómo la religiosidad popular se abre camino y recorre todos los senderos de la alienación hasta desembocar en toda clase de supersticiones. El recurso a los remedios mágico-mecánicos de la religión — reliquias, indulgencias, peregrinaciones — goza de un poder inquietante. Los *Coloquia* de Erasmo constituyeron una crítica imparcial, ingeniosa y calculada de este fenómeno. Pero, ¿acaso podía la crítica aguda de los humanistas combatir con eficacia algo que resistía todos los argumentos, es decir: el temor oscuro del hombre de las postrimerías de la Edad Media a la muerte, al purgatorio y a los tormentos del infierno? El hombre vivía en el mundo y en él tenía que morir; era un mundo marcado por la muerte: las campañas militares, interminables, no segaban sólo la vida de los lansquenets, sino también muy a menudo las de los habitantes de las regiones afectadas; a lo que se añade la falta de remedios contra las múltiples y constantes epidemias que asolaban con terrible virulencia las ciudades excesivamente pobladas y con una infraestructura sanitaria casi nula. El *Media vita in morte* su-



Detalle de El triunfo de la muerte, de Pieter Brueghel el Viejo, Museo del Prado, Madrid.

mus era algo cotidiano para el hombre de entonces, prescindiendo del reducido círculo selecto de gobernantes e intelectuales.

En consecuencia, todos cuantos ofrecían algún consuelo contra la muerte ejercieron una honda influencia sobre el hombre corriente; por ejemplo, la obra *De imitatione Christi* (*La imitación de Cristo*), libro de reducidas dimensiones, pero muy valioso, atribuido a Thomas de Kempis, un monje del convento

Monte Santa Inés de Zwolle. En el fragor del aquelarre de una Iglesia degenerada y en medio de las críticas de los humanistas, tan incisivas como faltas de compromiso, resuena la voz apacible, dulce y melodiosa de este diálogo entre el maestro y el discípulo invitando al recogimiento y a la oración, acallando todas las demás voces. Este valioso librito fue una especie de Biblia para el pueblo; Lutero lo tuvo en gran estima. Su rico contenido influyó en otras obras de autores y lugares muy diversos. Se observa, pues, que dentro de la polifonía, muy desconcertante y variada, del final de la Edad Media, también resuenan las voces de las almas que buscan a Dios, y que, a pesar del bullicioso mundo externo de los reyes y altos prelados, lograron dejarse oír.

Para redondear esta visión del cuadro cultural, espiritual, de la Edad Media, falta aún un examen, aunque sea sucinto, de la teología. La teología impregna todas las manifestaciones de esta época. Los servicios ideológicos prestados a los grandes sistemas de pensamiento, a los que transmitió su visión del mundo medieval, pueden parangonarse con las catedrales de entonces: la escolástica representó para la teología y, en general, para la cultura de Occidente, lo mismo que el arte gótico para la arquitectura. Sin embargo, no resulta sencillo explicar a los legos en esta materia estos hechos. Intentaremos lograrlo, muy brevemente, analizando el punto de partida y el fin de la teología tardomedieval.

En sus líneas básicas, el gran edificio ideológico había sido levantado por Tomás de Aquino. Sus obras más importantes llevan el título de *Summa*, y de hecho él fue la culminación intelectual de su tiempo. Tomás de Aquino se propuso una labor de gran envergadura: ofrecer con sus obras una cosmovisión cristiana de su época, utilizando como punto de partida el redescubrimiento de Aristóteles. Una de las consecuencias de mayor alcance de las invasiones musulmanas fue de tipo cultural, porque de forma indirecta, a través de los árabes, renació en Occidente el mundo perdido de los griegos y se recobraron su filosofía, sus ciencias de la naturaleza, sus matemáticas y su astronomía. Pero todo esto chocaba con el pensamiento cristiano tradicional. La escolástica realizó la gran obra de acondicionamiento, y dentro de dicha escuela, la obra más coherente y eficaz fue la de Tomás de Aquino. Todos los trabajos intelectuales y teológicos de los siglos siguientes parten de su sistema, muy trabajado y firmemente ensamblado. Sin embargo, al lector que sabe algo de la importancia que tiene la teología tomista para el catolicismo actual, hay que avisarle de un fenómeno cuando menos curioso: desde que

León XIII declaró en 1879 que las enseñanzas de Santo Tomás eran el modelo-guía de la teología católica, ligando los dogmas católicos a Tomás de Aquino, los argumentos de éste dominan a través del neotomismo y ensombrecen las demás investigaciones teóricas del catolicismo actual, que a menudo consisten en la exégesis de Santo Tomás. Incluso ciertos pensadores católicos críticos, cuya tarea se caracteriza tanto por su rigor intelectual como por su religiosidad fuera de duda, siguen ese procedimiento, ya que, aunque parten de un análisis de la situación a veces muy inteligente, el resultado final queda reducido a fórmulas que se infieren, sin grandes dificultades, del pensamiento de Santo Tomás. Por paradójico que pueda parecer, él, en las postrimerías de la Edad Media, era mucho más libre. Esto no hay que achacarlo únicamente a que la decisión de León XIII todavía no había fundamentado la posición de magisterio exclusivo de su sistema; existe otro factor: el dinamismo ideológico de la propia escolástica en su tiempo.

Es sintomático que fueran dos anglosajones, Duns Scoto y Guillermo de Ockham, los que no se contentaron con la formalización armónica y total del pensamiento del conde italiano. Sobre el pensamiento de aquellos sopla un hálito mucho más actual, porque frente a la equilibrada seguridad ideológica del de Aquino, en cuya obra todas las preguntas tienen una respuesta desde la fe, ellos son mucho más escépticos sobre la capacidad de la razón humana para hallar el conocimiento: nunca sabremos con absoluta seguridad si los conceptos (*nomina*) responden a la realidad que deben expresar y, en consecuencia, tenemos que conformarnos con esa frontera impuesta al conocimiento humano. Esto es más válido que nunca cuando se trata de Dios. Para estos pensadores anglosajones y sus seguidores es una muestra de respeto a la revelación divina no intentar escudriñarla más allá de lo permitido. Estas revisiones y restricciones a la teología tomista tuvieron lugar precisamente un siglo antes de la Reforma, y los dos representantes más significativos de esta nueva tendencia ideológica, Pierre d'Ailly y Johannes Gerson, eran simultánea y sorprendentemente dos políticos de peso de la Iglesia en el Concilio de Constanza. Resulta doloroso recordar el Concilio que condenó a Jan Hus a la hoguera, porque su condena ocurrió bajo la dirección de dos personalidades que figuraban entre los teólogos más cultos y avanzados de su tiempo, influidos además por otra corriente que supone el fin de la teología del medievo, el Humanismo. Aunque éste trascendía los límites de lo teológico, fue en la teología donde más influyó.

En este punto hay que volver a Erasmo porque encarna de manera contundente los servicios del Humanismo a la teología. Este influjo del gran humanista queda siempre relegado a segundo término porque lo primero que se examina son sus errores. Hay que intentar restablecer su buen nombre. Aun cuando todavía no se le ha perdonado que no fuera Lutero, no conviene olvidar que en el aspecto teológico fue el más maduro; y en el cristiano, el más limpio de los humanistas. A Erasmo lo impulsaba un anhelo muy arraigado de pureza, paz y orden, que constituye el estímulo más hondo de su obra. Descolló muy por encima de sus contemporáneos en el terreno intelectual. Criticó con gran agudeza los abusos propiciados por la doctrina tradicional de la Iglesia, desbrozando con ello el camino de la Reforma; hay que reseñar también sus trabajos teológicos, sobre todo sus ediciones de textos sagrados, la más importante la del Nuevo Testamento griego de 1516. En pleno auge de su prestigio como humanista, Erasmo publicó los *Comentarios* de Lorenzo Valla al Nuevo Testamento, y en 1516, en Basilea, la primera edición griega del Nuevo Testamento, con una introducción sobre el sentido y el camino de la auténtica teología. Bien es verdad que esta edición no constituye un timbre de gloria para Erasmo, ya que la publicó con una precipitación en absoluto disculpable, «*praecipitatum magis quam editum*», lanzada a la luz pública más que editada, como él mismo reconoce. Con todo, no debe olvidarse que preparó el terreno de la Reforma como pocos de sus contemporáneos. Su pensamiento y opiniones sobre la lectura de la Biblia, sobre su grandeza y trascendencia para la vida temporal y la eterna, son lo más esencial de la época inmediatamente anterior a Lutero.

Pero este espíritu sobresaliente que, cuando Lutero proclamó sus tesis, disfrutaba de fama mundial, se convirtió, no sin motivo, en un ser solitario y huraño. La Historia, que él había ayudado a conformar más que ningún otro personaje de su tiempo, no lo arrolló, pero en cierto sentido lo dejó un poco al margen. Erasmo compartió la suerte de muchos agudos diagnosticadores, y llegó un momento en que las decisiones fundamentales ya no procedían de su entorno. Su extraordinario intelecto vaciló entre el papado, al que atacó con su sátira corrosiva y del que, sin embargo, nunca se separó del todo, y Lutero, al que había

Una escena de la vida de Tomás de Aquino, en la que el santo aparece explicando teología. Su obra fue el más coherente y eficaz compendio de la escolástica medieval. ►



abierto el camino, pero al que tampoco se atrevió a adherirse sin reservas.

La trascendencia de sus trabajos teológicos emanan del hecho de que incluyen todos los temas a los que la Reforma dará cumplida respuesta. Todas las convulsiones de la historia de este siglo se reflejan en la teología. El anhelo generalizado de una «reforma de cabo a rabo» se manifiesta en las grandes cuestiones sobre la institución del pontificado, los ideales monásticos, la esencia de las indulgencias, que plantean interrogantes cuya respuesta espera con impaciencia la Cristiandad.

Segunda parte

LAS ETAPAS DEL CAMINO

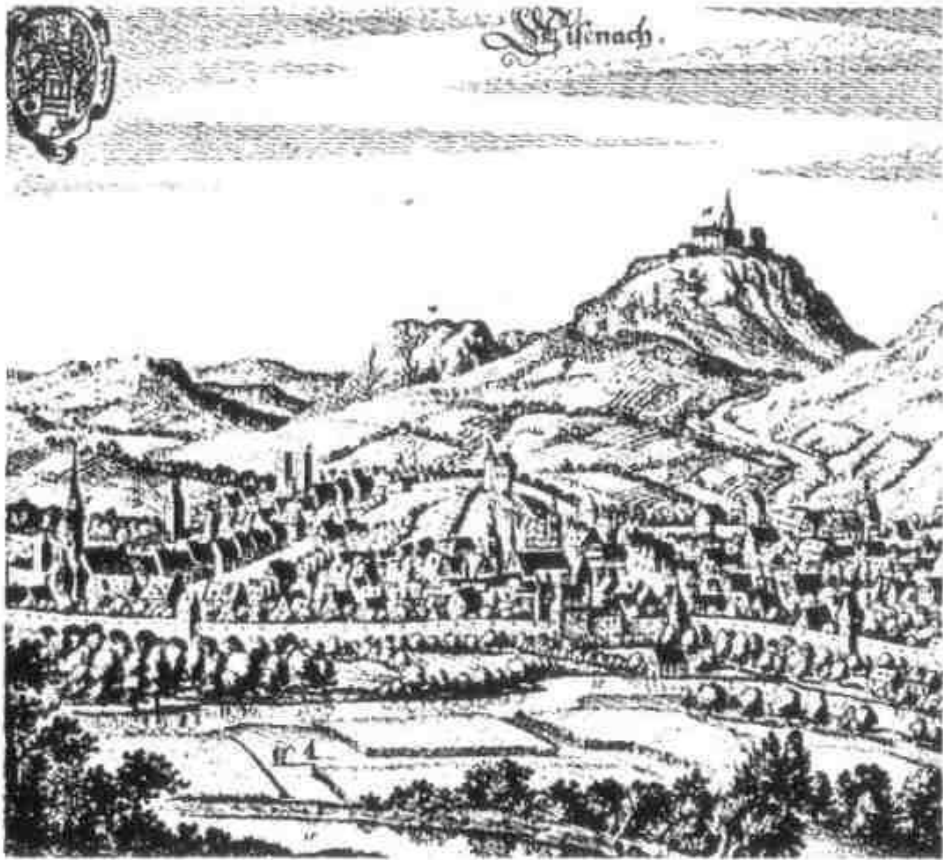
5. El punto de partida

Martin Lutero nació el 10 de noviembre de 1483. Fue bautizado al día siguiente en la iglesia de Eisleben. En esa misma pequeña ciudad de Turingia se cerrará sesenta y tres años más tarde su ciclo vital, después de haber conmocionado los cimientos del mundo.

Cuando tenía un año de edad, sus padres se trasladaron a Mansfeld. Allí asiste posteriormente a la escuela del municipio y

Hans y Margarethe Luther, padres de Lutero. Retratos de Lucas Cranach el Viejo. Warburg.





Hoffmann und Campe Archiv



Escuela de un
monasterio.
Xilografía de 1524.

◀ La ciudad de
Eisenach. Grabado
de Matthäus Merian.

Eisleben, ciudad
natal de Lutero,
según un grabado de
Matthäus Merian.



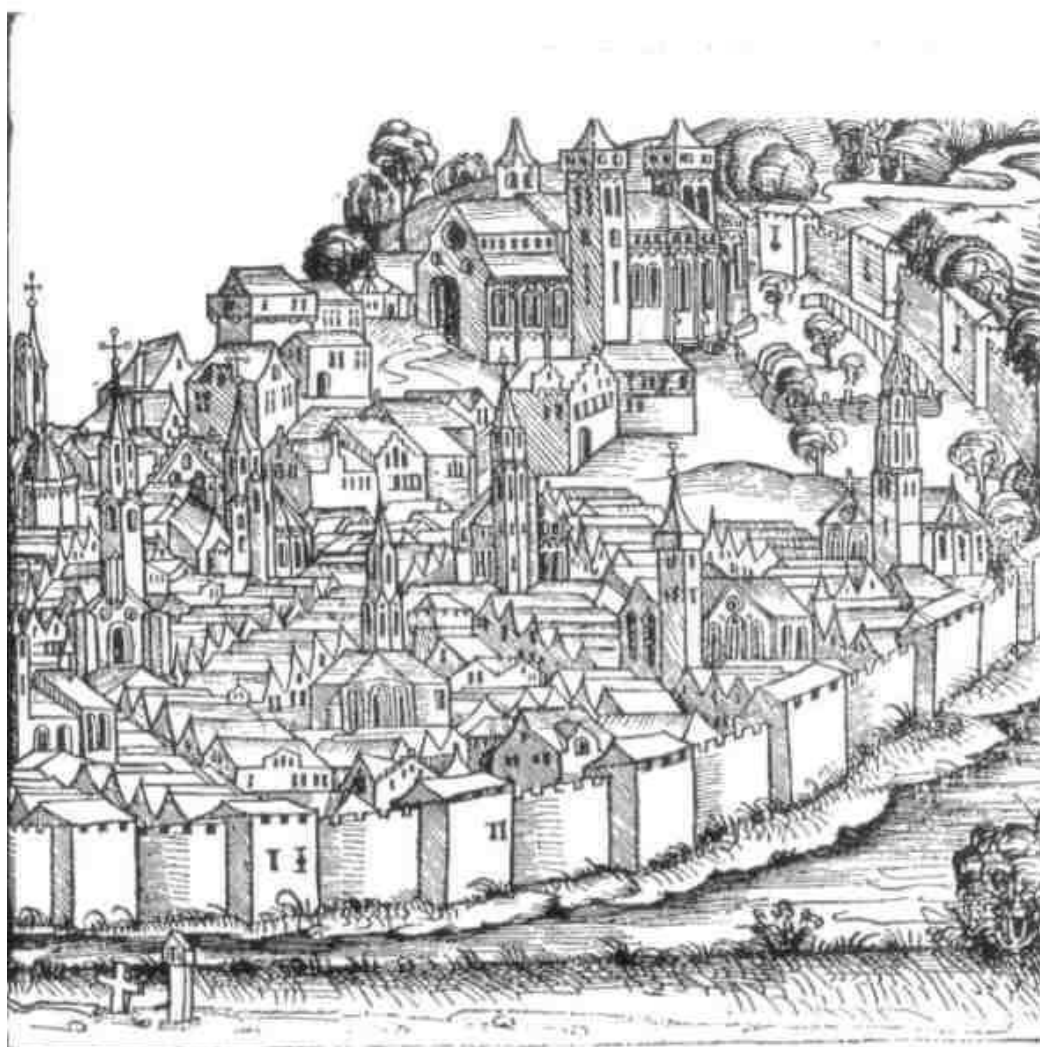
Hoffmann und Campe Archiv





Erfurt. Grabado del Liber cronicarum de H. Schedel, 1493.

estudia las materias básicas de su tiempo: latín monacal, escritura, música y rudimentos de aritmética. Lutero, al igual que muchas personalidades prestigiosas, no guardó de este periodo de su aprendizaje recuerdos demasiado halagüeños, y sin embargo debe agradecerle más cosas de las que él mismo confesaba, porque sentó las bases de sus sólidos conocimientos. En 1497 fue enviado a estudiar con los Hermanos de la Vida Común, de Magdeburgo. Esta hermandad, acaso la más atrayente de las agrupaciones libres, instituciones similares a las órdenes de la Edad Media, era un baluarte de religiosidad para laicos, y debió de dejar una profunda huella en el adolescente Lutero. Carecemos de datos más precisos. Hubo un príncipe de Anhalt cuyo ascetismo le impresionó hasta el punto de escribir de él: «Al mirarle se es-



tremecía uno de devoción.» Pero probablemente no se relacionó con él, y todo se redujo a una vivencia piadosa.

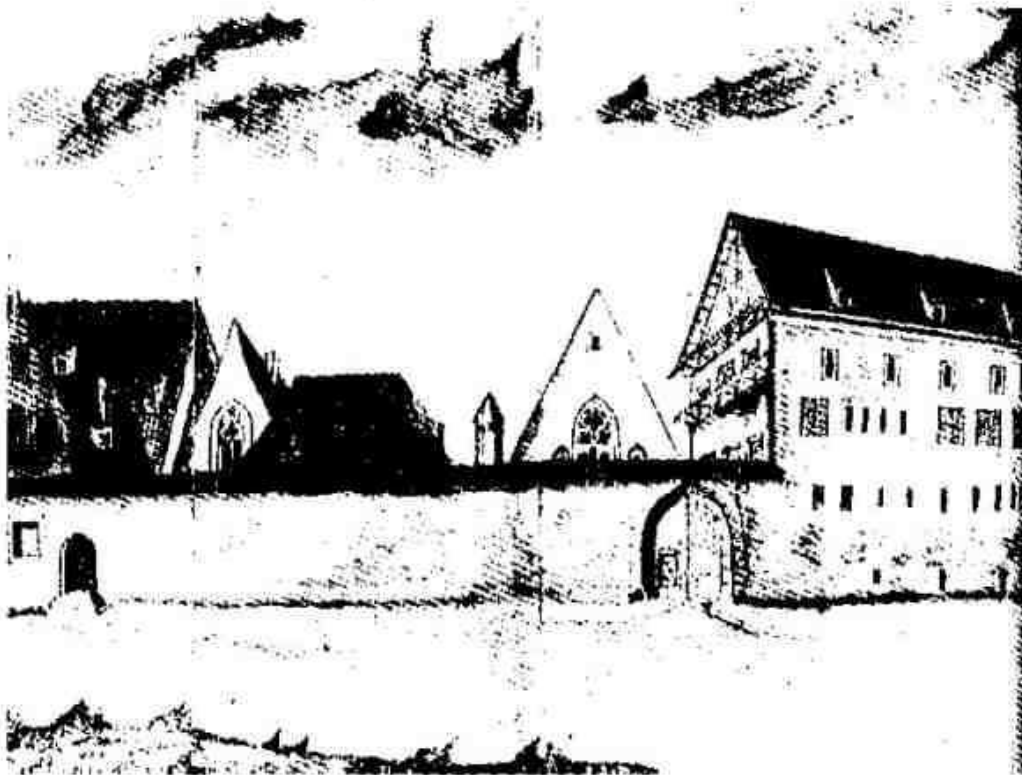
Al año siguiente Lutero llega a Eisenach, y allí su evolución interior se clarifica. Durante toda su vida la llamó su «buena ciudad». A esta época pertenecen los recuerdos más felices de su juventud. Al igual que muchos de sus compañeros de colegio, cantó por las calles para ganarse el sustento. Allí lo «descubrió» una mujer noble y maternal, Ursula Cotta. En su casa —una de las más distinguidas y piadosas de Eisenach— se introdujo en el círculo de personas eminentes que la frecuentaban. Esta experiencia le marcaría tanto que sus juicios y opiniones sobre su estancia en Eisenach sólo traslucían agradecimiento.

Prosiguió sus estudios en la Universidad, para lo cual su padre eligió la de Erfurt, movido quizá por su mayor renombre científico, en lugar de la de Leipzig, más cercana y accesible.

A partir de 1501, y en un marco externo firmemente ensamblado en su época, transcurren los primeros años universitarios de Lutero. Su vida y estudios estaban perfectamente reglamentados, y no hay nada sobresaliente en todo este periodo. Posteriormente Lutero criticaría el formalismo de su enseñanza universitaria, aunque hay que reconocer que no habría podido entablar el arduo combate contra el catolicismo medieval de no haber aprendido antes a manejar con tanta precisión sus métodos. El mismo Lutero reconoció que las frecuentes discusiones estimularon su extraordinaria aptitud para la dialéctica, materia en la que descolló tanto en sus años de estudiante que mereció el sobrenombre de «el filósofo».

Todavía no se había familiarizado con el círculo humanista de Erfurt —cuya influencia se iniciaría en el monasterio—, pero ya conocía la teología «moderna» de Guillermo de Ockham. Lutero asumió su teoría sobre la incapacidad de la razón humana para comprender por sí misma las verdades reveladas, y más tarde la reelaboraría con aportaciones propias. La actitud más liberal de los ockhamistas —recalquemos ese hecho— le permitió

El convento de los agustinos de Erfurt, según un grabado perteneciente al Libro de la creación del orfanato, 1669.



el conocimiento de la visión «moderna» del mundo de su época, consiguiendo levantar así Lutero un edificio ideológico personal, firme e independiente de la filosofía aristotélica.

Lutero es en esta época un estudiante con una personalidad inquebrantable, no sacudida por acontecimientos religiosos espectaculares. El 7 de enero de 1505, con toda la pompa y boato académicos habituales, obtiene el título de *magister*.

A continuación el joven Lutero emprende los estudios de Derecho, pero va a suceder un acontecimiento —una especie de primera conversión— que imprimirá un nuevo rumbo a su evolución personal.

El 2 de julio de 1505 regresaba de un permiso extraordinario que, por razones desconocidas, había tomado a mitad de semestre. A pocas horas de camino de Erfurt, concretamente en Stotternheim, le sorprendió una fuerte tormenta, y un rayo cayó tan cerca de él, desplazándolo unos metros el torbellino de aire, que Lutero gritó aterrorizado: «¡Santa Bárbara, ayúdame y me haré monje!»

Esta promesa a Santa Bárbara, la patrona de los mineros, fue, al margen de explicaciones más detalladas, el desenlace de una dilatada lucha personal. En las vacaciones que se le concedieron tras su examen de *magister*, y antes de iniciar de nuevo sus estudios, esta lucha interior revistió en Lutero formas muy características. Según su propia confesión, sufrió la «*tentatio tristitiae*», la tentación de la tristeza por miedo a sus pecados.

Es su propia coherencia lo que le induce a perseverar en su voto, desoyendo todos los consejos en contra. El 16 de julio está ya dispuesto y se reúne por última vez con sus amigos. Al día siguiente, acompañado por ellos, sale hacia el Convento Negro de los agustinos ermitaños. Había tomado una decisión, y la cumplió. Esto es todo lo que sabemos. A partir de entonces, en el seno de su alma se librarían arduos y violentos combates determinados siempre por su coherencia y seriedad.

6. Intermezzo: el viaje a Roma

Desde el otoño de 1510 hasta la primavera de 1511, Lutero, obedeciendo el mandato de Egidio Canisio, general de su orden, viajó a Roma. Este viaje supuso un *intermezzo* con características muy peculiares. Egidio Canisio pretendía convencer a los representantes de la tendencia más relajada del monacato de que aceptaran las reformas proyectadas desde hacía tiempo para unificar así las congregaciones ya reformadas con las que no lo estaban aún. Staupitz, provincial de la orden de Sajonia, aceptó este cometido, pero no se atrevió a llevarlo a la práctica porque tropezó con la oposición de las órdenes más severas, reformadas, y en concreto de los dos monasterios más influyentes de este círculo, Nuremberg y Erfurt, que no lo aceptaron. El monasterio de Erfurt envió a dos monjes: al sabio y venerable Nathin y a Lutero, siguiendo las prescripciones de la Regla, como *socius itinerarius*. Martín Lutero llegó, pues, a Roma como acompañante de otro fraile de la orden, mayor y más digno.

Este acontecimiento dejó huellas en su vida. Se suele pensar que estos sucesos forman parte del primer acto del dramático choque entre dos mundos, pero tal idea es errónea. Es cierto que Lutero —según contaría más tarde él mismo—, al llegar al sitio de la antigua Via Cassia desde el que se divisa la Ciudad Eterna, se arrodilló exclamando: «Yo te saludo, Santa Roma.» Pero un análisis más atento revela que los recuerdos transcritos por Lutero de su viaje a Roma hay que enjuiciarlos con un distanciamiento crítico. Numerosas investigaciones retrospectivas parecen mostrar que dicho viaje no tuvo carácter decisivo ni para su propia evolución personal, ni desde luego para su opción reformadora.

En primer lugar, porque se dedicó casi por completo a las negociaciones con la curia. Durante su estancia en Roma, la cúpula del poder religioso estaba casi vacía: el pontífice se había marchado a guerrear, y de los cardenales sólo dos permanecían en la ciudad, uno de ellos gravemente enfermo. Consecuente-



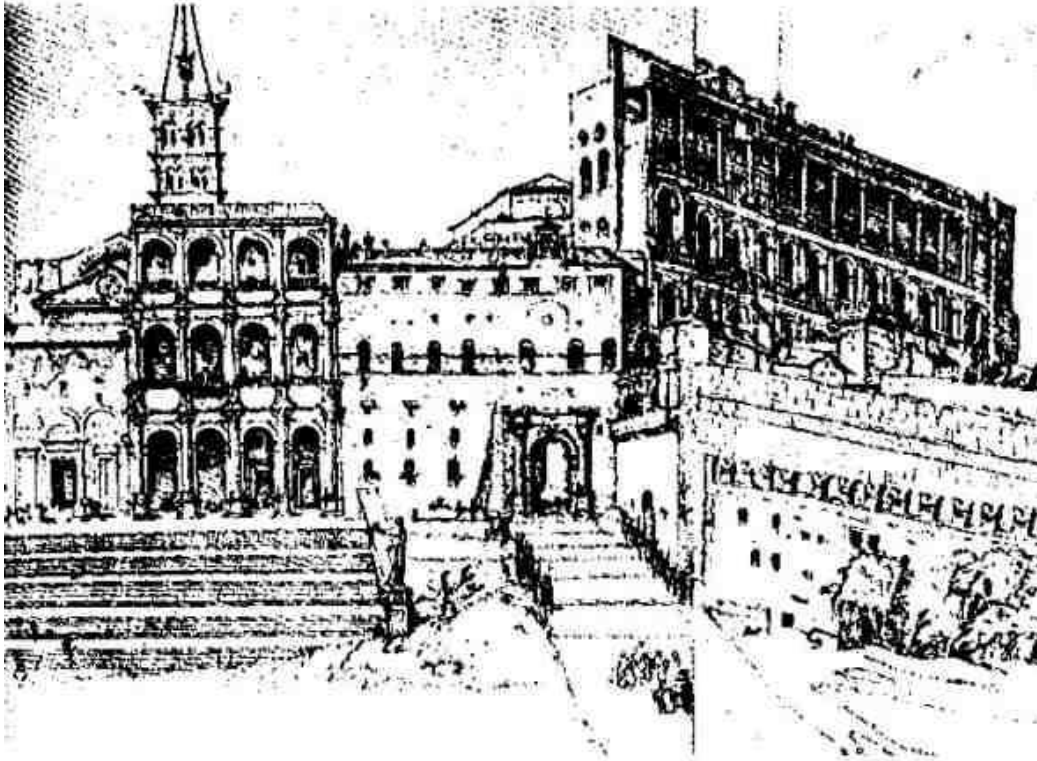
El papa Julio II en silla gestatoria, según un dibujo de Rafael.

mente, estos dos monjes alemanes no debieron de entrevistarse ni siquiera con el secretario de la curia encargado de su asunto. Como suele ocurrir en este tipo de reuniones, las negociaciones se desarrollaron en un clima de aburrimiento y finalizaron sin resultados apreciables.

Lutero se dedicó a enriquecer sus puntos de vista, a acumular datos que le sorprendieron y que más tarde reflejaría en sus obras. Roma parecía, por entonces, una ciudad de provin-

cias, y sin duda había un dinamismo mayor en Erfurt, Nuremberg o Augsburgo que en ella. Estas ciudades alemanas, comparadas con una Roma en la que las ruinas ocupaban más espacio que la zona de viviendas, eran metrópolis florecientes. Apenas se habían iniciado las obras en San Pedro, la nueva y espléndida sede de la Cristiandad, y Lutero ni siquiera la menciona. Las observaciones que nos ha transmitido descubren un Lutero influido por concepciones religiosas medievales: recurre a todas las panaceas de la Ciudad Eterna acordes con su posición; visita los lugares de culto famosos, sobre todo los que implican indulgencias, como creyente leal y fiel; se interesa por la predicación y las prácticas religiosas del clero romano (que desaprueba en algunas de sus formas), y manifiesta un completo desinterés por el florecimiento artístico del Renacimiento. Ni una sola de sus observaciones deja entrever algún tipo de relación con este arte nuevo. En Florencia, ciudad que vivía momentos de esplendor, se preocupó por el destino de Savonarola, y sobre todo por las actividades caritativas de los nobles que consagraban al servicio de los pobres y enfermos. No registra ni la más mínima alusión al *David* de Miguel Ángel. Hay que aducir en su descargo que el arte renacentista apenas había transformado la visión externa de la ciudad; las obras bellas que había creado estaban encerradas dentro de las casas y los palacios. Lutero participó en las actividades piadosas habituales sin asistir a acontecimientos extraordinarios y sin despertar a su vez una atención especial. Una guía de peregrinos, la *Mirabilia urbis Romae*, regía sus paseos por la ciudad. Según aseguraría más tarde, Lutero no la utilizó para visitar todos los monumentos de Roma, sino para no olvidar ninguno de aquellos lugares santos a los que acudía, movido por el fervor de su inquietud espiritual, en busca de indulgencias. Con posterioridad negaría reiteradamente haber encontrado consuelo espiritual en ellos. Es de suponer que su estado anímico al visitar dichos lugares era el de un hombre corriente, mediatizado por convicciones religiosas medievales muy arraigadas.

No es, pues, extraño, que no recogiera todas las observaciones que cabría esperar de él. La ausencia de datos sobre el papa y la curia se debe —como ya se ha apuntado— a la ausencia de la corte pontificia de la ciudad. Lutero no vio a ninguno de los dirigentes de la Iglesia católica. Sus impresiones de las iglesias, descritas con minuciosidad (por ejemplo, la de las siete catedrales que había que visitar bajo riguroso ayuno antes de ser admitido a la comunión en San Pedro), están influidas por todo este ajetreo espiritual. La meticulosidad de Lutero, a los ojos de



La plaza de San Pedro, el Vaticano y la antigua iglesia de San Pedro, según un dibujo a pluma de Maerten van Heemskerck.

los dinámicos italianos, pareció torpeza, porque los sacerdotes italianos «decían misa con rapidez y elegancia, en un abrir y cerrar de ojos, como si practicasen juegos malabares». En dichos sacerdotes le desagradó profundamente su abierta incredulidad, la precipitación con que decían misa y la impaciencia que denotaba su reiterado sonsonete para con los extranjeros: «passa, passa» (¡deprisa, deprisa!).

No hay que insistir en que una de sus observaciones esenciales es esta diferencia de temperamento entre italianos y alemanes. Lutero consideraba a los italianos más corteses, elegantes, vitales y activos que los europeos del Norte, y a la vez más ladinos y pícaros, y piedra de escándalo por su desprecio ostensible de la auténtica religiosidad. Lutero pensaba que, de los alemanes, sólo los de la Baja Sajonia y los holandeses podían comparárseles en picardía, y aún más, superarles cuando se establecían en Italia: «Tedesco italizzato e diavolo incarnato.» («Alemán italianizado es el diablo encarnado.»)

Al observador actual le resulta descorazonador la ausencia de noticias sobre la pujanza artística del Renacimiento. Erasmo

había estado en Roma el año anterior y había visitado los aposentos papales, y tampoco menciona a Miguel Ángel ni a Rafael. El arte renacentista se encontraba aún en sus primeros balbuceos. Lutero era, sin ningún género de dudas, un hombre del Renacimiento, y sin embargo no tuvo la intuición suficiente como para saludar la irrupción del nuevo arte. Pero, ¿la tuvo alguno de sus contemporáneos? Es curioso que el destino haya deparado al retrato de Lutero, obra de Cranach, un lugar en la Galería de los Uffizzi de Florencia, en medio de la magnífica colección de pintura renacentista. El grueso de los recuerdos del viaje lo integran observaciones realistas, típicas de un hijo de padres campesinos que han aprendido a tasar tierras y personas de acuerdo con su valor práctico. Ni una sola vez menciona las tremendas penalidades del viaje. La regla de su orden obligaba a los dos monjes viajar a pie, y según todas las crónicas de la época debieron de sufrir un clima muy crudo. En Roma no cesó de llover torrencialmente hasta muy entrado febrero, y si a ello añadimos que el viaje de ida y el de vuelta lo realizaron a través de los Alpes y casi en invierno, es extraño que no haya ni una sola alusión a los esfuerzos físicos de ambos monjes.

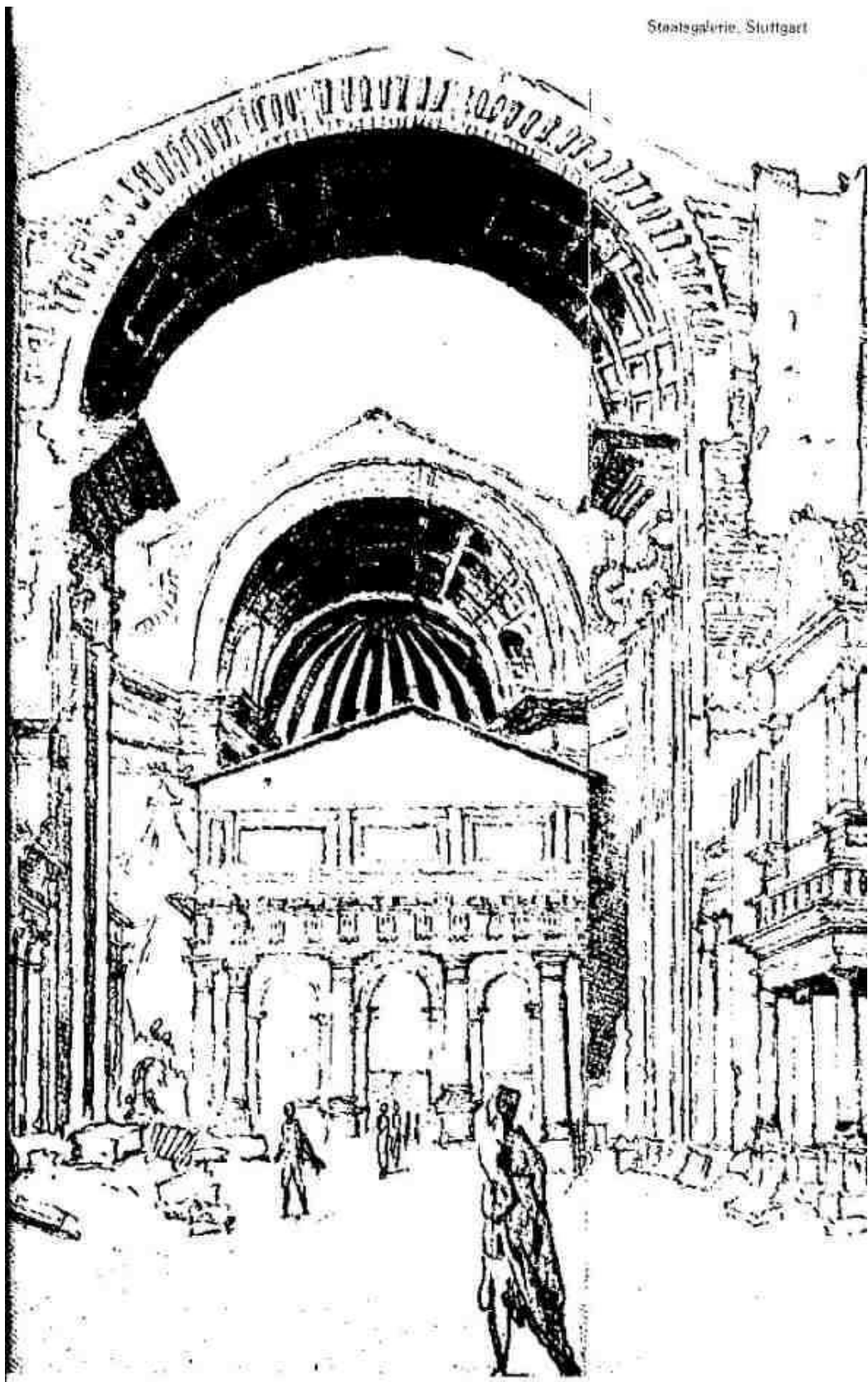
Un psicólogo afirmaría que Lutero vivía ese estadio vital calificado como retiro creador.

*Quien tiene algo que decir en el futuro,
lo medita en silencio en el presente.
Quien quiera un día encender el relámpago
tendrá que ser antes nube mucho tiempo.*

Lutero vivía aún un periodo en el que, por decirlo de alguna manera, coleccionaba, amontonaba y clasificaba experiencias para desarrollar el cometido ingente que le esperaba en el futuro. Es normal que los grandes creadores necesiten una preparación y gestación mayor que aquellos que buscan el éxito inmediato. Pero las reservas de Lutero frente a la Roma de principios del Renacimiento tienen un significado más hondo, y no cabe entenderlas como un producto esencial o exclusivo del Renacimiento. Si no lo supiéramos ya por su polémica con Erasmo, su conducta y actitud durante su estancia en Roma deberían ser suficientes para explicar que Lutero no seguía el curso evolutivo de la historia de las ideas, sino que su cometido histórico rebasaba la pura renovación de la historia del pensamiento.

La antigua iglesia de San Pedro durante su derribo, por Van Heemskerck. ►

Staatgalerie, Stuttgart



7. El nacimiento de la Reforma

En 1511 Lutero llegó a Wittenberg por segunda vez. La orden y sobre todo su vicario general, Johannes von Staupitz, hombre noble tanto por su nacimiento como por su carácter, bondadoso, adornado con grandes dotes pastorales y hacia el que Lutero guardó siempre palabras de agradecimiento, abrigaba grandes esperanzas en el joven hermano Martinus, en quien vislumbraba una poderosa inteligencia.

Este había dictado un curso durante el invierno de 1508 contratado por la Universidad de Wittenberg; después, sus superiores le ordenaron volver a Erfurt y más tarde lo enviaron otra vez a Wittenberg para encargarse de la cátedra de Teología, regentada hasta entonces por Staupitz. Parece que salió de Erfurt dejando atrás algunas diferencias con sus compañeros de orden, y quizá también con alguno de sus superiores, debidas probablemente a la envidia por haber sido elegido tan joven para un cargo tan importante. Ya no abandonaría Wittenberg. En esta pequeña ciudad de dos mil habitantes a lo sumo, que, según sus propias palabras, estaba «en la frontera de la civilización», tomó decisiones de trascendencia mundial. Pero esto nadie se lo imaginaba por entonces.

El propio Lutero menos que nadie, porque por su mente rondaba desde hacía tiempo la carga pesada de la tentación. Durante sus días de monasterio había cumplido a rajatabla las prácticas devotas que la Iglesia medieval imponía a las personas que se habían propuesto salvar su alma. Lutero concebía la vida monástica como una especie de refugio o garantía para la salvación eterna del alma, y practicó los ejercicios prescritos con una seriedad sin precedentes. Ni las innumerables prácticas piadosas, ni las muchas ocasiones para hacer examen de conciencia y obtener la absolución le parecían suficientes: en su caso particular estaban en juego decisiones contra las que se estrellan todos los esfuerzos exteriores, porque de lo que se trata es de cambiar de forma de vida. En consecuencia tampoco le sirvió de nada que

*Johannes von
Staupitz. Retrato
anónimo. Abadía de
San Pedro,
Salzburgo.*



Foto: Hahn

hiciese de la confesión un ejercicio de disección anímica, y más de una vez, pocos minutos después de haberse confesado, tomó del brazo a cualquiera de sus hermanos sacerdotes para confesarse de nuevo. La vida monástica ponía a su alcance los medios religiosos (Biblia, breviario, análisis y meditaciones teológicas), que Lutero empleó con escrupulosa seriedad, orientándolo todo de acuerdo con el centro invisible alrededor del cual se desarrollaba su combate interior. Era como un hombre que tiene que atravesar todos los fuegos del infierno, un luchador de la fe y del alma y un hombre preso del sufrimiento, que anticipó y mantuvo de forma subterránea la lucha religiosa de los siglos posteriores (por más que la calidad espiritual de su lucha apenas deje traslucir esto hoy); hasta en el trágico combate de Nietzsche centellean las huellas de Lutero. Y sufrió en su propia carne las den-

telladas de la tentación. Pocos hombres en la Cristiandad podrían describir después sus experiencias con la maestría de Lutero. La pregunta básica era: ¿en qué consiste la tentación?

No en algún «obstáculo» evidente, es decir, no en las dificultades sexuales del monje (sabemos que Lutero no tuvo que batallar demasiado en este campo); tampoco en las dudas intelectuales surgidas al calor de la incompatibilidad ideológica entre la nueva visión del mundo y la cosmovisión bíblica (ésta es una interpretación actual que no llega a las raíces del sufrimiento de Lutero). Para él, la tentación era mucho más radical, ya que afectaba a toda su existencia, y consistía en el interrogante de si él podría hallar justificación ante Dios. Lutero sentía que perdería pie si no encontraba una respuesta. Es decir: Lutero por un lado concebía la fe como un don de la gracia divina extrínseco a las personas, pero eficaz, y por otro, la sentía como una experiencia personal inmediata. «No existe ninguna posibilidad de huir de estas antinomias dentro del *Ordo* católico o en la intimidad del iluminado.» (W. Pauck.)

Para Lutero este interrogante se manifestaba en el enigma de la «justicia divina». Es verdad que en la noche, cuando le asaltaba la duda, había centelleado alguna vez una luz consoladora. Staupitz le consoló con unas palabras que Lutero no olvidaría: le dijo que la tentación era connatural al cristiano e intentó desterrar sus escrúpulos religiosos mostrándoselos como la peor lacra de una auténtica seriedad penitencial; le enseñó a distinguir los pecados graves de los imaginarios, y sobre todo intentó convertir la imagen de Jesucristo en una fuente de consuelo para el agónico Lutero. Y qué sabiduría teológica encierra la frase con la que intentaba calmar la tempestad interior del joven monje: «No es Dios quien está enojado con vos; sois vos el que está enojado con El.»

Staupitz no consiguió librarle de sus dudas de fe. Seguramente su carácter bondadoso y cultivado, pero también reservado y frío, no comprendía la lucha radical de Lutero, y éste recorrió solo el camino hasta su desenlace final. El trabajo científico, que en otras ocasiones había sido un bálsamo y una distracción para su alma atormentada, ahora lo hundía paulatinamente en el abismo. Lutero sabía que si no solucionaba su conflicto interno no podría ni trabajar en el terreno científico ni dedicarse a la enseñanza, ni tan siquiera seguir viviendo.

Lutero nos ha descrito cómo encontró la respuesta. Todavía hoy nos conmueve leer el prólogo al primer volumen de sus obras completas en latín, escrito por el anciano reformador un



Lutero con el hábito de monje y el birrete de doctor. Grabado coloreado en madera. Melanchthon-Museum, Breiten. Entre 1512 y 1518, Lutero maduraría su sistema religioso.

año antes de su muerte. En él habla de ese momento, y en sus líneas resplandece la alegría de lo ultramundano. Ese prólogo se cuenta entre las grandes «confesiones» en las que cristianos prominentes han registrado el momento de su encuentro con Dios; por ejemplo, las *Confesiones* de San Agustín con la descripción de la escena del jardín de Milán, cuando la Epístola a los Romanos le trajo la luz y el conocimiento de la salvación, y el famoso *Memorial* de Pascal de noviembre de 1654.

Recordemos las palabras de Lutero: «Aunque mi vida de monje era irreprochable, yo tenía la conciencia intranquila porque me consideraba un pecador ante Dios y porque no confiaba en alcanzar el perdón por mis propios merecimientos. Yo no ama-

ba al Dios justo que condena a los pecadores; es más, le odiaba. Sin pretender que fuera una muda blasfemia, me irrité contra Dios y me dije: como si no bastara al miserable pecador estar perdido para siempre por el pecado original y castigado a todas las miserias imaginables por la ley de los Diez Mandamientos, Dios ha amontonado en el Evangelio dolor sobre dolor y en él nos amenaza con su justicia y su ira. Así gritaba yo desde el fondo oscuro y turbulento de mi conciencia y analizaba una y otra vez aquella cita de Pablo, esforzándome por llegar a saber lo que San Pablo quería.

»Hasta que Dios se apiadó de mí. Y entonces yo, que me había entregado día y noche a la meditación, comprendí el sentido de sus palabras: la justicia de Dios se revela en las palabras de la Escritura: el justo vivirá por la fe. En ese momento se hizo la luz y entendí la justicia de Dios, mediante la cual la vida del justo es un regalo de Dios, es decir, la fe. Este, pues, sería el significado: decir que en el Evangelio se manifiesta la justicia de Dios es lo mismo que afirmar que Dios nos justifica si tenemos fe en su misericordia, según está escrito: el justo tiene que vivir por la fe. Sentí yo entonces que había renacido de nuevo y que había atravesado las puertas abiertas del Paraíso y vi entonces la Escritura con ojos indiferentes, a otra luz. Recorrí las páginas que guardaba en mi memoria, las comparé, y llegué a la conclusión, por analogía, de que la obra de Dios es lo que El hace en nosotros; la fuerza de Dios, la que nos hace poderosos; la sabiduría de Dios, la que nos hace sabios; la fuerza de Dios, la salvación de Dios, la gloria de Dios.

»Antes había odiado las palabras "justicia de Dios". Ahora mi amor las dulcificaba y ensalzaba. Así, ese pasaje de San Pablo se convirtió para mí en la puerta del Paraíso.»

Estos acontecimientos tuvieron lugar, casi con seguridad, en el estudio de Lutero situado en la torre del Convento Negro de Wittenberg. Por esta razón se conoce ese momento como la «experiencia de la torre». La nueva comprensión de la Escritura se trasluce en seguida en el curso que por entonces impartía Lutero sobre los Salmos, de modo que podemos determinar con poco margen de error el tiempo en el que ocurre: tuvo que ser en el semestre del invierno de 1512-13, o quizá en la primavera de este último año.

En ese momento nace la Reforma. Sin la experiencia de la torre no existirían ni las famosas tesis ni la Dieta de Worms. La lucha religiosa de una sola persona es el punto de partida de un tiempo nuevo.

Johann Tetzel mit seinen Ablass-Kram.



Libelo de la época que critica la venta de indulgencias llevada a cabo por J. Tetzel en 1517.

Resultan también admirables las enseñanzas de Lutero en los primeros años de esa primavera espiritual y silenciosa tras haber adquirido el conocimiento. Las sombras de la fama no se interponían aún entre él y el mundo, y su nueva comprensión de la Escritura fluía como un río caudaloso en sus discusiones y en los cursos sobre la Epístola a los Romanos y la Epístola a los Gálatas. Es la hora de alumbrar una nueva época. Hay unos años de silencio durante los cuales se modifica la concepción teológi-

AMORE ET STUDIO ELUCIDANDAE
ueritatis hanc subscripta disputabunt Vultenberge, Praesidete
R. P. Martino Luthero, Artium & S. Theologiae Magistro, eius-
demq; ibidem lectore Ordinario. Quare pete ut qui non pos-
sunt uerbis praesentes nobiscum disceptare, agant id literis ab-
sentes. In nomine domini nostri Iesu Christi. Amen.

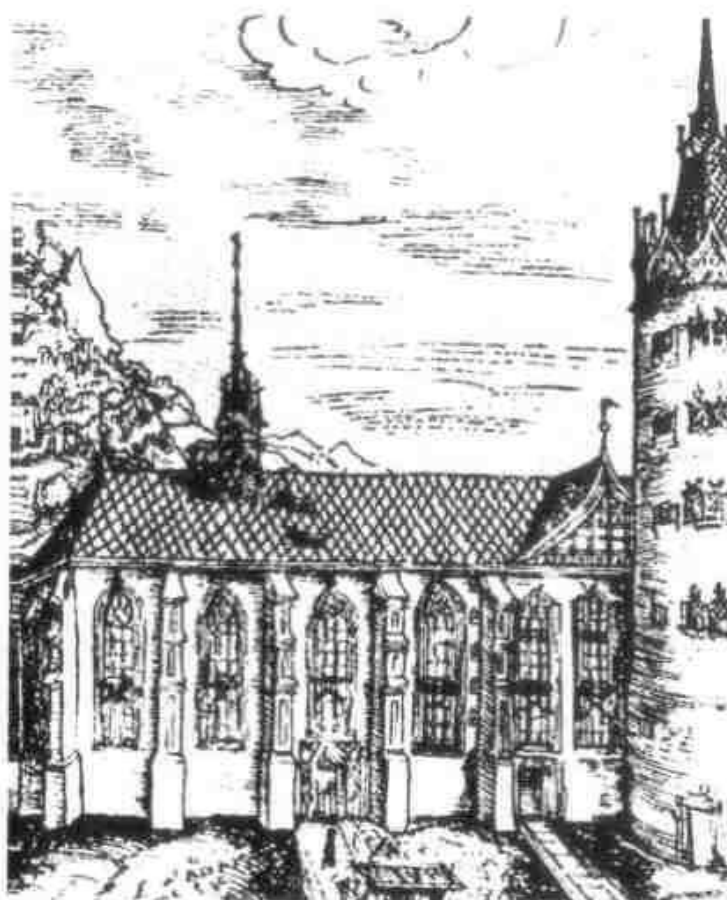
*Detalle de las
noventa y cinco tesis
hechas públicas por
Lutero en 1517. Este
momento marca el
inicio de la Reforma.*

- i Omnis & Magister noster Iesus Christus, di-
cendo poenitentia agne &c. omnem uitam si-
delium, poenitentiam esse uoluit.
- ii Quod uerbu poenitentia de poenitentia sacrar-
mental(i. confessionis & satisfactionis quae
sacerdotum ministerio celebratur) non po-
test intelligi.
- iii Non tamen sola interdit interior; immo interior nulla est, nisi
foris operetur uarias carnis mortificationes.
- iiii Manet itaq; poena donec manet odium sui, i. poenitentia uera
intra; scilicet usq; ad introitum regni celorum.
- v Papa non uult nec potest, ullas poenas remittere: praeter eas,
quas arbitrio uel suo uel canonum imposuit.
- vi Papa no potest remittere ullam culpā, nisi declarādo & appro-
bando remissam a deo. Aut certe remittēdo casus reseruatos
sibi, quibus contēptis culpa prorsus remaneret.
- vii Nulli prorsus remittit deus culpam, quin simul eum subijciat
humiliatum in omnibus sacerdoti suo uicario.
- viii Canones poenitentiales soli uiuentibus sunt impositi; nulli q;
mortuis, secundu eodē debet imponi.
- ix Inde bene nobis facit spiritus sanctus in Papa; excipiēdo in su-
is decretis semper articulum mortis & necessitatis.
- x Indocte & male facit sacerdotes ij, qui mortuis poenitēdas
canonicas in purgatorium reseruant.
- xi Zizania illa de mutanda poena Canonica in poenā purgato-
rij, uidentur certe dormientibus Episcopis seminata.
- xii Oīm poenae canonicae nō poss, sed ante absolutionem impo-
nēbantur, tantū poenitentia uere contritiōis.

ca del mundo porque un cristiano ha vencido la tentación y ha llegado al conocimiento liberador de la misericordia de Dios en Cristo.

En este periodo Lutero escribe algunas de sus obras más bellas. Así, a las conocidas tesis del 31 de octubre e 1517 les preceden otras fechadas en septiembre del mismo año que, aunque por la forma y el título apuntan contra la teología escolástica, en su contenido están determinadas por el consuelo que emana de la gracia divina, y en este sentido, suponen también una renovación metodológica de la teología. Este nuevo tono se adivina ya en algunas cartas de la primera época, en cuya vehemencia dulce y firme se percibe una fuente de consuelo espiritual. Pero, con toda la trascendencia histórica que suponen las tesis del 31 de octubre de 1517, tesis que convierten a Lutero de la noche a la mañana en el personaje más famoso del país, hay otra cuestión teológica de mayor alcance: la disputa de Heidelberg en 1518, que revela de manera muy especial las transformaciones que se

*Iglesia del castillo de
Wittenberg, en cuya
puerta fijó Lutero sus
noventa y cinco tesis
el 31 de octubre
de 1517.*



operan en la teología como consecuencia del enfoque radicalmente nuevo de Lutero.

«La verdad de la Teología y del conocimiento de Dios residen en Cristo crucificado.»

Los momentos de misticismo vividos en la torre del Convento Negro de Wittenberg suponen, en cierto sentido al menos, el alumbramiento de la Edad Moderna. Esta afirmación se clarifica aún más si comparamos la experiencia de la torre de Lutero con la proclamación espectacular de sus tesis.

Hacia años que Lutero criticaba con dureza inusitada el abuso de las bulas y la conversión de las actividades penitenciales —esa vivencia íntima del hombre en presencia de Dios experimentada por Lutero en la torre— en un puro comercio. Pero siendo párroco y pastor de almas en Wittenberg, comunidad a la que también había consagrado su labor docente, las repercusiones de este asunto se manifestaron con mayor vigor: cuanto más insistía él en la penitencia verdadera, más bulas le presentaban,

más papeles con los que el hombre supuestamente compraba penitencia e indulgencias; es decir, la remisión de las llamadas penas eternas, sobre todo las del Purgatorio. A la vista de esto, Lutero se decidió por fin a actuar. En un principio no se propuso dar resonancia pública a su protesta, sino limitarla a los círculos académicos. Para que la Iglesia mostrara públicamente su posición planteó una discusión sobre el *Poder de las indulgencias*. Era ésta una de las cuestiones no muy bien «delimitadas» por el dogma católico, y en consecuencia, carente de fuerza coactiva, razón por la cual los profesores de Teología gozaban de libertad de opinión. Lutero redactó una serie de tesis y, siguiendo los hábitos académicos, invitó a discutirlos. Al estar destinadas a especialistas (teólogos y hombres de religión) fueron redactadas en latín.

«Y las clavó a la vista de todos en la iglesia adosada al castillo de Wittenberg, el día anterior a la festividad de Todos los Santos de 1517.» La cita procede del prólogo escrito por Melancthon en 1546 para el segundo volumen de las obras latinas de Lutero. El no pensó en ningún momento actuar clandestinamente. El se dirigía a los círculos académicos, siguiendo el camino trazado por la Iglesia.

Nadie se presentó a la anunciada discusión, y durante unos catorce días reinó un silencio sepulcral en torno a las tesis. Era simplemente el margen de tiempo que transcurre entre el encendido de la mecha y la explosión de la carga.

Y de repente un viento huracanado sopló en la Historia. Lutero, tras algunas dudas, había enviado una copia a ciertos amigos, y éstos, sin contar con él y probablemente contra su voluntad, la difundieron, y en un corto espacio de tiempo toda Alemania conoció las tesis. Alberto Durero, que no conocía al agustino, le envió unos grabados en cobre y madera como muestra de su adhesión. Durero reflejaba el sentir de muchas personas. La tempestad barrió Alemania, amenazando con ahogar al mismo Lutero, y éste comprendió de pronto que su intención había sido «acometer al cielo e incendiar la tierra», así que cuanto mayor difusión y repercusión alcanzaban las tesis, mayor impulso cobraba el combate trascendental que se desarrollaba ante sus ojos: «La canción se volvía cada vez más aguda para mi voz.» Esta acción individual de Lutero, emanada de su concepción teológica y pastoral y del enfoque bíblico recién adquirido, tuvo consecuen-

Alberto Durero: Autorretrato como Varón de dolores. Obra fechada en 1522. ►





Detalle de la obra de Hans Holbein el Joven titulada Venta de indulgencias. El tráfico de indulgencias proporcionaba cuantiosos ingresos a la Iglesia.

cias que él nunca había imaginado ni propuesto: una transformación decisiva de la Historia.

Esto lo entenderemos con mayor claridad si tenemos en cuenta dos cosas. En todo el proceso, Lutero siguió su propio camino, siempre dentro de la obediencia y de la fe. Pero durante su experiencia de la torre había llegado a conclusiones sobre la esencia de la gracia y del perdón divinos que chocaban en la teoría y en la práctica con el hecho de que la penitencia se reducía a un mero tráfico. Su protesta teológica iba dirigida contra estos abusos, pero con su actuación pretendía alcanzar el corazón de la vida piadosa y la doctrina sobre la gracia de la Iglesia bajomedieval. A medida que las repercusiones de las tesis tomaban mayor incremento, la ofensiva de Lutero adquiría mayor peso social e histórico, relegando al olvido las tentativas reformadoras de épocas precedentes. Y así fue: su importancia histórica deriva de su experiencia religiosa. Lutero, sin embargo, no pretendió provocar un cambio histórico: ni una sola de sus «acciones» estaba encaminada a la conquista del poder; es más, Lutero siempre manifestó un olímpico desprecio hacia el poder político: abo-



El cardenal Cayetano escuchando a Lutero, como lo vio un artista anónimo de la época. Grabado en madera.

minaba de la violencia porque pensaba como un místico, porque el motor de todos sus actos era la intervención de Dios en la Historia, y por tanto, su cometido consistía en seguir dócilmente la revelación que Dios le había regalado. Convengamos, pues, en una cosa: la Edad Moderna nace de una experiencia religiosa.

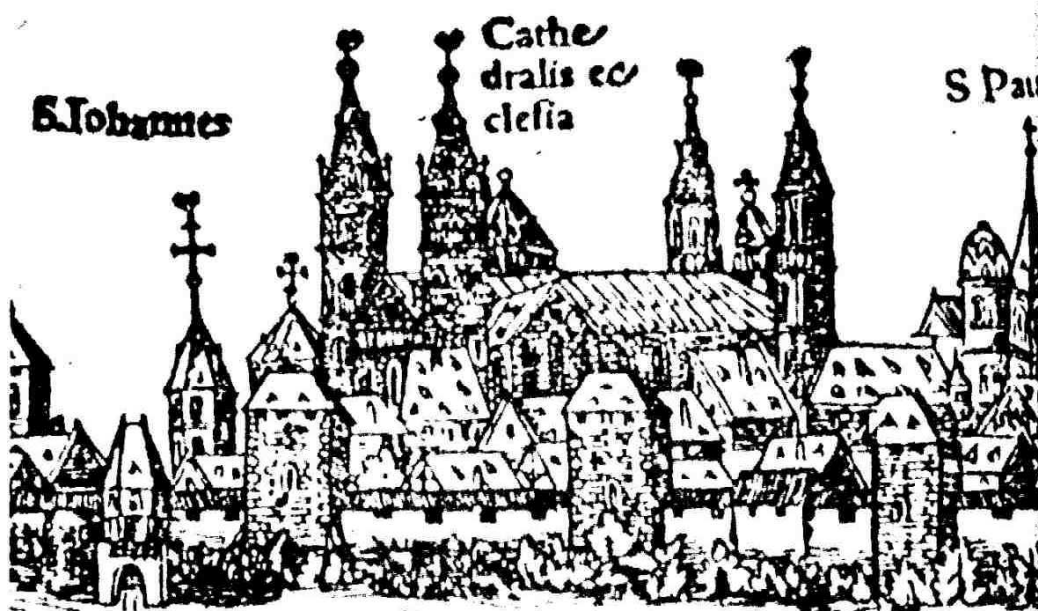
Es incomprensible la resistencia y la ceguera de Roma ante estas transformaciones históricas. Carece ahora de importancia que Hieronymus Schulze de Brandenburgo, obispo de Lutero, hombre honesto pero sin ningún relieve, no encontrara motivos para intervenir y se limitara a un escrito anodino y benévolo cuando Lutero, cumpliendo con su obligación, le notificó el paso que iba a dar; es también anecdótico que uno de los más interesados, el noble Albrecht von Mainz, al que Lutero había igualmente avisado como era preceptivo, ordenara a sus consejeros que procedieran según el método habitual en las cancillerías seculares y eclesiásticas, es decir, traspapelando el memorial de Lutero en cualquier escritorio. Es asombroso que Roma tardase tanto en comprender la trascendencia de los acontecimientos: sólo en 1518, en Augsburgo y a través del cardenal Cayetano, se avi-



Otra de los muchos retratos que Lucas Cranach hizo de Lutero. Este es un grabado en cobre del año 1520.

no la Iglesia a mantener con Lutero, siempre dentro de límites razonables, una discusión teológica. Uno no puede negarse a la evidencia de que semejante ceguera indicaba la madurez de la Iglesia para asistir a este proceso histórico, en el curso del cual la mitad de Europa se le separaría.

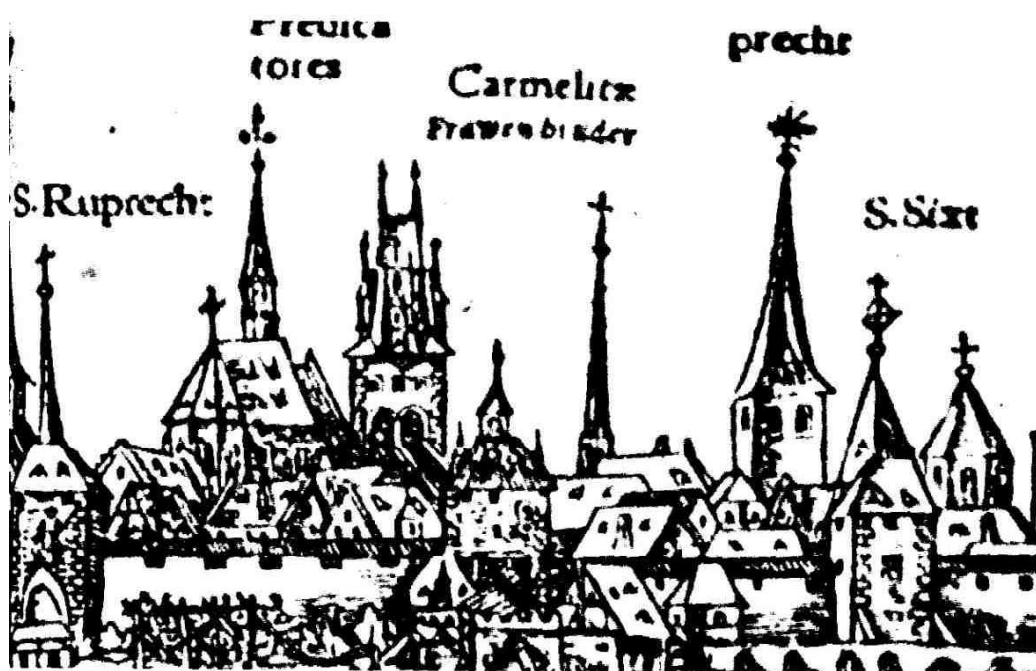




Vista general de la ciudad de Worms en el siglo XVI. Grabado en madera de Sebastián Münster.

ros, uno de ellos el joven emperador, receptáculo de una simpatía no exenta de curiosidad por parte del pueblo; además se habían congregado los príncipes del Imperio en un número acostumbrado, y el nuncio papal Alexander, uno de los pocos hombres que conocía la trascendencia de los acontecimientos, enviaba, presa de la excitación, despacho tras despacho a Roma, legándonos en ellos una documentación abundante, aunque no siempre digna de crédito, para conocer todos los pormenores de estas jornadas. Pero ninguno de estos personajes recibía la simpatía unánime del público.

La atención pública se centraba en Martín Lutero. Todo el país había seguido la marcha triunfal del monje de Wittenberg, en la medida en que las comunicaciones lo permitían. Muchos eran conscientes de que había debatido en todos los frentes diplomáticos la espinosa cuestión de si Lutero debía comparecer o no ante el emperador y ante los príncipes del Imperio; pero pocos imaginaban con qué tenacidad el astuto elector de Lutero había abogado —y finalmente conseguido— su comparecencia. Los partidarios del papa hicieron lo imposible hasta el último minuto por impedir la presencia del agustino de Wittenberg en Worms; recurrieron incluso a las amenazas, pero el pueblo no había ol-



vidado el destino desgraciado de Jan Hus, condenado a la hoguera en el Concilio de Constanza pese al salvoconducto imperial. Martín Lutero, muy seguro de sí, se puso en camino haciendo caso omiso de todas estas consideraciones y el pueblo le recompensó su valor y su fe con un recibimiento entusiasta y unánime. Se transmitían unos a otros sus palabras: se le había emplazado ante el juez, pero aunque levantasen un muro de fuego entre Wittenberg y Worms cuyas llamas llegasen hasta el cielo, él se presentaría en nombre del Señor y obligaría a Behemoth a reconocer a Cristo. Se sabe que Lutero rechazó en el último momento una advertencia del predicador de la corte de su elector: «Entraré en Worms aunque haya en ella tantos demonios como tejas en sus tejados.»

Según informaron sus contemporáneos, el viaje constituyó una marcha triunfal. Su antigua Universidad de Erfurt, encabezada por su rector, le tributó a las puertas de la ciudad un recibimiento digno de un príncipe, y el domingo, en la iglesia de su orden, llena a rebosar, predicó un sermón sobre la misericordia de Dios en el Evangelio. En la iglesia la gente estaba tan apelo-tonada, informaba un testigo ocular, «que el coro crujió y todos pensaron que se desplomarían; hubieran roto las ventanas para saltar al patio de la iglesia si Lutero no les hubiera tranquilizado recomendando calma y afirmando que todo eran figuraciones del



Foto Martinmel. Kunsttulle. Hamburgo

diablo, y que si se estaban quietos, nada sucedería. Y así fue: no ocurrió ningún accidente.» El sermón —que hoy se conoce—, responde a la actitud anímica y a la actividad predicadora desarrollada por Lutero a lo largo del viaje; su núcleo se centra en la misericordiosa gracia divina. Hay en él una frase secundaria que se refiere a las razones históricas del viaje: «Aunque sé muy bien que no es agradable de oír, debo decir la verdad, aunque para ello tuviera que ofrecer veinte veces mi cuello al verdugo, si se me encuentra culpable.»

El 16 de abril, ya de madrugada, salieron cabalgando a su encuentro gran número de nobles, y la policía de la ciudad de Worms, representada por los servidores del Concejo, hacía grandes esfuerzos para contener al pueblo, cuando desde la torre de la catedral sonaron las trompetas, que sólo lo hacían en las grandes ocasiones. Aproximadamente a las diez de la mañana Lutero entró como un vencedor en la ciudad. Kaspar Sturm, heraldo y portador del salvoconducto imperial, cabalgaba delante del pequeño carruaje provisto de un tejadillo de protección, en el que Lutero y tres acompañantes habían realizado el largo viaje. El coche atravesó con mucha lentitud la inmensa muchedumbre que se había congregado para recibirle.



Foto Klenthenpe, KU

CAE ♦ OPVS ♦ EFFIGIES ♦ HAEC ♦ EST ♦ MORITVRA ♦ LVTHER
 AETHERNAM ♦ MENTIS ♦ EXPRIMIT ♦ IPSE ♦ SVAE ♦
 M D · X · X · I ·

Lucas

Martin Lutero en 1521, por Lucas Cranach el Viejo.

- ◀ El heraldo imperial Kaspar Sturm. Dibujo de Alberto Durero (1521) tomado de su Diario de viaje por los Países Bajos.

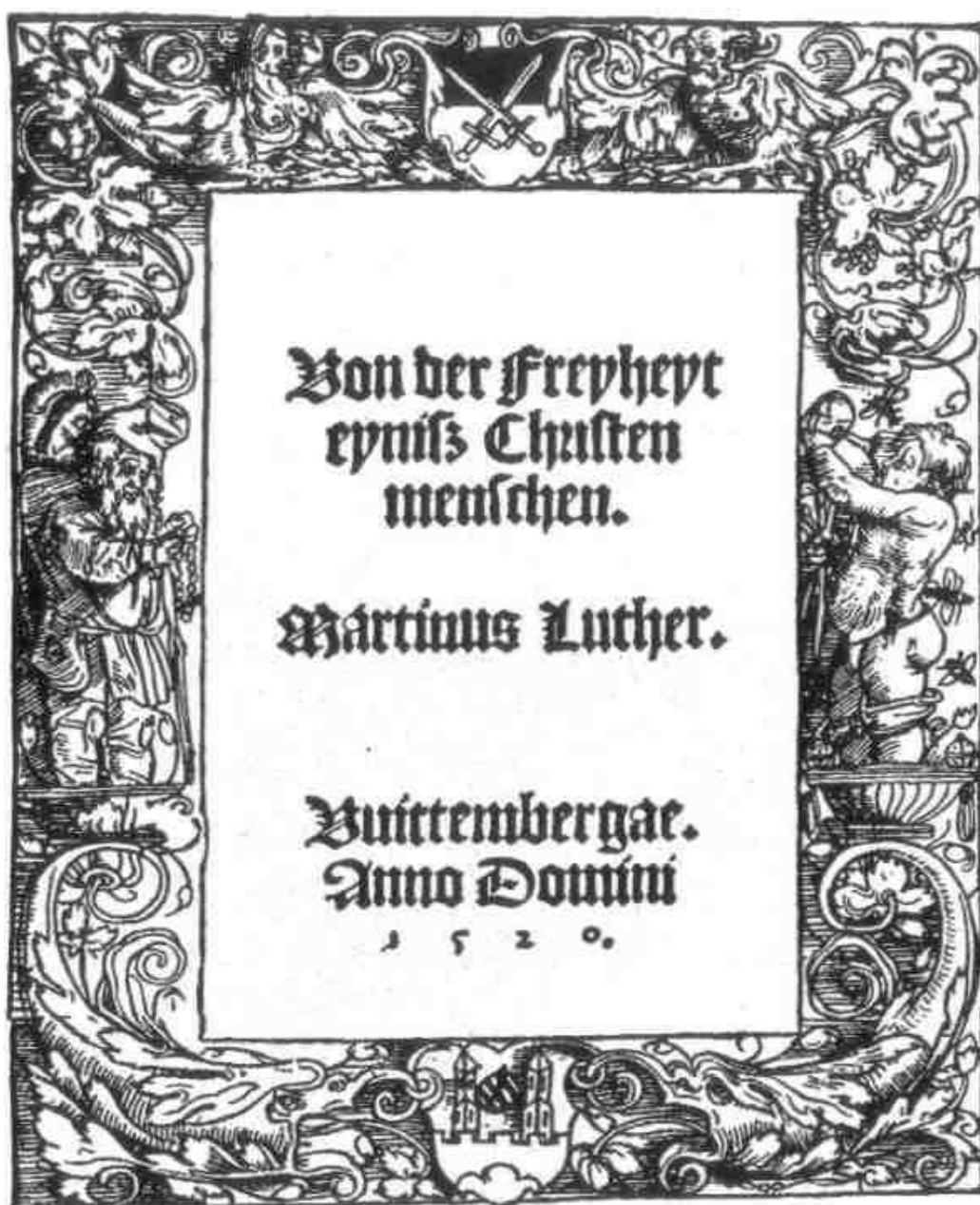
Hay que mirar con ojos críticos los fervorosos sentimientos que Lutero despertaba en la multitud, constituidos por un conglomerado de curiosidad, entusiasmo y avidez de sensaciones nuevas. Sería una ingenuidad sostener que todas las gentes que se apiñaban en las calles eran cristianos entusiastas y partidarios de Lutero. Para muchos de ellos era el núcleo del que emergía la corriente sorda, subterránea y a cada momento más poderosa del sentimiento nacionalista. Pocos años antes Erasmo había recorrido Alemania y experimentó este entusiasmo pasional, consignándolo con admiración, y se dio cuenta mejor que nadie de que para los ardorosos alemanes él era el sustitutivo de dicho sentimiento. Fue Lutero quien encarnó ese nacionalismo. Si se estudia el tema a fondo parece dar la razón a los que interpretan la Reforma alemana como una reivindicación de nacionalismo. Es cierto que ha habido pocas veces en la historia de Alemania en las que el sentimiento nacionalista irrumpiese de forma tan espontánea como ese día en Worms, pero no hay que pasar por alto un rasgo esencial: el vehículo de un sentimiento semejante eran los deseos de fe; la temática religiosa sería decisiva para el futuro histórico de la nación, y también para el de Europa.

Dos veces compareció Lutero ante la Dieta. A última hora de la tarde del 17 de abril se presentó en una humilde estancia del patio de la residencia episcopal. El mariscal Ulrich von Pappenheim y el heraldo imperial Kaspar Sturm lo recogieron a eso de las cuatro y evitando la aglomeración de las calles lo condujeron por lugares poco frecuentados hasta la sede episcopal, donde estaba reunida la Dieta. Hacia las seis comenzó a debatirse el tema, y con él llegó el momento de comparecer en su sentido más literal ante «el emperador y el Imperio». Este primer encuentro fue muy breve y formalista, y apenas revistió importancia. Podemos hacernos una imagen muy aproximada de sus dos protagonistas, Carlos y Lutero, a partir de documentos de la época. El joven emperador había asumido la tarea de «emplear todos sus reinos y señoríos, sus amigos, su cuerpo y su sangre, su vida y su alma, en defender la fe católica y la Iglesia Romana»; por este motivo no podía menos que considerar a Lutero un hereje, cuyos designios comprendía tanto como su idioma (¡un emperador de Alemania que no entendía su lengua!). El joven emperador tenía un aspecto pálido, y el mentón de los Habsburgo parecía más poderoso y prominente que más adelante, cuando asumió el papel mayestático de un emperador. Lutero, en el grabado en cobre ejecutado por Lucas Cranach en 1521, muestra un perfil enérgico, una frente amplia con sólidos arcos superciliares y una man-



Lutero ante la Dieta de Worms, por J. Schnorr de Carosfeld.

díbula y una boca que denotan decisión. Pero lo que más impresionaba del rostro de Lutero nunca podría captarlo la paleta de un pintor: el brillo de sus ojos oscuros, que unos consideraban demoníaco y otros angelical. Uno de sus contemporáneos afirma que «fulguraban y refulgían como una estrella, y no se podía sostener su mirada». Pero los representantes de las potencias europeas que, al igual que muchos de los príncipes alemanes, contemplaban cara a cara por vez primera al famoso monje agustino de Wittenberg, esperaban sensaciones extraordinarias y quedaron decepcionados. El doctor Johann von der Ecken, del arzobispado de Tréveris, planteó a Lutero dos preguntas: ¿Se reconocía autor de los libros que tenía delante? ¿Estaba dispuesto a retractarse total o parcialmente? Lutero, tras comprobar los títulos, contestó afirmativamente a la primera de las preguntas, y pidió un tiempo de reflexión para la segunda, petición que le fue concedida. Luego le notificaron que al día siguiente tendría que responder de viva voz, sin ayuda de manuscritos, y le despidie-



Portada de la obra de Lutero *La libertad del cristiano*, editada en Wittenberg por Johann Grünewald el año 1520.

ron, Lutero, aceptando el consejo quizá del elector de Sajonia, había hablado en tono apenas audible para no herir susceptibilidades, así que no es de extrañar que sus enemigos le consideraran un ser apocado y que, pasado el primer momento de «estupor», juzgaran que la solución del asunto no exigiría grandes esfuerzos.

Al día siguiente, dado que el tumulto crecía, se eligió para las negociaciones la gran sala del palacio imperial episcopal, pero entró tanta gente que hasta los príncipes tuvieron que quedarse de pie. La sesión comenzó de nuevo a las seis, y como ya había oscurecido, se encendieron antorchas. El doctor Ecken abrió el interrogatorio, y esta vez Lutero contestó en detalle a la pregunta de si estaba dispuesto a retractarse de sus obras. Su alocución, expresada en alemán con voz vibrante, fue corta, clara y concisa; apenas duró diez minutos. Se le invitó a que la repitiese en latín, y así lo hizo. En ella Lutero asumía la responsabilidad de sus propias obras, que dividía en tres grandes grupos: escritos religiosos, libros contra el pontificado y polémicas con otros individuos. A nadie le interesaba que se retractase del primer grupo, pero sí de los otros. Lutero, sin embargo, no se retractó de sus escritos contra la tiranía del pontificado que oprimía a «la muy célebre nación alemana», ni tampoco de los del tercer apartado. Pedía a todos que le mostraran las Sagradas Escrituras y le dijeran en qué lugar estaba equivocado. Allí le habían reprochado que sembraba la discordia, y él defendía con toda seriedad su posición, porque no se podría acabar nunca con aquella si se comenzaba por reprobear la palabra de Dios. Si así se obraba, el joven emperador, en el que todos habían depositado sus esperanzas, iniciaría sus tareas de gobierno con mal pie.

Este alegato, además de implicar una negativa rotunda, mostraba por parte de Lutero una disposición al diálogo basándose en fuentes bíblicas. Apenas terminó Lutero, los príncipes se reunieron para deliberar y comprendieron que se hallaban en una situación muy difícil: no podían despreciar la propuesta de Lutero, pero por otro lado estaban menos dispuestos aún a discutir cuestiones teológicas y religiosas sancionadas y refutadas por la doctrina oficial de la Iglesia; concretamente el emperador se negó en redondo. Al fin hallaron una solución de compromiso que consistía en volver a preguntar a Lutero si estaba dispuesto a retractarse. Cuando Ecken se lo preguntó de nuevo ante la asamblea en pleno, Lutero respondió con aquellas famosas frases en latín:

«Majestad Imperial, Excelencias: me exigís una respuesta clara y directa, y yo voy a contestar sin rodeos; si no se me convence con testimonios de la Escritura y con argumentos racionales —puesto que no creo en el papa ni en los concilios, ya que es público y notorio que con frecuencia se han equivocado y se han contradicho a sí mismos—, entonces, a solas con mi conciencia y prisionero de la palabra de Dios, me reafirmo en la interpretación de los pasajes de la Sagrada Escritura que he cita-



Fortaleza de Eisenach. Grabado de Wilhelm Richter, 1690.

Primera edición de la traducción de Lutero del Nueva Testamento (1522).



do. En consecuencia, ni puedo ni quiero retractarme de nada, porque ir en contra de la conciencia es destruirse a sí mismo.» Y luego añadió en alemán aquella breve jaculatoria de los lansquenets, con la que a menudo solía terminar sus sermones (posiblemente porque tenía plena conciencia del alcance de su negativa): «¡Dios nos valga. Amén!»

Poco después, tras un breve intercambio de palabras con el doctor Ecken, el emperador hizo un gesto y Lutero se dispuso a abandonar la sala. De pronto surgió un tumulto entre el gentío porque algunos nobles alemanes creyeron que aquel gesto era una orden para apresarlos y llevarlos a las mazmorras. Lutero los tranquilizó con un grito, y ellos le siguieron alegres y contentos y, como si fuera el vencedor de un torneo, estiraron los brazos haciendo la señal de la victoria. Lutero al llegar a su alojamiento en el palacio de la Orden de San Juan hizo el mismo gesto mientras gritaba henchido de alegría: «¡Lo he conseguido, lo he conseguido!»

Así se desarrollaron los acontecimientos en Worms, y así los recoge la historia.

Lo que no dice es que, después, Lutero pasó unos días mucho más difíciles que los dos de interrogatorios. Comenzaba entre bastidores una serie de negociaciones y deliberaciones encaminadas a intentar disuadirle. Hombres muy cultos y honorables emprendían tales intentos caracterizados por el tono persuasivo, no autoritario. Además, entraba en juego la alta política con el argumento tan familiar a los «políticos prácticos» de que había que mantener la unidad a toda costa. No debió de ser fácil en estas circunstancias para Lutero, tan solo como en los interrogatorios, mantenerse firme. Sin embargo, ninguno de los dos protagonistas principales —Martín Lutero y el emperador— cedió un ápice. En esas circunstancias sólo cabía un desenlace: el 25 de abril el doctor Ecken y Siebenbürger, secretario del emperador, se dirigieron a la residencia de Lutero, y una vez en presencia de éste le comunicaron —en latín, por orden expresa de Carlos— que Su Majestad, como defensor de la Iglesia de Roma, a la vista de que las amonestaciones no habían surtido efecto, procedería contra él. Le prorrogaba el salvoconducto por otras tres semanas, pero le prohibía la publicación de sus escritos y la predicación. Lutero, tras orar unos momentos, agradeció al emperador y a la Dieta que le hubieran escuchado, y añadió que estaba dispuesto a soportarlo todo, incluso la muerte y la deshonor, por el emperador y el Imperio, pero que no renunciaría a proclamar y dar testimonio de la palabra de Dios con entera libertad.



Federico el Sabio, príncipe elector de Sajonia. Grabado en cobre de Alberto Durero, 1524.

Dos días después, en la mañana del 26 de abril, Lutero abandonó la ciudad por la Puerta de San Martín, procurando no llamar demasiado la atención.

El 9 de mayo, durante el viaje de vuelta, fue «sorprendido» cerca de Eisenach por un pelotón de jinetes del Electorado de Sajonia y conducido a la fortaleza del elector, alejándolo así de fuerzas hostiles y proporcionándole el ansiado tiempo libre del que salió una de las obras más hermosas de su vida: la traducción de la Biblia y del Nuevo Testamento.

9. 1525: el año de las grandes decisiones

Un historiador de la Reforma de principios del siglo XX afirmaba que es en 1525 cuando Lutero alcanza la cúspide de la gloria. Esta opinión hay que someterla a un cuidadoso examen. Este año supone, en efecto, un punto crítico dentro de la evolución

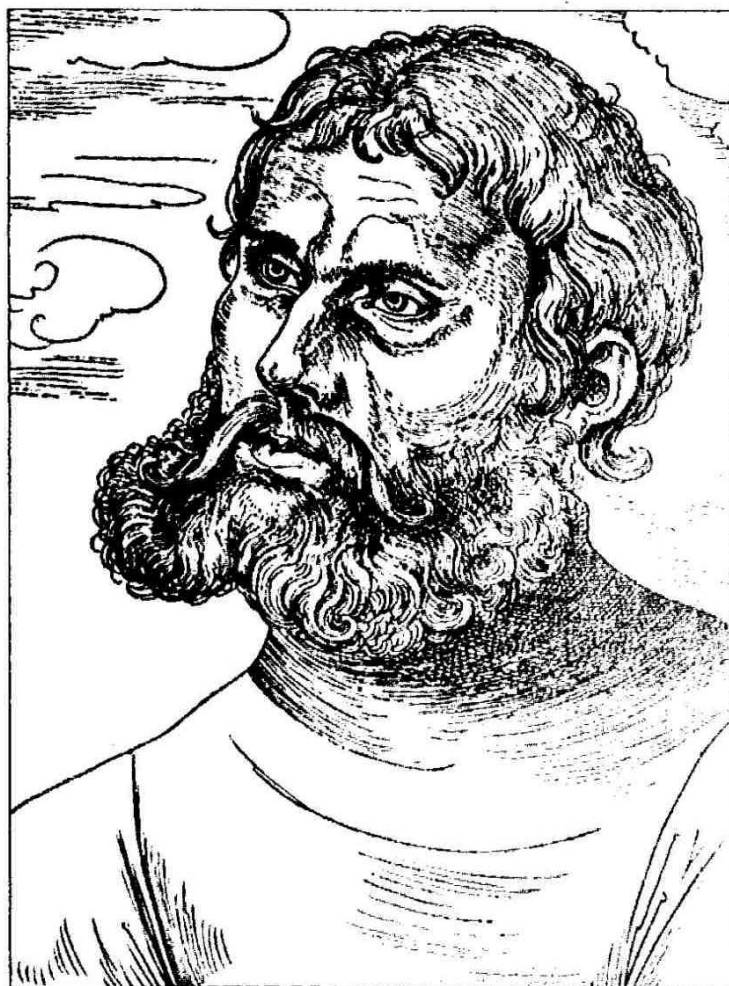


Lutherhalle, Wittenberg

Thomas Münzer.
Grabado en cobre
de Christoph
von Sichen.

personal de Lutero y de la Reforma; es entonces cuando Lutero rompe todos los vínculos ideológicos y vitales con la Edad Media. Los psicólogos dirían que Lutero ha encontrado su «identidad». Por otro lado, en 1525 tiene lugar el levantamiento de los campesinos. En ese periodo de disturbios sangrientos, Lutero adoptó una actitud, expresada en escritos llenos de vehemencia sobre la situación política, que le costó la pérdida de su popularidad, hasta entonces extraordinaria. En los meses de mayo y junio de 1525 la soledad personal de Lutero se acentúa al máximo.

Una biografía concienzuda de Lutero no debe ocultar nada. La sublevación de los campesinos, justificada en el fondo, es injustificable por los excesos que en ella se cometieron. En la actualidad nadie discute que el móvil fue la reivindicación de la justicia social. La rebelión comenzó con los Doce Artículos de los campesinos de Suabia —documento que aplica con dignidad y



*Lutero como Junker
Jörg. Grabado de
Lucas Cranach
el Viejo.*

sencillez los principios cristianos—, y tuvo una fuerza diferente según las regiones. La llama del levantamiento no hubiera prendido con tanta rapidez en toda Alemania de no haber existido razones históricas más profundas. Los príncipes, que desempeñaron en la sublevación un papel lamentable, no reaccionaron al principio, paralizados por el terror. Finalizado el levantamiento, Lutero censuró en reiteradas ocasiones su actitud miserable con un lenguaje que, desde luego, no puede ser considerado como un modelo literario: «... Esos miserables manipuladores, que ahora roban su honor a Dios y se vanaglorian y pavonean como si todo fuese obra suya, eran por aquel entonces los bellacos más cobardes que he visto en mi vida. Ahora ya han olvidado que Dios les salvó aquella vez en que se cagaron en los pantalones, pero todavía hieden por donde pasan. La templanza caballeresca no mostró entonces, por desgracia, corazón ni valor.» La reacción de los príncipes fue tardía, pero dura, y después de haber aniquilado al ejército de los campesinos en la batalla de Frankenhäusen (15 de mayo de 1525), administraron justicia sin piedad. Durante un breve periodo de tiempo Alemania quedó bañada en un mar de sangre. Los campesinos sublevados habían iniciado las tropelías, y los príncipes se tomaron cumplida venganza. Thomas Münzer, elegido por los campesinos jefe de la sublevación en vez de Lutero, cayó prisionero en Frankenhäusen y fue decapitado.

La actitud de Lutero durante el conflicto ha sido minuciosamente analizada, y por lo general utilizada como arma arrojadiza en contra suya. Si reflexionamos sobre las causas de este sangriento episodio de la guerra de los campesinos para hallar a los protagonistas de tan macabro y cruento cuadro, tendremos que convenir que Thomas Münzer fue el actor más consecuente, y quizá también el más heroico. Münzer, cuya postura se radicalizaba en cuestiones ideológicas, fue el primero en celebrar una misa alemana; al igual que todos los utópicos hasta Tolstoi, y de manera mucho más consecuente que Martín Lutero, Münzer intentó traspasar las normas bíblicas al ámbito político, y esto en su caso equivalía a propugnar la revolución social. Hemos de reconocer que fue fiel a sus propias convicciones hasta el final. Apenas sabemos nada de los últimos momentos de este «teólogo de la revolución», pero entre los informes que conservamos, sean apócrifos o auténticos, merecen crédito los que califican de imperturbable su camino hacia el cadalso. No hay duda de que Thomas Münzer superó aquí a Lutero por su radicalismo social.



Un grupo de campesinos alemanes sublevados rodea a un caballero. Grabado en madera, 1539. Landesbibliothek, Stuttgart.

¿Cómo explicar la conducta de Lutero? El era el dirigente espiritual de los campesinos que propugnaban una renovación de la sociedad. Intentó calmarles y criticó al mismo tiempo a los príncipes con toda crudeza: pero luego recordó a los campesinos con palabras bruscas cuál era su deber, y más tarde demostró siempre un sordo temor. Es fácil deducir de todo ello que Martín Lutero no estaba en absoluto seguro de su camino, tal como afirma Bloch en su exaltada obra juvenil sobre Münzer (*Thomas Münzer, teólogo de la Reforma*, Berlín, 1922; 2.ª ed. Frankfurt, 1960).

Resulta más sencillo emitir un juicio histórico ecuánime planteando una simple pregunta: ¿podía actuar Lutero de otra manera si quería seguir siendo fiel a sí mismo? Lutero sólo se atenía en su conducta a una norma: la palabra de Dios, y con ella midió a los campesinos y a los príncipes. Lutero tuvo el valor de censurar la injusticia social que padecían los labradores, y en parte su separación de ellos se debe a los espantosos desafueros que él presenció con sus propios ojos. Tras el fracaso del levantamiento, Lutero, con el mismo rigor intelectual y verbal, opinó que



*Grabado en madera que muestra a unos campesinos presos (1523).
La derrota de los campesinos puso fin a la utopía de Thomas Münzer.*

la derrota, según la óptica divina, era un justo castigo para los campesinos, pero no por ello había de exculpar a príncipes y nobles. Lutero se apenó por el triste destino de Münzer, con el que desde 1519 mantenía muy buenas relaciones y al que él mismo había recomendado que se dirigiera a Zwickau; al enterarse de su muerte, se retiró a sus aposentos y ya no salió en todo el día. Con todo, las divergencias entre ambos eran profundas. Ernst Bloch afirma que existe un escrito de Melanchthon, probablemente apócrifo, sobre la guerra de los campesinos y la ejecución de Münzer, que —siempre según Bloch— pese a la «redacción literaria... deja traslucir entre líneas la rebeldía como rasgo indeleble de su carácter, muy alejado de la calumnia y de la domesticación». Lutero no era inferior en fuerza explosiva al revolucionarismo social y radical de Münzer; ¿es, pues, exagerar la importancia de Lutero mantener que éste se diferenciaba porque calibraba fríamente las situaciones frente al desenfreno de Münzer? A Lutero le rondó siempre la tentación del radicalismo. Algunos de sus seguidores, con esa propensión a la exclusividad característica de todos los «idealistas exaltados», intentaron radicalizar los ritos litúrgicos, suprimir la misa e implantar nuevos cultos a partir del Evangelio. No hay duda de que entre los mayores servicios históricos del «subversivo» Lutero se cuenta la asombrosa capacidad de moderación constructiva que demostró en el punto crítico de las transformaciones revolucionarias. Lutero tan sólo cambió los rituales religiosos del domingo en una cuestión a su entender decisiva: la consagración eucarística ya no se recitó en voz baja y en latín, sino con voz audible y en alemán, porque era un momento básico para la comprensión teológica de la misa. El resto permaneció intacto. En todos los cambios litúrgicos actuó igual. En los que afectaban a parcelas esenciales de la vida, apli-

có aquel principio que manifestó en muchos de sus sermones e intervenciones públicas; es decir, que el mero derribo de formas del pasado no legitimaba por sí mismo la Historia. «A fe mía que nadie se convertirá en cristiano —dijo— por derribar monasterios, despreciar a las autoridades, comer hasta estar ahíto o emborracharse hasta no poder mantenerse en pie.» Lutero abogó por un crecimiento organizado, y con esta actitud influyó en el carácter de la Reforma. Evidentemente, las decisiones radicales de los exaltados gozaban de efectos más convincentes y espectaculares, pero fue Lutero quien influyó en la Historia.

En cualquier caso, Lutero se guiaba por la palabra de Dios y obtuvo resultados diferentes a Münzer. La Historia, incluida la de la Iglesia, es una coexistencia de fuerzas radicales y moderadas. Sería peligroso criticar en los últimos una voluntad y capacidad decisoria escasas.

La tragedia de Lutero consiste en que su vida se desarrollaba, en el fondo, al margen de los verdaderos procesos, y en esa situación sobrevaloraba el poder de su palabra. Lutero siguió el proceso político con una pasión no exenta de ingenuidad y una indignación por las metas a las que estaba abocado no siempre justa. Lo peor es que su palabra, gestada al calor de una situación concreta, llegaba casi siempre con retraso porque la rebelión se extendía con rapidez vertiginosa. En cualquier caso su actitud inquebrantable y firme fustigaba con la misma valentía a campesinos y a príncipes. Que años después criticase la falta de presencia de ánimo e incluso la cobardía de muchos príncipes que estaban obligados a su debido tiempo a ser justos y compasivos, demuestra la independencia espiritual de sus juicios. Si nos esforzamos un poco no es difícil reconocer el motor que lo anima, pese a la desmesura de su lenguaje: Lutero es violento, a menudo excesivamente violento, sobre todo si ve un intento de destruir las leyes divinas. Fustiga sin miramientos a los príncipes cuando observa que su cobardía les impide cumplir su cometido en la Historia. Pero también luchó para que todos, incluso los fanáticos, pudieran expresar con entera libertad sus ideas, y defendió que un predicador nunca debe callar si ve injusticias, ni conceder con su silencio, cueste lo que cueste. Es falso el apelativo de profeta de los príncipes, o aquel otro con ribetes más propagandísticos de «criado de los príncipes». Su actuación en ese año decisivo hay que achacarla a su convencimiento íntimo de que la tarea que de él esperan sus apasionados seguidores —hacer tabla rasa de la política anterior y comenzar de nuevo— era imposible. No hay que olvidar que Lutero es uno de los re-



Martin Lutero en 1526. Retrato de Lucas Cranach el Viejo. Gemende Söderfors, Estocolmo.

presentantes de la tolerancia europea y que este «reaccionario» defendió algunos de los más importantes derechos individuales, entre ellos el de la igualdad, estableciendo de esta forma algunas normas que recogerían las «revoluciones europeas» posteriores.

En este año decisivo, Lutero contrae matrimonio con Katharina von Bora. Este asunto requiere una atención especial. La



Katharina von Bora, esposa de Lutero. Cuadro del taller de Lucas Cranach el Viejo. Schlossmuseum, Stuttgart.

decisión se tomó y se puso en práctica con mucha rapidez. Este paso consciente debió de requerir un gran valor dada su posición pública. Con él alejaba definitivamente de su vida la Edad Media, el monacato y las ataduras legales del pasado. Dos razones destacan entre las que Lutero adujo. La primera se refiere a su padre, que desde la muerte de sus otros dos hijos había ex-

presado muy a menudo su deseo de que Martín Lutero se casase y perpetuase el apellido de la familia. Es de suponer que estas consideraciones contribuyeron a hacer madurar la decisión de Lutero. El, que tantas veces había ensalzado el matrimonio como querido por Dios, asumía ahora dicho estado. La otra razón es también de gran interés: Lutero veía su enlace bajo el prisma de un augurio escatológico, porque creía que su fin estaba próximo y los sucesos acaecidos durante la guerra de los campesinos habían fortalecido en él la idea de que estaba en peligro de muerte, lo que no parece en absoluto exagerado. En estas circunstancias, enfrentado a posibilidades muy sombrías, su matrimonio expresa su firme oposición religiosa, una reafirmación vital y un acatamiento de la ley divina, al mismo tiempo que un testimonio social que fortaleciera a sus inseguros seguidores. Katharina von Bora contribuyó con toda su firmeza a la decisión de Lutero. En definitiva, el acontecimiento rezuma una naturalidad carente de patetismo. La teoría de que Lutero dio este paso impulsado por apetencias sexuales es tan simple que no merece que nos detengamos en ella. Las circunstancias y la edad relativamente avanzada de Lutero (tenía cuarenta y dos años) contradicen esa teoría. Es importante la personalidad de la mujer que eligió, o que más bien, como dejan entrever ciertas alusiones, le eligió a él. Katharina von Bora procedía de una rancia estirpe de nobles sajones que, con el paso del tiempo, se había empobrecido. Ella y otras compañeras habían abandonado el convento con la aquiescencia de Lutero. Para Lutero fue la esposa ideal. Su matrimonio se caracterizó por esa mezcla de cariño, templanza y fidelidad que son, probablemente, la mejor receta de un matrimonio duradero. Nadie puso jamás en duda la felicidad del matrimonio. Katharina von Bora, que tenía un extraordinario sentido de la economía, fue administradora excelente de un hogar hospitalario que cada día acogía a más gente, en el que imperaba el placer por la conversación y la música y donde el cabeza de familia se caracterizaba por una caridad sin reservas. Ella fue una compañera con la que su esposo compartía los mismos problemas espirituales, tal como lo demuestran las confesiones reiteradas —y por ello muy importantes— de Lutero en su correspondencia y en conversaciones informales.

Durante los primeros meses del año, las polémicas de Lutero relativas al problema político planteado por la guerra de los campesinos le provocaron una gran fatiga física y psíquica. Esto hace aún más admirable que aún tuviera tiempo y fuerzas para escribir alguno de sus libros devotos más bellos, y sobre todo su



Lutero traduciendo al alemán el Nuevo Testamento. Estampa de una obra impresa en Wittenberg en 1530.

obra monumental sobre el libre albedrío. Con este libro contesta a Erasmo, el príncipe de los humanistas. A lo largo de sus páginas las ideas de Lutero se manifiestan con una fluidez y una fuerza insólitas. Lutero aprovechó la ocasión que Erasmo le había ofrecido. El gran humanista había elegido, posiblemente con premeditación, un tema teológico aparentemente lejano de su especialidad para entablar la polémica: la cuestión del libre albedrío. Erasmo creía que era una temática no sujeta a controversia y que Martín Lutero sería presa fácil de su agudo discurso. Pero Lutero recoge el guante y acepta el desafío, y en latín vigoroso y dinámico lleva el pensamiento de Erasmo hasta sus últimas consecuencias ideológicas para desembocar, en los pasajes culminantes de su obra, en una comprensión sin precedentes de la Historia y de la revelación de Dios en Cristo y en un esclarecimiento de la intervención de Dios en la Historia, así como en la iluminación de la oscuridad de la problemática filosófica del libre albedrío. *De servo arbitrio* es la obra teológica más rica y trascendental de Lutero.

Es la vida la que escribe la Historia. Acontecimientos que en apariencia no guardan ninguna relación entre sí se agolpan en este año predestinado de 1525. Si hacemos un análisis conjunto y global de todos ellos (de la espinosa cuestión de la guerra de los campesinos, con su polémica a dos bandas —contra los sublevados y contra los príncipes—, del matrimonio, de su obra literaria y de su estudio teológico) comprenderemos en una mirada retrospectiva el juicio de Theodor Briegers: «Lutero alcanza la cúspide de su gloria.»

10. Augsburgo

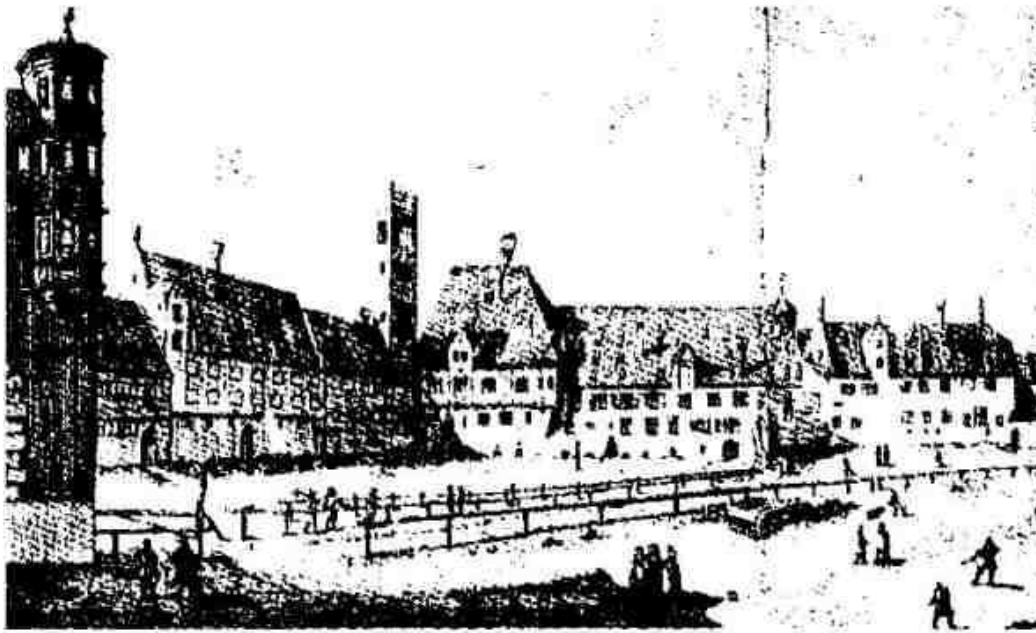
La década de 1521 a 1530 es el periodo clásico en el que la Reforma se configura políticamente; se abre en Worms y se cierra en Augsburgo. La historia de las Dietas del Imperio que jalonan las dos anteriores es interesante y variada: así, por ejemplo, la Dieta de Nuremberg (1523) en la que el recién elegido Adriano VI reconoció las culpas de la Iglesia Romana (¿qué hubiera sucedido si su inteligencia y firmeza religiosas hubieran determinado el futuro camino de la Iglesia?); o la segunda Dieta de Spira, que acuñó para los evangélicos el nombre de protestantes. Nosotros nos limitaremos a la Dieta de Augsburgo.

El emperador siempre quiso proceder contra la Reforma, pero las necesidades políticas de cada momento obstaculizaron sus intenciones. Su política exterior, no siempre determinada por consideraciones nacionalistas alemanas, supuso con frecuencia un respiro inesperado para los evangélicos, y esto no hacía más que confirmar el valor de la fe de Lutero, que sabía y afirmaba constantemente que hasta los poderosos de la tierra son marionetas dirigidas por Dios en el escenario de la Historia. Cuando hubo transcurrido la primera década de la Reforma se vio que no era sencillo extirpar la «herejía». Y así, en el fondo de la Reforma se hizo visible la actuación divina en la Historia.

La Dieta convocada en Augsburgo para el verano de 1530 lo aclararía de manera tajante.

Lo más característico de esta Dieta, históricamente la más importante de la Reforma después de la de Worms, es que Lutero no compareció en ella como actor, sino que confió a terceras personas la labor de defender y afianzar su obra.

Fue esta la primera verificación a que se sometió la Reforma. Al no participar Lutero en persona en las deliberaciones decisivas de Augsburgo, se demostró entonces ante todo el mundo que la Reforma no era una cuestión particular de Lutero, sino que afectaba a toda la Cristiandad.



Palacio episcopal de Augsburgo (casa central con torreón) donde tuvo lugar la lectura de la Confesión de Augsburgo. Grabado de Simon Grimm, 1680.

Lutero tuvo que permanecer al margen de la Dieta por la prohibición y proscripción imperial que recaía sobre él. La ciudad de Nuremberg, además, se había negado a albergar a Lutero durante la Dieta. Por estas y otras razones Lutero siguió su desarrollo desde la fortaleza de Coburgo (Veste Coburg), y esta Dieta sólo roza indirectamente la biografía de Lutero. Pero se le mantuvo continuamente informado, aunque él creía que las noticias eran escasas y lentas; se le consultó, aunque, en su opinión, poco y con frecuencia tarde; pero la divina providencia había escogido para ejecutar esta parte de la Reforma otros instrumentos al margen de Lutero.

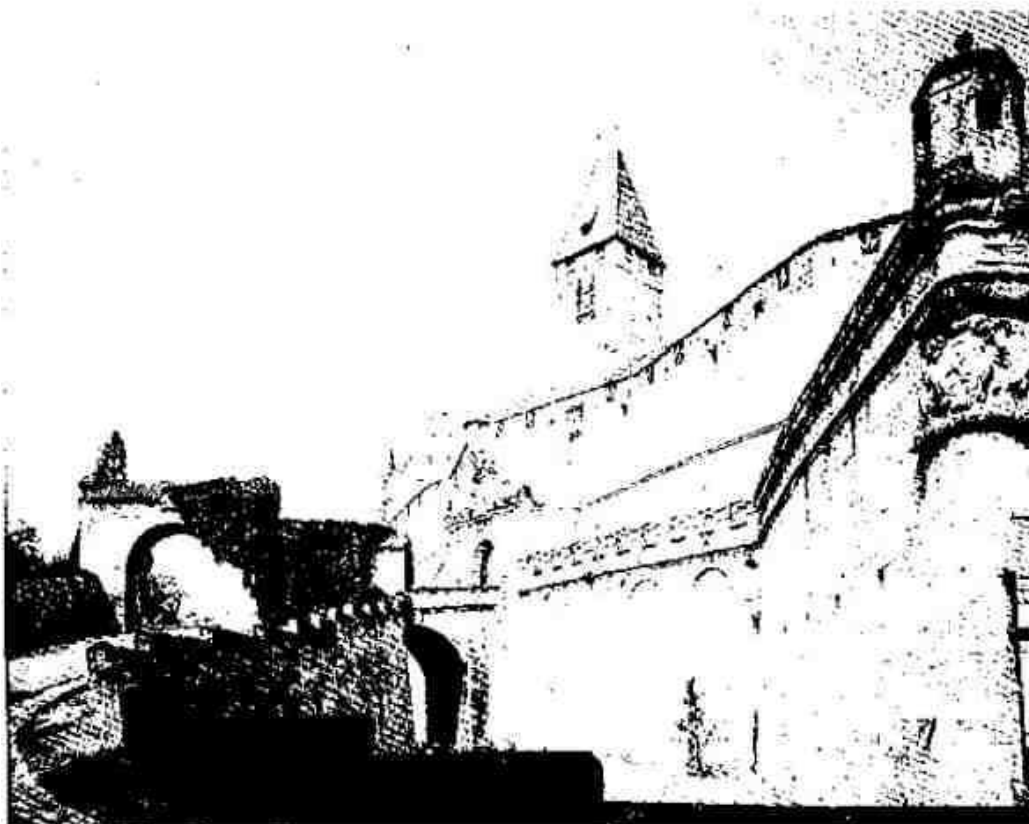
El mismo Lutero lo consideró así. Mas a pesar de su impaciencia no se separó ni un instante de los compañeros que tenían que llevar en Augsburgo todo el peso de la lucha, sobre todo de su amigo íntimo Melanchthon.

El «pueblo» gusta de heroísmos concretos y emite juicios esquemáticos sobre hechos complejos, pero también los intelectuales pueden caer en esquematismos semejantes. Estos factores han hecho que se hayan escrito muchos disparates sobre la actitud de Melanchthon en la Dieta de Augsburgo. La opinión más generalizada afirma que Melanchthon sustituyó el valor religioso mostrado por el intrépido Lutero en Worms por una táctica me-

drosa y por el juego diplomático. Hagamos a esto dos breves puntualizaciones.

En primer lugar, es notorio que Lutero no respaldó este juicio. Bien es verdad que en unas cartas inolvidables a su amigo, que asistía a la Dieta cargado de temores y dudas, intentó insuflarle resolución y valor religioso, pero convertir el consuelo en una crítica acerba es falsear la actitud de Lutero. Las cartas prueban la grandeza humana de este hombre, que admitía sin discusión la idiosincrasia de Melanchthon. No malinterpretemos el conocido juicio de Lutero sobre la *Confesión de Augsburgo*, que Melanchthon, tras aburridos debates políticos y teológicos, había escrito en un latín refinado y diáfano: «He leído con cierto apresuramiento la *Apología* de M. Philipsen: me gusta bastante y no me parece que haya nada que pueda mejorarse o cambiarse. Desde luego no sería yo quien lo hiciera, porque no sé andar con tantas sutilezas.» No son palabras irónicas, sino un elogio sin sombra de envidia a su amigo y a su trabajo. El juicio de Lu-

Castillo de Coburgo, residencia de Lutero mientras tenían lugar los acontecimientos de la Dieta de Augsburgo.





Philipp Melanchthon. Grabado en cobre de Alberto Durero.

tero sobre Augsburgo debe considerarse por tanto muy positivo. El mejor elogio que Lutero hizo a esta Dieta fue que «la palabra permaneció y nosotros con ella».

En segundo lugar, Melanchthon consideró desde un principio su deber hacer cuanto estuviera en su mano para que la escisión que amenazaba a la Cristiandad no se convirtiera en definitiva. Por ello juzgó muy halagüeño el giro utilizado por el emperador en su invitación, que pedía oír «la juiciosa opinión y criterio de cada cual», y del tono global de su informe teológico se desprendía que los evangelistas no habían fundado una nueva Iglesia. En un principio Melanchthon quiso reducir su parlamen-

to a los abusos de la Iglesia y al modo de subsanarlos. Al insistir la parte contraria, ciega y duramente, en la ruptura de los dogmas, Melanchthon habló también sobre los artículos de fe y otras cuestiones doctrinales que más tarde convirtieron la *Confesión de Augsburgo* en un documento clásico del protestantismo. Por motivos parecidos, Juan el Constante, elector de Sajonia (Federico había muerto en 1525), entendió que Melanchthon reflejaba la posición de Sajonia, y todos los príncipes y ciudades firmaron al pie del documento, lo que dio a la *Confessio*, cuando fue leída ante la Dieta, el rango de una declaración pública de principios. Como la parte opositora continuaba exigiendo a los evangélicos que se manifestaran públicamente en torno a las cuestiones en litigio e insistían en ello, el 25 de junio de 1530 tuvo lugar la lectura solemne ante el emperador y el Imperio. De esta manera, la *Confessio Augustana* devino, más por insistencia de los adversarios que por voluntad de los propios evangélicos, en la primera declaración pública de sus creencias.

La actitud de Melanchthon, sujeta tan a menudo a interpretaciones erróneas, es para el movimiento reformista un timbre de gloria, porque la Reforma luchó hasta el último momento por conservar la unidad religiosa de Occidente.

Hay que insistir en que Lutero coincidía en todo con Melanchthon excepto en un punto: estaba íntimamente convencido de que la unidad era ya insostenible, y su opinión demuestra una poderosa clarividencia histórica. Esta inquietud, ligada a una escisión religiosa en Occidente, no podía resultar indiferente a un espíritu humanista y heredero de toda la tradición occidental como el de Melanchthon, aunque a los ojos de Lutero era una preocupación temporal y terrena: en la lógica interna de Lutero era voluntad de Dios que él condujese a la Cristiandad a ese trance, y en consecuencia la mano de Dios sostendría a su Iglesia en el futuro bajo cualquier otra forma de configuración histórica.

El juicio superficial apuntado arriba es injusto porque menosprecia las resoluciones agudas y diáfanas de la *Confessio Augustana*. Así, por ejemplo, el artículo quinto que trata sobre el ministerio de la predicación, supone, si no se tergiversa, una crítica válida hasta hoy del jerarquismo de la Iglesia católica romana; y el último artículo, referente a «la autoridad de los obispos», diferencia, con un lenguaje mesurado en la forma y claro en el fondo, entre la autoridad espiritual y la terrena, puntualización que en la actualidad no ha perdido nada de su vigencia.

Pero, entre tanto se desarrollaban los acontecimientos, Lutero permanecía ocioso en Veste Coburg. La impaciencia, acre-



centada por la distancia y el aislamiento a que estaba sometido su espíritu apasionado, se traducían en juicios no siempre justos acerca de la información escasa que le aportaban los amigos. A la vista de su situación, su actitud es comprensible, sobre todo porque hacía cuanto estaba a su alcance por fortalecer la fe de sus hermanos de Augsburgo. Movidó por este deseo, dio algunos de los bellos testimonios de sus creencias. Sus cartas de este período, sobre todo, son una fuente de consuelo religioso y de perseverancia en su fe.

El 2 de octubre de 1530, dos días antes de marchar de Veste Coburg, Lutero predicó un sermón tajante que resumía sus



La Dieta reunida en 1530 escucha la lectura de la denominada Confesión de Augsburgo, profesión de fe luterana redactada por el teólogo y humanista Melanchthon.

creencias con la mirada puesta en la Dieta de Augsburgo: el emperador y los Estados del Imperio habían rechazado la *Confessio* y no habían prestado atención alguna a la *Apología*, que suponía una defensa de la anterior frente a las réplicas de sus adversarios; la naciente Iglesia luterana, sin embargo, ya no precisaba protección pública. Por ello Lutero afirmó desde el púlpito: «Si quieren ser indulgentes con nosotros, que lo sean en nombre de Dios; en caso contrario, que dejen las cosas como están. A nosotros ¿qué nos importa? El poder del Cielo está por encima de la tierra, así que ésta, pese a todas las convulsiones, nunca someterá al Cielo; si fuesen inteligentes preguntarían su parecer a

Dios Nuestro Señor; si no es designio de Dios, dejadles que hagan o piensen lo que quieran, porque así está escrito: el Señor que mora en el Cielo hace mofa y escarnio de ellos, y los arrojará abajo.» Es, pues, Dios, que ha creado el mundo de la nada, el que resucita a los muertos y el que confiere existencia al que no es (Rom. 4, 17). Por amplias que sean las posibilidades terrenas en el mundo de los poderosos, la verdadera fe tiene que aprender, como afirma Lutero con formulación radical, «a asentarse sobre la nada». Porque Dios, Creador a partir de la nada, sobrepasa todos los poderes terrenales.

La Historia ha confirmado el pensamiento religioso de Lutero.

11. Esmalcalda

Los artículos de Esmalcalda ejemplarizan el rumbo político, religioso y teológico que tomó la Reforma, escindiéndose de la Iglesia vieja y creando una nueva. Esos escritos son la mejor confesión de la Iglesia luterana. En ellos se enfrentan por primera vez cara a cara la Iglesia reformada y la vieja Iglesia; ya no es una lucha intraeclesial como en la *Confesión de Augsburgo*. Por primera vez Lutero se detiene a pensar serenamente la posibilidad de una reunificación y no le queda otro remedio que concluir que se ha consumado una ruptura histórica. En consecuencia, se desembaraza de ataduras inexistentes y descubre que, por inspiración divina, el movimiento se ha convertido en Iglesia. Ya no es una mera Reforma intraeclesial, ni una «tendencia teológica», ni un asunto particular o meramente alemán. Todas estas hipótesis, que hubieran sido válidas en la época de la *Confessio Augustana*, ya no lo son porque ha surgido algo nuevo.

Otro hecho subraya este estado de cosas: los artículos de Esmalcalda constituyen una especie de testamento teológico y espiritual de Lutero, y muestran al mismo tiempo un paralelismo muy curioso con un acontecimiento del pasado. Así como Lutero se mantuvo al margen de la Dieta de Augsburgo, durante la que sólo pudo acompañar a sus hermanos con sus oraciones y su consejo desde Veste Coburg, tampoco en Esmalcalda pudo presentar ni defender en persona los artículos redactados expresamente para dicha ocasión, porque, apenas llegó allí acompañado por su elector a comienzos de febrero de 1537, enfermó de muerte. Según relata Johannes Mathesius, Lutero pidió que lo sacaran de Esmalcalda, «se entregó a la oración e hizo una breve profesión de fe en Cristo: Lutero permanecía en él y en su palabra, sin atenerse en lo más profundo de su alma a otra justicia que a la cara sangre de Cristo, cuya misericordia perdona los pecados a todos cuantos creen en ella. Lutero, ya en el carruaje, manifestó sus últimos deseos e hizo testamento». Los que le ro-



Johannes Bugenhagen.
Retrato de Lucas Cranach
el Viejo, 1532.

Foto Klenhemp, Kunsthalle, Hamburgo

Retrato de Lutero por
Heinrich Aldegrever.
Grabado conservado
en la Biblioteca
Nacional de París.

deaban estaban convencidos de que el final se avecinaba; su elector, que había hecho todo lo posible para salvarle, consideró su estado tan crítico que mandó avisar a Katharina, la esposa de Lutero, para que pudiera verle con vida antes de emprender el viaje. Lutero también creía que la hora de su muerte se acercaba: «En suma, me encuentro al borde de la muerte, y os encomiendo a ti y al niño a Dios», escribe Lutero el 27 de febrero en Tambach, donde su enfermedad experimenta una súbita mejoría. Esa misma noche escribe a su amigo Melanchthon una cariñosa carta comunicándole su pronto restablecimiento y achacándolo a las plegarias de su amigo: «Este ejemplo nos demuestra el poder de la oración, con cuyo concurso podemos atrevernos a esperar la ayuda del Cielo», afirma en su misiva. Grande debió de ser la sorpresa de sus amigos cuando Schlaginhauffen, un acompañante de Lutero, regresó a Esmalcalda en la madrugada del 28 de febrero gritando lleno de júbilo: «¡Lutherus vivit!» («¡Lutero vive!»).



Pero echemos ahora una mirada retrospectiva al cuadro histórico. El 7 de noviembre de 1536 Martín Lutero y Bugenhagen habían acudido al castillo del elector en Wittenberg para entrevistarse con Pietro Paolo Vergerio, enviado del papa, que la noche anterior había entrado en la ciudad con su séquito, siendo recibido con todos los honores. Según una antigua crónica, parece ser que durante el trayecto Lutero afirmó: «Mira, ahí va el papa alemán y el cardinalis Pomeranus», añadiendo a continuación con aire grave: «Instrumentos de Dios.» Este nuevo encuentro con el legado pontificio fue muy distinto al de diecisiete años atrás en Augsburgo, cuando se arrodilló ante Cayetano. La conversación subsiguiente en el castillo constituye una prueba adicional de que Lutero ya hacía tiempo que se había trazado su camino. Lutero, con palabras serenas pero llenas de firmeza, dudó de la sinceridad del pontífice con respecto al proyectado concilio. La entrevista no produjo resultados concretos y terminó sin

acuerdos, pese a la experiencia, astucia y moderación de Vergerio, que se marchó convencido de que había tenido que vérselas con un «loco». Pero mientras el representante pontificio atravesaba al galope las puertas de Wittenberg, no se imaginaba que él mismo sería en el futuro un enemigo encarnizado de Roma y un colaborador de la nueva Iglesia en el sur de Alemania, en Suiza y en el Tirol.

Aparentemente la sede papal se tomaba con calma los planes de convocar un concilio. A fines de 1536, tras algunas vacilaciones, la impresión general era que el concilio se inauguraría en Mantua el próximo mes de mayo. Contando con ello, el elector encargó a Lutero a principios de diciembre de 1536 que redactara un documento como base de discusión. El mensaje del elector aconsejaba a Lutero que «reflejase sus ideas y opiniones en una obra divina que resumiese su pensamiento y fuese una especie de testamento mundano antes del juicio de Dios Todopoderoso». El 19 de diciembre, cuando el trabajo comprendía ya dieciséis hojas, Lutero cayó enfermo y tuvo que continuar su tarea trabajando al dictado. Esas Navidades, Melanchthon, Bugenhagen, Jonas, Cruciger, Amsdorf, Spalatin y Agricola discutieron los artículos y les dieron forma definitiva; el 3 de enero de 1537 se los enviaron al elector Juan Federico el Magnánimo, que les contestó henchido de alegría el 7 de enero: «Dios Todopoderoso nos otorgue a todos nosotros Su Gracia a través de Nuestro Señor Jesucristo para que nos atengamos a ello con fe firme y verdadera y no haya poder en la tierra capaz de desviarnos del camino trazado. Queremos poner nuestra empresa, nuestra tierra y nuestras gentes bajo la advocación de Dios, puesto que El dice que hasta los cabellos de nuestras cabezas están contados y no caerá ni uno solo sin su consentimiento (Mat. 10, 30); si es Su Voluntad, El librará del peligro a nuestro hermano, a nosotros y a nuestros hijos, a nuestro país y a sus gentes, y en eso confiamos. Es El quien nos ha elegido Príncipe, y nos mantendrá si es su deseo. En caso contrario, todas las preocupaciones y esfuerzos serán inútiles y se cumplirán sus designios.» Tal era el pensamiento del elector, quien estaba firmemente decidido a comprometer en él a sus otros correligionarios con vistas a la proyectada reunión de Esmalcalda a principios de febrero.

Ultima página de los Artículos, con las firmas de quienes los suscribieron y una posdata manuscrita de Melanchthon. ►

Martinus Luth. d. Pfst.

Justus Jonas d. Rector Pfst. manni ff. 2a.

Joannes Bengelagen pauer Doctor Pfst.

Caspar Crüdtiger d. Pfst.

Philipp Amshuff Pfst. magdeburger

Georgius Spalatinus Pfst. Altmünster.

Nich. philippus Melancthon b. d. d.

abgeord. arch. d. l. d. d. d. d. d. d. d.

christoph. d. d. d. d. d. d. d. d. d.

so der das d. d. d. d. d. d. d. d. d.

das d. d. d. d. d. d. d. d. d.

ein d. d. d. d. d. d. d. d. d.

and d. d. d. d. d. d. d. d. d.

müßig, die d. d. d. d. d. d. d. d. d.

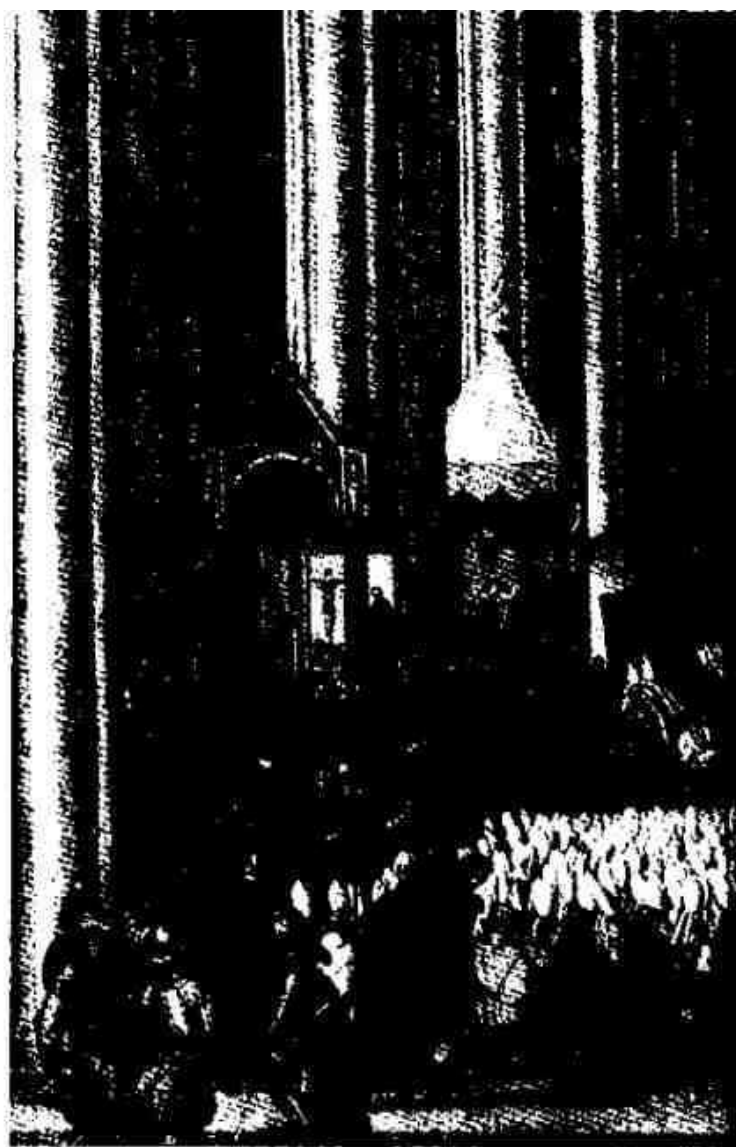
Epist. d. d. d. d. d. d. d. d. d.

and d. d. d. d. d. d. d. d. d.

Joannes Agricola Epist. Pfst.

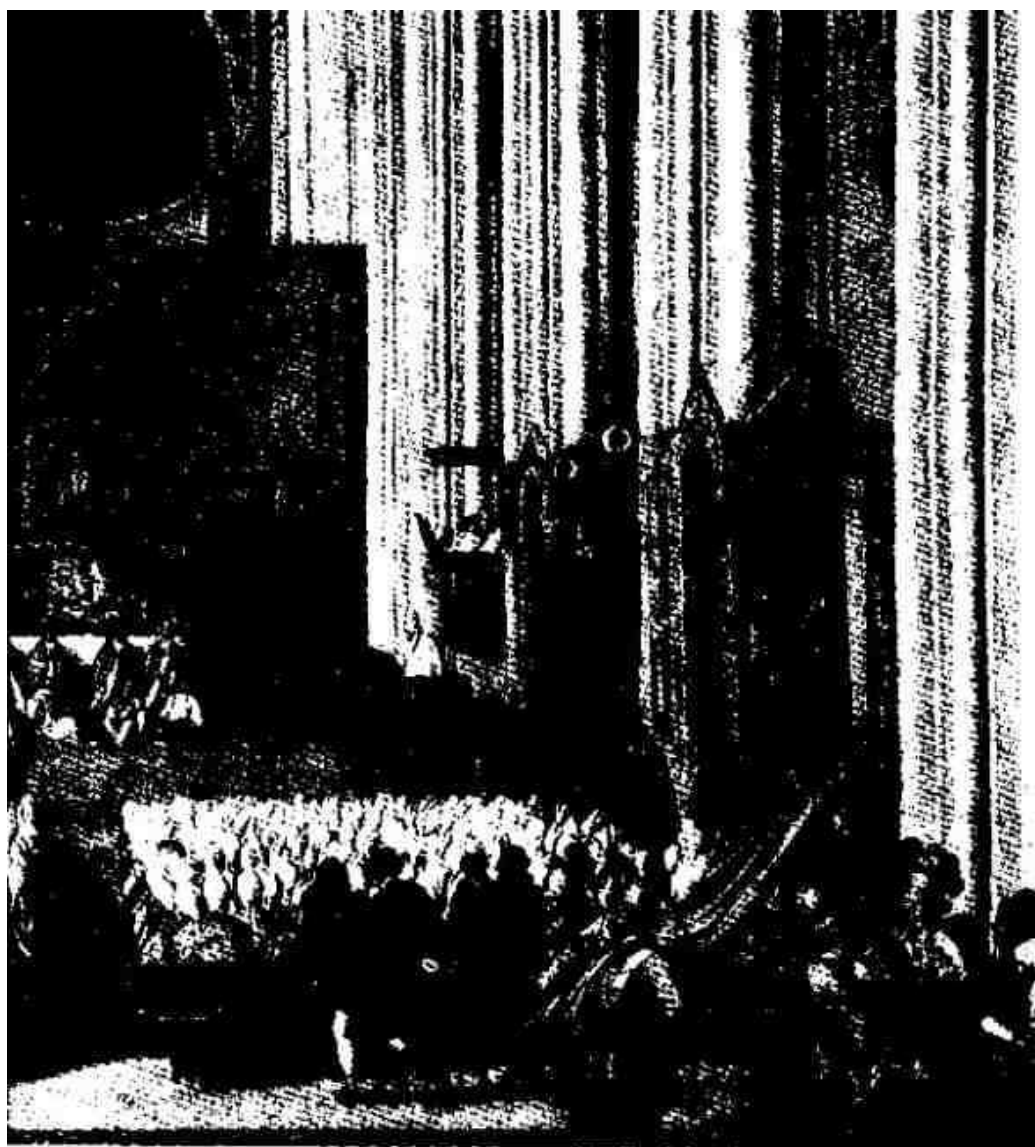
Georgius d. d. d. d. d. d. d. d. d.

Una de las sesiones
del Concilio de
Trento captada por
un pintor anónimo de
la escuela veneciana.
Museo del Louvre,
París.



Pero sus expectativas no se cumplieron: ausente Lutero por su enfermedad, los delegados, siguiendo el consejo de Melancthon, se limitaron a discutir la *Confesión de Augsburgo* y la *Apolo-gía*. En realidad, los *Artículos de Esmalcalda* no fueron tenidos en cuenta en la asamblea, y los teólogos asistentes los firmaron al finalizar los debates. Estos escritos alcanzaron una rápida di-fusión en Alemania y en 1580 fueron incluidos entre los docu-mentos esenciales de la Iglesia evangélica.

La segunda parte de estos artículos contienen los puntos esenciales. Primero se enumeran los puntos en los que no hay



discrepancias con Roma, y a continuación se examinan las cuestiones en litigio con comentarios breves y agudos: la doctrina de la justificación por la fe, la misa y fenómenos conexos, las órdenes monásticas y, sobre todo, el papado. Destacan en ellos la escritura precisa y serena, en la que ya no hay ánimo de polemizar, sino que evidencia una decisión firme e irrenunciable. Revelan también la asunción de responsabilidades pastorales, es decir, el deseo de no abandonar a la Iglesia a errores ya conocidos. Un ejemplo muy claro es la ordenación y consagración de los obispos. Cuando los evangélicos decidieron ordenar ellos mis-

mos a sus pastores y elegir a sus obispos, no les guiaba un mero afán de rebeldía sino el compromiso pastoral: las luchas religiosas no deben impedir que la Iglesia tenga pastores.

Muchos de los pensamientos de Lutero sobre el Evangelio, sobre el bautismo, la comunión, la confesión y la excomunión, inciden en este punto.

Una de las críticas más duras de Lutero al pontificado le acusaba de «orgullosa entusiasmación». Este término —tomado por Lutero en su más pura acepción etimológica— designa el deseo funesto del hombre de pretender igualarse a Dios; de este error —según Lutero— derivan todos los demás, y sobre todo el más importante: la negativa a ceñirse a la revelación de Dios: «El entusiasmo afectó a Adán y afectará a todos sus descendientes hasta el fin de los tiempos; es fruto del viejo dragón que todos llevamos dentro y que pugna por salir, y... origen y componente básico de toda herejía. Por ello insistimos tanto en que Dios sólo nos aconseja por medio de su palabra revelada y sus sacramentos.» Estas frases ponen de manifiesto el profundo abismo historiorreligioso que separa a ambas Iglesias y que ya no se cerrará. Se ha operado un corte histórico y eclesial: ha surgido la Iglesia de la Reforma y ya no puede retroceder.

La situación de la joven Iglesia reformista responde a esta concepción serena y dinámica. Roma era ya consciente de la escisión, y en cuanto se dio cuenta de la inutilidad de todos sus esfuerzos, se dispuso a emprender una tarea más difícil y más honda, que comenzaría ocho años más tarde con el Concilio de Trento: la Contrarreforma. A su vez, los evangélicos concibieron el osado proyecto de un concilio protestante que configurara y estructurara la doctrina y prácticas de su Iglesia. El año anterior (1536) había tenido lugar en la Concordia de Wittenberg la unificación con los evangelistas del sur de Alemania, tarea promovida por Lutero tras el fracaso del coloquio de Marburgo con Zuinglio (1529). Parecía haber llegado el momento de unificar las diversas ramas de los evangélicos, aunque a la postre tales esperanzas no se cumplieron. Los artículos redactados por Lutero reflejan los comienzos prometedores de la Iglesia de la Reforma, y constituyen el primer testimonio vigoroso de la nueva conciencia eclesial de Lutero; en nuestra opinión son el punto culminante de su evolución espiritual.

Para resumir el influjo producido por los artículos de Esmalcalda, hay que insistir en una idea que la Reforma no se cansó de recalcar: el movimiento reformador no pretendía destruir la Iglesia establecida para edificar otra sobre sus cenizas. La meta

Huldreich Zwingli.

ANNO DOMINI
M. D. XXXI. DIE OCTO
BRIS VNDECIMA. AE-
TATIS SVAE XLVIII.



Ulrico Zuinglio (1448-1531), el hombre que llevó a cabo la reforma religiosa en Suiza. Retrato por un pintor anónimo.

de la Reforma era restablecer la Iglesia cristiana de los orígenes basada en el Nuevo Testamento —de ahí los continuos recursos a las Sagradas Escrituras—, es decir, la Iglesia primitiva —de ahí su adhesión sin condiciones a su concepción de la fe—. La nueva Iglesia era una Reforma, no una rebelión.

El movimiento reformador se identificó con el destino de Alemania, y es una de las aportaciones más notables de este país a la Historia Universal. Tiene, además, connotaciones muy específicas: desde el primer momento la Reforma aparece ligada al poder político, y precisamente a través de la Iglesia nacional delegó en los príncipes la autoridad externa en cuestiones eclesiásticas.

Una de las críticas más corrientes censura a Lutero el haber puesto a su Iglesia en manos ajenas a ella misma. En este punto coinciden los teóricos alemanes y los partidarios anglosajones del ecumenismo. Pero estos últimos olvidan que la Iglesia anglicana no derivó de enfrentamientos teológicos, sino que fue obra del capricho dinástico de uno de sus monarcas. Por otro lado, ciertos teólogos «luteranos» dieron toda clase de bendiciones teológicas a esa sujeción de la Iglesia luterana al poder político. Esta supeditación de lo teológico o lo eclesiástico a lo político o geográfico, en el caso de Alemania, es tan contradictoria como el origen de la Iglesia anglicana.

Para emitir un juicio imparcial hay que considerar todos los factores de esa situación histórica. Al iniciarse la Reforma, el Imperio no era más que la sombra de una idea que en otros tiempos fue poderosa y uno de los motores de la Historia. Hacía un siglo que en Europa se estaba perfilando una poderosa fuerza histórica: el sentimiento nacionalista. Dado que el Imperio estaba ligado a responsabilidades supranacionales, en Alemania los portavoces de esta nueva fuerza histórica fueron los príncipes.

El movimiento político es, pues, paralelo al religioso y ambos confluyen en un determinado momento histórico: Esmalcalda, en febrero de 1537.

Esmalcalda se relaciona mucho más con la política que con la religión, y está unida de forma indisoluble a aquella Liga de gran envergadura concertada por los príncipes que profesaban el evangelismo para proteger sus propios principados y las ciudades evangélicas. Por más que haya rasgos que puedan deslucir el carácter político de esta alianza y por doloroso que fuera el destino de su cerebro político, el landgrave Felipe de Hesse, es innegable que esta opción representa una de las concepciones políticas más importantes del siglo de la Reforma. Cuanto más se ampliaba la esfera de influencia de la Liga —en la que entraron al final incluso duques bávaros católicos— y cuanto más poder cobraba la alianza contraria, la Liga de Nuremberg integrada por los católicos, tanto más se acercaban por el horizonte los acontecimientos de la historia europea cuyo poder habría de descargarse con ímpetu sangriento apenas un siglo después.

El reformador. Retrato de Lutero, obra de Lucas Cranach el Viejo, realizado hacia 1543. Es una miniatura recogida en el álbum del pintor. ►

En los trances amargos y difíciles del Imperio los evangélicos se comportaron con total lealtad. Aunque Lutero siempre consideró la amenaza turca como extraordinariamente grave, no hay en él ningún indicio que autorice a pensar que en algún momento pensase sacar provecho de esta precaria situación política.

La política del Imperio estaba determinada entonces por el deseo de mantener la unidad política y la religiosa. La alternativa tardaría aún un siglo: la escisión religiosa era el precio de la unión política. En Alemania y en el marco de la Reforma luterana este proceso histórico fue más largo y doloroso que el de la iglesia calvinista. En este último caso la evolución fue mucho más rápida, más fluida y más brusca, evidentemente no sólo por la lógica interna del sistema calvinista; y Francia eliminó con métodos sangrientos a muchos de sus mejores hijos.

Las razones de esta evolución diferente de Alemania hay que buscarlas en el hecho de que hubo príncipes que se convirtieron en adalides de la Reforma, uno de ellos el propio elector de Lutero cuya actitud personal antes y después de Esmalcalda fue intachable.

A pesar de todo, Lutero siempre se mantuvo un poco al margen de la evolución política, a la que contemplaba con desconfianza. Procuró siempre desterrar cualquier motivación política de la misión de la Reforma, que consistía en predicar el Evangelio. Este parecer suyo —considerado históricamente— salvó a la Reforma. Tampoco en Esmalcalda defendió Lutero metas políticas; su única preocupación fue velar por la pureza de la proclamación del Evangelio. La fuerza de sus artículos no reside en la comprensión aguda del momento político sino en la claridad y comprensión con que la Reforma se protegió de cualquier intento de manipulación política.

La única preocupación política de la Reforma durante años se encaminó a conservar para Alemania el legítimo Evangelio. «Nuestros pecados nos oprimen y no permiten a Dios ser indulgente con nosotros»: he aquí la explicación de Lutero a la idea de que la Reforma debía denunciar también los abusos cometidos contra el pueblo. La Reforma sólo se propone una tarea en Alemania: anunciar que la palabra de Dios sigue vigente y tiene que ser escuchada. De ahí que la preocupación de Lutero por su pueblo se resuma en esa concepción suya tan patente en los artículos de Esmalcalda: no se trata de trabajar en favor del proyectado Concilio de Mantua (en el que, con razón, ya nadie creía); la única preocupación es «rogar a Dios para que no mande a sus ángeles a que destruyan a Alemania como Sodoma

y Gomorra por ser tan impíos»; éste es el verdadero sentido de esa oración conmovedora que cierra el prefacio de Lutero: «Oh, amado Señor Jesucristo, redime a los tuyos para tu prometedor futuro [segunda venida] (...) ayúdanos a nosotros que estamos pobres y afligidos, que tendemos, llorando, hacia Ti y te buscamos con todas nuestras fuerzas, a alcanzar la gracia que nos diste por tu sagrado espíritu. Tú, que vives y reinas con el Padre por los siglos de los siglos, seas eternamente alabado. Amén.»

12. El legado de Lutero

El 18 de febrero de 1546, en la misma ciudad de Eisleben en la que había nacido sesenta y dos años antes, moría Lutero. Se cerraba así su círculo vital extenso e influyente como pocos: su niñez en la casa paterna del minero y futuro empresario Hans Luther, sus años de estudios escolares y universitarios, la vida monástica y por fin la cátedra (Worms, Augsburgo, Esmalcalda y la omnipresente Wittenberg).

El Saale y el Elba bajaban crecidos en los últimos días de enero cuando Lutero emprendió el viaje respondiendo a la exhortación de los condes de Mansfeld, que le habían pedido su mediación en ciertos desacuerdos familiares. Lutero, un hombre ya viejo que en los últimos años había sufrido diversas enfermedades, no desoyó esta llamada de su patria chica y se puso en camino dispuesto a sortear todos los obstáculos. El viaje invernal efectuado en condiciones penosas le afectó: soplaban un viento del norte gélido, y Lutero, helado y con lacerantes dolores de cabeza, alcanzó el territorio de Mansfeld donde le esperaba un séquito de ciento trece jinetes. En Mansfeld se recuperó un poco de las penalidades del viaje, se encargó de las delicadas gestiones de los condes, y tuvo aún tiempo para predicar, practicar los actos de culto e impartir consejo a los muchos que se lo solicitaron.

La noche del 17 de febrero le sobrevino un violento ataque de su enfermedad; se le aplicaron los remedios que otras veces habían dado tan buenos resultados, y logró superarlo; pero en las primeras horas del 18 de febrero los ataques se manifestaron de nuevo. Los que le rodeaban, reconociendo que la situación era crítica, mandaron llamar al médico y a los condes. Todos se esforzaron por alargar una vida que declinaba lentamente. Se le oyó rezar, y su acompañante Justus Jonas recogió sus palabras: «Oh, Dios del Cielo y Padre de Nuestro Señor Jesucristo, Tú,

Martin Lutero en su cátedra, según dibujo de Reifenstein (1545). Lutherhalle, Wittenberg. ►

• D • M • Lūtherus

Petrus etiam vivens maries et ignors et

PAPA

+
Anno

+
21 . 5 . 4 . 5



Etatis sua

53 vivens
imprecher
54 mori
me
+

+
Obijt mortem[†] 18 Februarij
melle intra horam 2 et tertia
Et vixit[†] 2 eiusdem mensis
septembris in vice septuaginta
Et MORTVVS VIVIT

Dios de todo consuelo, gracias por haberme revelado a tu hijo amado Jesucristo: creo en El, he predicado Su Nombre, lo he amado y bendecido mientras el papa y los impíos lo profanaban, perseguían y blasfemaban de El. A Ti, mi señor Jesucristo, encomiendo mi alma. Ahora, Padre Celestial, que ha llegado el momento de abandonar este cuerpo, de ser arrancado de la vida, sé que permaneceré eternamente junto a Ti y ya nadie podrá arrancarme de tu lado.» Luego rezó una y otra vez los versículos «En tus manos, Dios mío, encomiendo mi espíritu». Cuando en la agonía el silencio se iba apoderando de su boca, sus discípulos y colaboradores más fieles le preguntaron: «¿Estáis dispuesto a morir perseverando en Cristo y en la doctrina que habéis predicado?» Lutero todavía tuvo fuerzas para responder con voz clara: Sí, y poco después, «como afirma el canto de Simeón, se durmió plácida y apaciblemente en el Señor». Todos los documentos escritos poco después de su muerte insisten en la importancia de su obra, pero no captan por completo el poderoso influjo histórico que habría de ejercer su pensamiento.

Lutero, al morir en Eisleben casi veinticinco años después de la Dieta de Worms, ya no era el héroe popular de otros tiempos ni el alma de una decisión de trascendencia histórica. Incluso podría parecer que su persona se había convertido en algo cotidiano: envejecido y afectado por numerosos padecimientos físicos, su cuerpo había aumentado de peso, y el mundo en que tenía que vivir no era precisamente de color de rosa. A los ojos de todos, y en su propia intimidad, aleteaban más las desilusiones que las esperanzas. Este capítulo de la Reforma que se cierra con la muerte de Lutero aparece iluminado por la luz incolora de la resignación, y en un examen superficial es tan poco atractivo que los medios religiosos e intelectuales, incluso ciertos investigadores, soslayan el estadio de la «vejez de Lutero».

Y sin embargo nada más alejado de la realidad: Lutero fue fiel hasta el último minuto a su propio pensamiento; él siempre enseñó que es la fe lo que justifica a los pecadores, y esta coherencia interna es el mejor fundamento de la grandeza histórica del «viejo Lutero». Su vida termina con la serenidad sublime de no haber modificado sus juicios sobre las personas, las situaciones y el mundo, actitud que, pese a todo, no desemboca en la resignación, la desesperación o el temor.

Estas afirmaciones sirven también para el terreno político, en el que Lutero reconoció, con indiferencia, su falta de visión y sus escasas dotes de visionario. Acogió con reservas la política imperial, incluso en los días más apacibles; pero en sus últimos



Dibujo de Lukas Furttenagel que reproduce el rostro de Lutero muerto. El gran reformador, simul justus et peccator («a la vez, justo y pecador»), murió en 1546.

años fue uno de los que percibió con nitidez la gran amenaza que suponía para la política internacional el peligro turco. Lutero censuró siempre las guerras que los nobles alemanes y europeos entablaban entre sí debilitando la Cristiandad frente a la amenaza turca, y no ahorró palabras mordaces y llenas de santa indignación para calificar su conducta. Las aportaciones fundamentales de Lutero a la política están motivadas por el peligro que suponía para la Cristiandad el creciente poderío turco.

En el campo más específico de lo religioso, Lutero muestra la misma sobriedad; sus proyectos no llevan el sello exaltado del «fanatismo». El hecho de que desde 1529 insista en la educación religiosa, demuestra que Lutero no se hacía ilusiones sobre las personas que le seguían: él no veía a sus adeptos conscientes de su tarea religiosa, sino que los consideraba gentes ignorantes necesitadas de la enseñanza y la predicación. De acuerdo con esta concepción, no era el suyo un juicio teñido de desprecio o reprobación, sino una mezcla de alegría y pena. Lutero manifestó en más de una ocasión que lo que más daño podría causar al demonio era la educación y la disciplina de los jóvenes, y estimuló a los padres, maestros y autoridades municipales para que cumplieran fielmente sus deberes para con la juventud. Lutero fue muy consciente de que la predicación cristiana no transforma de una manera mágica el mundo, y de que la proclamación del Evangelio será una pugna con Satán hasta el fin de los tiempos. Lutero, cuando ve que su querida Wittenberg presta cada día menos oídos a la palabra de Dios, cuando se convence de que los estudiantes persisten en perseguir banalidades, no lo piensa más y en 1545 abandona un lugar que desoye la palabra de Dios, aunque el ayuntamiento, tras grandes esfuerzos, al ver que iba a perder de forma tan poco honrosa a su conciudadano más famoso, logró convencerle para que regresara. Aquí es inevitable la comparación con Calvino: cierto es que éste cristianizó Ginebra mientras vivió, pero ¿acaso por ello Lutero debe gozar de menor consideración? ¿Logró Calvino preservar a su ciudad de Rousseau? ¿Existe realmente un orden vital externo regulado por completo por el Evangelio? A decir verdad, Lutero fue el más consecuente de ambos porque, como maestro y como predicador del Evangelio, evitó actuar con cualquier otro medio que no fuera la palabra. Así lo demuestra el largo proceso religioso. Lutero fue un hombre alejado del doctrinarismo; no descendió a regular detalles, y admitió todo lo que no contradijera el Evangelio. Hay que insistir en ello: Lutero no fue un ergotista, sino un hombre que creía en la misericordia y en el perdón de Dios. Ninguno de los órdenes de este mundo manifiesta de manera tan palpable y exclusiva la voluntad divina; es éste un conocimiento reservado al mundo futuro, y en consecuencia, la vida transcurre dentro de las mismas coordenadas para justos y para pecadores. Pero el que necesita el perdón sabrá también, incluso en los aspectos hu-

Portada de la última edición revisada por Lutero del Nuevo Testamento, impresa por Hans Lufft en 1546. ►

ORAVIT, DOCVIT, CHRISTVS. FIT VICTIMA. VICTOR.

Das newe Testament. auff's new zugericht.



Doct: Mart: Luth:
Witeberg.

gedruckt durch Hans Lust.

1 5 4 6.

VETVS
NOVVM

Testamentum

1546

manos externos y políticos, cuándo nos debemos tolerancia y perdón mutuos. Por todo ello, Lutero no hubiera sido un miembro idóneo de cualquier organismo estatal dictatorial, porque en su pensamiento no tenía cabida ese doctrinarismo intransigente característico de todos los dictadores. En Lutero la generosidad del auténtico genio se manifiesta a través de su fe en Dios, cuya gracia preserva por sí misma al mundo del caos. Es un gran error considerar que el anciano Lutero es un hombre sumido en el descontento y en la resignación, porque él sabe perfectamente que la vida y el orden mundano se mantienen pese a su aparente fragilidad y a las graves deficiencias humanas.

Lógicamente también es falso el juicio de que el «viejo Lutero» ya no es, teológicamente hablando, el mismo que el de sus primeros tiempos. A lo largo de toda su vida su línea fue la misma, y no se separó de ella ni un ápice: siempre se atuvo a una misma teología, la *theologia crucis*, orientación que late en su testimonio sobrio y estimulado por una esperanza escatológica cada vez más poderosa. La tentación es una de las características esenciales de la condición cristiana auténtica, de la misma manera que la persecución y la opresión son los distintivos básicos de la auténtica Iglesia; el cristiano y su Iglesia recorren el camino que su Maestro recorrió antes que ellos y en favor de ellos, es decir, el camino de la Pasión, con la meta puesta, por encima de las fatigas terrenales, en la consumación de la Historia, en el gran día de Dios, hacia el que está abocado todo acontecer terreno. Esta concepción suya no es una imagen fatigosa de la Historia, marcada por la renuncia, sino la visión de que Dios es su motor.

Es, pues, erróneo creer que la teología de Lutero perdió vigor o penetración objetiva con el paso del tiempo. Precisamente en la última década de su vida dio a luz sus comentarios sobre el primer libro de Moisés, en los que —al igual que ocurrió con Tiziano, cuya obra de madurez se manifiesta con poderío inigualable, o con el anciano Goethe, dedicado a la segunda parte del *Fausto*— desarrolla algunas de sus más importantes concepciones teológicas: la esencia de la revelación y la significación del antropomorfismo; la atribución de atributos humanos a Dios; la teoría espléndida de la personalidad del hombre según la Biblia; la explicitación de las raíces profundas del miedo a la muerte dentro de la antropología bíblico-reformista...

Con todo, lo más importante del último periodo de su vida es que su pensamiento teológico y su condición de cristiano se amalgaman de modo inseparable. El sí que da al morir al conjunto de su pensamiento define también su situación como cristia-

no. Lutero es *simul justus et peccator*, justo y pecador al mismo tiempo; él vive porque Dios justifica al pecador. No es de extrañar que Lutero, a medida que va haciéndose viejo, huya de cualesquiera actitudes teatrales. Lutero fue muy consciente de su posición en la Historia, y en numerosas ocasiones lo demostró; vivió hasta el final sin afectación de ningún tipo, y sin atisbos de aquella fría dignidad del consejero privado Goethe que lo hizo tan inaccesible en su vejez. Lutero ofrece hasta su muerte la imagen de un hombre sin artificios: amistoso o colérico, serio o alegre, pero siempre sobrio y lleno de fe.

Permaneció tranquilo hasta el final. Hubiera sido lógico que demostrara de alguna manera sentimientos de abatimiento o de renuncia, sometido como estaba a padecimientos físicos y espirituales. Y, sin embargo, nunca se cansó de repetir que todos los enemigos del Evangelio nada lograrían: «El que está sobre nosotros predomina sobre los poderosos de la tierra.» Cristo es más poderoso que Satán: «*Christus Satana major.*»

Aquella hoja que se encontró tras su muerte y que contiene su último pensamiento es la mejor síntesis de toda su obra: «Que nadie se atreva a afirmar que conoce lo bastante las Sagradas Escrituras si antes no ha regido durante cien años pueblos con profetas como Elías y Eliseo, Juan el Bautista, Cristo y los apóstoles... ¡Inclínate, adora y besa sus huellas! Nosotros somos pordioseros. Esta es la única verdad.» Esta frase está muy lejana de la conciencia que de sí tiene el hombre actual. Dos siglos de Historia han reafirmado la confianza del hombre en su propio poder. Pero hoy ya nadie duda de que los conatos de rebelión del hombre han fracasado. El individuo, inmerso en un antropocentrismo a su medida, no se encuentra a sí mismo ni su posición dentro del mundo, un mundo que pretendió dominar, y ha prescindido de Dios y de cualquier compromiso trascendental, volviéndose un ser desarraigado como nunca antes lo estuvo. Frente a todos los «progresos» del hombre, que al final han devenido en una mortal amenaza para él mismo, suenan los ecos admonitorios de la última frase de Lutero: «Somos pordioseros. Esta es la única verdad.» En realidad, lo esencial de la frase no es que nos llame pordioseros, sino que en ella aletea la fe en Dios que es esperanza para los humildes, consuelo para los pecadores, vida para los moribundos y largueza a manos llenas para los pordioseros.

Cronología

- 1483 10 de noviembre: nace en Eisleben (Turingia) Martín Lutero, hijo del minero Hans Luther y de su esposa Margarethe.
- 1484 La familia se traslada a Mansfeld.
- 1488 Martín ingresa en la escuela de Mansfeld.
- 1497 Estudia en Magdeburgo con los Hermanos de la Vida Común, hermandad similar a una orden religiosa.
- 1498 Se traslada a Eisenach, donde prosigue sus estudios en la escuela parroquial de St. Georgen. Conoce a Ursula Cotta.
- 1501 Mayo: ingresa en la Universidad de Erfurt, donde inicia los estudios de Humanidades.
- 1505 Enero: consigue el grado de *magister artium*.
Mayo: comienza sus estudios de Derecho.
2 de julio: a punto de ser alcanzado por un rayo en las cercanías de Erfurt, promete hacerse fraile.
17 de julio: ingresa como novicio en el convento de los agustinos eremitanos de Erfurt.
- 1506 Otoño: hace votos perpetuos e ingresa en la orden. Comienzan sus conflictos religiosos íntimos.
- 1507 3 de abril: recibe las órdenes sacerdotales.
2 de mayo: canta misa por primera vez.
Se inicia su amistad con el vicario general Johannes von Staupitz.
Comienza a estudiar Teología.
- 1508 Invierno: Staupitz le nombra catedrático suplente de Filosofía Moral en la Universidad de Wittenberg.
- 1509 Marzo: Lutero obtiene la licenciatura en Teología.
Octubre: regresa a Erfurt y se encarga de impartir clases de Dogmática en la orden.
- 1510 Noviembre: viaja a Roma acompañando a un hermano de su orden, el padre Nathin, para tratar asuntos internos de la misma.
- 1511 Febrero-abril: retorna a Erfurt, tras breves estancias en Augsburgo y Nuremberg. Se traslada a Wittenberg como vicedirector del monasterio. Staupitz traspasa a Lutero su cátedra de Teología de la universidad de esta ciudad.

- 1512 19 de octubre: se doctora en Teología. Comienza los *Comentarios sobre el Génesis*.
- 1513 Primavera: «experiencia de la torre» en el Convento Negro de Wittenberg. Inicia los *Comentarios sobre los Salmos*.
- 1515 Comienza los *Comentarios de la Epístola a los Romanos*.
- 1516 *Comentarios de la Epístola a los Gálatas*.
- 1517 31 de octubre: en dos cartas dirigidas al arzobispo de Mainz y al obispo de Magdeburgo, Lutero expone sus noventa y cinco tesis (redactadas en latín), en las que ataca la predicación de las indulgencias emprendida por Johann Tetzel, y solicita una *disputatio* académica; las tesis, que han sido fijadas en la puerta de la iglesia del castillo de Wittenberg, son enviadas poco después a varios amigos y eruditos, obteniendo una rápida difusión y un inesperado éxito.
- 1518 *Sermón sobre las indulgencias y la gracia*, obra escrita en alemán sobre las líneas maestras de las tesis.
Abril: *disputatio* en el convento agustino de Heidelberg, primer enfrentamiento de Lutero con las autoridades académicas. Roma condena las tesis tachándolas de heréticas.
7 de agosto: Lutero es llamado a Roma.
Octubre: cambiado el lugar de la cita, se entrevista con el legado pontificio, cardenal Cayetano, en Augsburgo y se niega a retractarse.
Johannes von Staupitz exime a Lutero del voto de obediencia y éste huye a Wittenberg.
Noviembre: Lutero espera la excomunión y propone la convocatoria de un concilio. Pese a las reiteradas demandas del cardenal Cayetano, el elector de Sajonia, Federico el Sabio, se niega a entregar a Lutero y a expulsarlo de sus territorios.
- 1519 12 de enero: muere el emperador Maximiliano I.
28 de junio: Carlos V es elegido emperador.
Julio: *disputatio* en Leipzig entre Johannes Eck y Lutero sobre la infalibilidad del concilio y del papa. Se va haciendo progresivamente evidente que la tarea reformadora de Lutero trasciende la cuestión de las indulgencias.
Septiembre: *Comentarios de la Epístola a los Gálatas*.
- 1520 Reanudación del proceso papal contra Lutero. Franz von Sickingen y Ulrich von Hutten le ofrecen su protección.
Junio: *Sermón sobre las buenas obras*. Bula *Exurge, domine*, en la que el papa le da un plazo para retractarse bajo pena de excomunión.
Agosto: Lutero replica a la bula papal con *A la nobleza cristiana de la nación alemana*.
Septiembre: Carlos V prohíbe en Borgoña la herejía de Lutero.
Octubre-noviembre: se queman las obras de Lutero en Lovaina, Lieja, Colonia y Maguncia; él continúa defendiendo la Reforma de la Iglesia en: *De captivitate Babylonica*, *Adversus execrabilem Antichristi bullam*, *De la libertad del hombre cristiano*.
Diciembre: Lutero quema públicamente en Wittenberg la bula papal que le amenaza con la excomunión.

- 1521 3 de enero: el papa excomulga a Lutero con la bula *Decet Romanus Pontifex*.
 Febrero: el legado papal Hieronimus Alexander pide al emperador en la Dieta de Worms que ratifique la condena de Lutero.
 Marzo: Lutero es citado ante la Dieta en contra de los deseos de la curia.
 3 de abril: parte hacia Worms. Recibimiento triunfal en Erfurt.
 16 de abril: entra en Worms con un salvoconducto imperial.
 17 y 18 de abril: comparece ante la Dieta, donde Lutero defiende sus escritos y convicciones religiosas y se niega a retractarse.
 26 de abril: sale de Worms gracias a la protección del emperador.
 Mayo: edicto de Worms; Lutero es proscrito y su doctrina prohibida por el emperador.
 9 de mayo: comienza la estancia de Lutero en la Wartburg, bajo la protección de Federico el Sabio.
 Otoño: disturbios religiosos en Wittenberg.
 Diciembre: Lutero empieza a traducir el Nuevo Testamento y a recopilar sus sermones.
- 1522 Marzo: movido por el desconcierto religioso de sus seguidores, Lutero abandona Wartburg y se traslada a Wittenberg. Lleva a cabo algunos viajes por Sajonia.
 Abril: Ulrico Zuinglio inicia la Reforma en Zurich.
 Septiembre: aparece el *Nuevo Testamento en alemán* sin nombre del traductor. Lutero empieza a traducir el Antiguo Testamento, que terminará en 1534.
- 1523 Aparece *De la autoridad secular*. Frailes y monjes abandonan los conventos.
 1 de julio: en Bruselas son condenados a la hoguera los primeros mártires de la Reforma. Lutero comienza a componer himnos. Aparecen las primeras partes de su traducción del Antiguo Testamento.
- 1524 Junio: comienza la rebelión de los campesinos en la Selva Negra.
 Julio: alianza de Regensburg para lograr los objetivos del edicto de Worms.
 Septiembre: Erasmo de Rotterdam y el dirigente de los campesinos Thomas Münzer replican a Lutero.
 Octubre: Lutero cuelga los hábitos.
- 1525 Enero: *Contra los profetas divinos*.
 Abril-mayo: Lutero viaja por Sajonia y Turingia. Sus sermones y publicaciones contra el levantamiento de los campesinos le acarrearán una gran impopularidad.
 5 de mayo: muere el elector Federico de Sajonia; le sucede Juan el Constante.
 Junio: derrota de los campesinos.
 13 de junio: Lutero contrae matrimonio con Katharina von Bora, una antigua monja cisterciense.
 Julio: los príncipes del norte y centro de Alemania se unen en la Liga de Dessau para combatir la doctrina evangélica.
 Octubre: con ayuda de su elector, Lutero reestructura la Iglesia en Sajonia. Philipp Melanchthon reforma la enseñanza escolar y universitaria.
 Diciembre: *De servo arbitrio*, polémica con Erasmo sobre el libre albedrío.

- 1526 Febrero: Liga de Gotha entre Sajonia y Hesse para defender la doctrina evangélica.
 Junio-agosto: primera Dieta en Spira. La amenaza turca provoca el aplazamiento de la ejecución del edicto de Worms. La decisión y determinación del credo religioso de los súbditos queda en manos de los respectivos príncipes.
- 1528 Marzo: *Tratado sobre la Cena de Cristo*.
- 1529 Febrero-abril: segunda Dieta de Spira. Los estados evangélicos protestan contra la derogación de los acuerdos de la Dieta de 1526 («protestantes»).
- 1-4 de octubre: invitado por el *landgrave* Felipe de Hesse, Lutero se reúne con el reformador Ulrico Zuinglio en Marburgo, con el objetivo de lograr la unificación de los protestantes. La reunión termina con desacuerdo en el tema de la eucaristía. *Catecismo* en alemán.
- 1530 Abril-octubre: estancia de Lutero en Veste Coburg.
 Junio-noviembre: Dieta de Augsburgo. Melanchthon defiende a Lutero y la Reforma.
 25 de junio: la *Confessio Augustana* de Melanchthon es leída ante la Dieta y constituye la primera profesión pública de protestantismo. El emperador la rechaza.
- 1531 Abril: *Consejos a los queridos alemanes*.
- 1532 Paz religiosa en Nuremberg a la vista de los nuevos ataques turcos. Auge del protestantismo.
- 1534 Primera edición íntegra de la traducción de la Biblia de Lutero.
- 1535 Enero: se crea una comisión presidida por Lutero para revisar la traducción de la Biblia.
 Junio: comienza sus últimos *Comentarios sobre el Génesis*.
- 1536 Mayo: concordia de Wittenberg, por la que se unifican el electorado de Sajonia y las ciudades evangélicas del sur de Alemania.
 Noviembre: Lutero y Johannes Bugenhagen se encuentran en Wittenberg con el legado papal Pietro Paolo Vergerio.
 Diciembre: *Artículos de Esmalcalda*, base de discusión para el proyectado Concilio de Mantua.
- 1537 Febrero: durante su estancia en Esmalcalda con el príncipe elector, Lutero cae enfermo y regresa a Wittenberg. Los príncipes protestantes forman la Liga de Esmalcalda. Los teólogos asistentes firman los *Artículos* de Lutero.
- 1539 *Acercas de los Concilios y las Iglesias*.
 Septiembre: aparece el primer volumen de las obras completas de Lutero.
- 1541 Calvino instaura la Reforma en Ginebra.
- 1543 *Sobre los judíos y sus mentiras*.

- 1544 *Breve declaración sobre el Santo Sacramento*. Lutero consagra la primera iglesia evangélica en Torgau.
Diciembre: última reunión de la comisión que revisaba la traducción de la Biblia.
- 1545 Marzo: en la Dieta de Worms los protestantes se niegan a enviar una delegación al Concilio de Trento. Lutero escribe el prólogo a su *Opera latina*, incluida en las obras completas de Wittenberg como parte de una autobiografía.
Octubre: termina los *Comentarios sobre el Génesis*.
Diciembre: se inaugura el Concilio de Trento, que condena las doctrinas protestantes. Se inicia la Contrarreforma.
- 1546 23 de enero: en compañía de sus tres hijos, Lutero se encamina a Eisleben, pasando por Halle, para hacer de mediador en un conflicto familiar entre los condes de Mansfeld.
18 de febrero: Lutero muere en Eisleben.
22 de febrero: es enterrado en Wittenberg.

Testimonios

Ulrich von Utten

¡Jesucristo sea con nosotros! ¡Que El nos ayude, porque vamos a luchar por lo que El nos enseñó! Haremos brillar de nuevo su doctrina, oculta por las nubes de preceptos papales. ¡Dichoso tú, Lutero, porque has puesto la felicidad a nuestro alcance! ¡Ojalá todos lo comprendan así! ¡Ojalá todos tus adversarios reconozcan su error y retornen al camino recto! Se dice que has sido excomulgado: ¡qué grandeza la tuya, qué grandeza, Lutero, si es cierto! De ti dirán los piadosos: persiguieron al justo y derramaron sangre inocente; pero Dios castigará su pecado, y el Señor los aniquilará por su maldad. He aquí nuestra esperanza, nuestro credo y nuestra fe.

(A Martín Lutero, 4 de junio de 1520)

Alberto Durero

Cualquiera que lea los libros del doctor Martín Lutero comprenderá al punto sus enseñanzas, puesto que no son otra cosa que la doctrina del Santo Evangelio. Debemos, por tanto, respetarlos y rescatarlos de la hoguera. Es a sus adversarios, que combaten la verdad, a quienes hay que arrojar al fuego porque defienden la idolatría, la deificación del hombre. ¡Hay que imprimir muchos libros luteranos! Oh, Dios, si Lutero ha muerto, ¿quién nos expondrá en adelante con tanta claridad el Sagrado Evangelio? ¡Dios mío, qué no hubiera podido escribir de haber vivido diez o veinte años más! Vosotros, gentes piadosas, cristianos todos, ayudadme a llorar a este hombre de excelsa espiritualidad.

(Anotación en su Diario, motivada por el rumor de la detención y asesinato de Lutero, 1521)

Erasmus de Rotterdam

Echo en falta en los escritos de Lutero la moderación y mansedumbre evangélicas; repruebo sus obstinados asertos, tanto más cuanto que sus escritos ganan en obstinación de día en día. No conviene provocar demasiado a las altas dignidades, sean éstas las que fueren. Si las enseñanzas de Lutero son verdaderas, entonces brillarán con mucha más fuerza, como el oro sometido al crisol, frente a sus adversarios; si son falsas, todos las combatirán, y con razón; y por fin, si en ellas hay parte de verdad y parte de falsedad, habrá que purificarlas más.

(A Ulrico Zuinglio, 1523)

Philipp Melanchthon

Todos los que le conocieron a fondo, todos los que mantuvieron algún trato con él, son testigos de su bondad extraordinaria, de su afabilidad, de su ausencia de arrogancia, obstinación o violencia. Había en sus palabras seriedad y firmeza [...] Es evidente y notorio que la dureza con que atacaba a los enemigos de la doctrina legítima no hay que atribuirla a un carácter pendenciero o malévolo, sino a

su ansia insaciable por alcanzar la verdad. Este es nuestro testimonio de Lutero, el nuestro y el de otros muchos que le conocieron en vida.
(Discurso en el entierro de Lutero, 22 de febrero de 1546)

Gottfried Wilhelm Leibniz

No entiendo por qué se califica a Lutero de hereje: realmente él no ha iniciado ni difundido herejía alguna. Lutero criticó los abusos, y era justo hacerlo así. Ciertamente es que en ocasiones manifestó demasiado celo, pero esto no convierte a nadie en un hereje.
(Al landgrave Ernst von Hessen-Rheinfels, diciembre de 1691)

Gotthold Ephraim Lessing

Sentía tal veneración por Lutero que, bien mirado, me alegro de haber descubierto en él algunas imperfecciones, porque estaba a punto de convertirlo en un dios. Los rasgos de humanidad que veo en él me atraen tanto como la más excelsa de sus perfecciones, y me resultan incluso más instructivos que el conjunto de aquéllas...
(Segunda carta al señor P., 1753)

Johann Gottfried von Herder

Fue Lutero un gran hombre y un gran patriota. Hace tiempo que se le reconoce el mérito de haber sido uno de los iniciadores de su país y uno de los que encaminó a Europa hacia lo que hoy es. Pueblos que no comparten sus tesis religiosas se benefician de los frutos de su reforma. Lutero atacó con una tenacidad titánica el despotismo espiritual, que anula o destruye la libertad de pensamiento, y devolvió a naciones enteras el uso de la razón en una de las parcelas más intrincadas, en el ámbito espiritual. La fuerza de su lenguaje y de su integridad espiritual se amalgamó con las ciencias que renacían en su tiempo, y por su esfuerzo, se unió a la labor de muchas cabezas privilegiadas, que en algunos aspectos diferían mucho de sus propias convicciones: fueron los primeros balbuceos de la difusión de la literatura entre el pueblo en Alemania y en los países limítrofes.
(*Cartas sobre el progreso de la Humanidad*, segunda edición, 1793)

Ludwig Feuerbach

La doctrina de Lutero es sublime, pero inhumana, y aun bárbara, porque es un himno a Dios y un menosprecio del hombre. Es inhumana al principio, no en el resultado final; en las premisas, pero no en la conclusión; en los medios, no en el fin [...] De la misma manera que la comida es inseparable del hambre, así la misericordia divina lo es del pecado, la redención, de la pena, y Dios, que lo es todo, del hombre, que no es nada. Lo que el hambre se lleva, lo restituye la comida; lo que Lutero quita de humanidad al hombre, se lo restituye centuplicado en Dios...
(*Estudios sobre Lutero*, 1844)

Friedrich Nietzsche

La obra más importante de Lutero fue despertar la desconfianza hacia los santos y hacia toda la vida contemplativa cristiana; es decir, que abrió en Europa el ca-

mino hacia una vida contemplativa no cristiana y acabó con el desprecio que hasta entonces existía hacia las actividades temporales.
(*Aurora*, 1881)

Thomas Mann

La importancia de Lutero es innegable. Su espléndida traducción de la Biblia sentó las bases de la lengua alemana, que alcanzó su apogeo con Goethe y Nietzsche; rompió todos los lazos con la escolástica, renovó el pensamiento; favoreció de manera formidable la libertad de pensamiento en la investigación, en la crítica, en la especulación filosófica. Al establecer el carácter inmediato de la relación del hombre con su Dios, aceleró la evolución de Europa hacia la democracia, porque ésta consiste en ser «cada uno su propio pastor». La filosofía del idealismo alemán, el perfeccionamiento de la psicología a través de la introspección, y finalmente, la reducción de la moral cristiana a pura moral, es decir, a la coherencia más rigurosa con la verdad —esta fue la gran hazaña (o el crimen) de Nietzsche— son fenómenos históricos que hunden sus raíces en Lutero.
(*Alemania y los alemanes*, 1945)

Javier Sádaba

Para Hegel la modernidad comienza cuando el hombre adquiere, finalmente, la certeza de sí mismo. Este no se basa ya en objeto externo alguno, sino que se apoya en la fuerza de su propio pensamiento, en la autoseguridad, en la autonomía e independencia. Ha conseguido, de esta manera, la mayoría de edad. Y si la autoconciencia es la nueva tierra descubierta, Lutero será el hombre que ha recorrido, como pocos, los caminos profundos de tal interioridad. Por eso la Reforma, siempre según Hegel, es la etapa más auténtica del cristianismo. Repite Hegel una y otra vez este texto de Lutero: «Cuando el tiempo cumplió, Dios envió a su Hijo...» El hombre, así, se habría elevado hasta lo espiritual, por encima de la simple naturaleza. Si el griego permanece aún dentro de las formas meramente naturales y el romano se cobija en la legalidad del derecho, el cristianismo, sin embargo, se eleva al pensamiento más puro. Sólo que en la historia del cristianismo la Iglesia es un tropiezo, un secuestro de aquel espíritu. De ahí que la Reforma sea el momento crucial en el que es rescatado de su alienación, del ritualismo, de la exterioridad. La autoridad material habría pasado. El sujeto humano cobra, al fin, conciencia de sí en espíritu y en verdad.
(«Las raíces luteranas de la filosofía moderna», en *El País*, 10-XI-1983)

Enrique Miret Magdalena

Lutero fue una fuerte y ejemplar personalidad religiosa, plenamente humana y, por tanto, con todas las cualidades y defectos de un gran hombre. Era una persona vehemente y delicada al mismo tiempo; amante de la música y del canto, como buen turingio; lleno de varonil tesón, que supo atraer con su fuerza a los dirigentes políticos de su tiempo y a los desanimados católicos que vivían escandalizados por los graves defectos de su Iglesia; que tomó todas las cosas con una profunda seriedad, pero sin desdeñar el humor sano y espontáneo, quizá demasiado franco para nuestro gusto de hoy.
(«Convergencias y divergencias con los católicos», en *El País*, 10-XI-1983)

Bibliografía

Algunas obras de Martín Lutero en castellano

Lutero: Antología. Barcelona, Pleroma, 1983.

Lutero. Obras. Salamanca, Sígueme, 1977.

Martín Lutero (Obra completa). Madrid, Editorial Católica, 1973.

Obras sobre Martín Lutero

ALARCÓN BENITO, J.: *Lutero. El protestantismo.* Pinto, Andina, 1976.

ATKINSON, J.: *Lutero y el nacimiento del protestantismo.* Madrid, Alianza, 1980.

BOYER, Ch.: *Lutero: su doctrina.* Barcelona, Balmes, 1973.

FEBVRE, L.: *Martín Lutero, un destino.* México, Fondo de Cultura Económica, 1956.

FERRER, A.: *Lutero.* Barcelona, Bruguera, 1984.

FIJEDNER, F.: *Martín Lutero, emancipador de la conciencia.* Tarrasa, Clie, 1983.

GARCÍA VILLOSLADA, R.: *Martín Lutero.* Madrid, Editorial Católica, 1976. 2 vols.

GRISAR, H.: *Martín Lutero. Su vida y su obra.* Madrid, Suárez, 1934.

GREINER, A.: *Lutero.* Barcelona, Aymá, 1968.

KUNCK-BRENTANO, F.: *Lutero.* México, Diana, 1963.

LESKO, B.: *En busca del pensamiento de Martín Lutero.* Buenos Aires, La Reforma, 1965.

MARITAIN, J.: *Tres reformadores (Lutero, Descartes y Rousseau).* Madrid, EPE-SA, 1948.

RITCHER, F.: *Martín Lutero e Ignacio de Loyola.* Madrid, Fax, 1956.

STROHL, H.: *Luther jusqu'en 1520.* París, P.U.F., 1962.

VV AA: *Lutero.* Madrid, Urbión, 1984.

VIEJO FELIÚ, R.: *Lutero en España y América española.* Santander, Sal Terrae, 1956.